REALIDAD

REVISTA DE IDEAS

Sumario

LAS GENERACIONES Y SUS CONSTANTES EXISTENCIALES . . . . . *S. Serrano Poncela*

LA UNIDAD DE LAS LETRAS EUROPEAS . . . . . *Wladimir Weidlé*

EL DESTINO HISTÓRICO COMO FORMA GENEALÓGICA . . . . . *Miguel de Fernandy*

FICCIÓN

EL TAJO . . . . . *Francisco Ayala*

CRÓNICAS

EUROPA 1949 . . . . . *Lorenzo Luzuriaga*

SÓCRATES, LA NATURALIDAD Y LA MUERTE . . . *Carmen Gándara*

EL MOVIMIENTO DE LA IZQUIERDA CRISTIANA EN ITALIA . . . . . *Renato Treves*

FANTASÍAS, SUEÑOS Y MUERTE . . . . . *Hellen Ferro*

CORREO LITERARIO DE PARÍS . . . . . *Juan Andrade*

NOTAS DE LIBROS

por Juan Carlos Ghiano, Carlos M. Rama y R. Kusch.

LA CARAVANA INMÓVIL

JULIO AGOSTO

16

VOLUMEN SEXTO

BUENOS AIRES

REALIDAD

Revista de ideas

Publicación bimestral

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director: FRANCISCO ROMERO.

Consejeros: AMADO ALONSO, FRANCISCO AYALA, CARLOS ALBERTO ERRO, CARMEN GÁNDARA, LORENZO LUZURIAGA, EDUARDO MALLEA, E. MARTÍNEZ ESTRADA, RAÚL PREBISCH, JULIO REY PASTOR, JOSÉ LUIS ROMERO, SEBASTIÁN SOLER, GUILLERMO DE TORRE.

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a la Secretaría de Redacción, a nombre de Francisco Ayala o Lorenzo Luzuriaga.

Todos los trabajos que inserta esta revista fueron especialmente escritos para ella; queda prohibida su reproducción total o parcial sin mencionar la procedencia.

No se mantiene correspondencia sobre originales espontáneamente enviados.

PRECIOS:

Argentina, suscripción anual $ 25.— m/arg.; número suelto, $ 5.—. Países de lengua española o portuguesa, suscripción anual, 5,50 dólares; número suelto, 1,25 dólares. Otros países, suscripción anual, 6.— dólares; número suelto, 1,50 dólar.

Secretaría de Redacción y Administración:

DEFENSA 119, I°, n° 1

BUENOS AIRES ARGENTINA

Ultimas Novedades

Salvador de Madariaga: EL HAMLET DE SHAKESPEARE.

Un vigoroso ensayo, en que el gran escritor español lleva hasta sus últimos alcances el análisis del drama inmortal, da título a este libro, que enriquece la "Colección Teatro" con la edición bilingüe de la Tragedia: la cuidada transcripción del texto inglés y la hermosa traducción del señor Madariaga, quien aclara con notas atinadísimas cualquier punto oscuro y facilita la mejor interpretación de la obra. Un volumen de 636 páginas ..... $ 20.—

Hermann Keyserling: VIAJE A TRAVÉS DEL TIEMPO (I. ORIGEN Y DESARROLLO).

Esta obra póstuma del famoso filósofo de las Jornadas de Darmstadt —calificada por él mismo de autobiografía espiritual— ofrece este triple interés: es un estudio introspectivo de una de las figuras más notables de nuestra época, presenta valiosas sugestiones filosóficas por la senda del subjetivismo crítico, y pone a nuestra vista calificados aspectos de numerosas personalidades contemporáneas de gran relieve histórico. Un volumen de 492 páginas ..... $ 16.—

Fermín Estrella Gutiérrez: SONETOS DE LA SOLEDAD DEL HOMBRE.

Cincuenta sonetos de la más reciente producción de este poeta que se caracteriza por abordar los temas eternos. Las preguntas que siempre han estremecido al hombre, el cómo y el porqué, de dónde venimos, qué somos y adónde iremos más allá de la hora última, vuelven aquí con todo su vívido dramatismo. Un volumen de 116 páginas ..... $ 6.—

Guillermo Nannetti: DRAMA DE ANTONIO ARANGO (ALFABETO DEL SUELO).

Con este pequeño libro el señor Nannetti contribuye a la campaña organizada por la UNESCO para la difusión popular de los problemas referentes a "Los hombres y su alimentación". El drama de Antonio Arango es común a miles de campesinos distribuídos en el mundo entero que, faltos de la debida preparación técnica, inician el cultivo del suelo en condiciones que les llevarán irremisiblemente al peor de los fracasos. Un volumen de la Colección "Series de la Unesco" de 80 páginas ..... $ 2.—

EDICIONES HERMES

DISTRIBUÍDAS POR LA EDITORIAL SUDAMERICANA

NOVEDAD

J. M. Miquel y Vergés: EL GENERAL PRIM EN ESPAÑA Y EN MÉXICO.

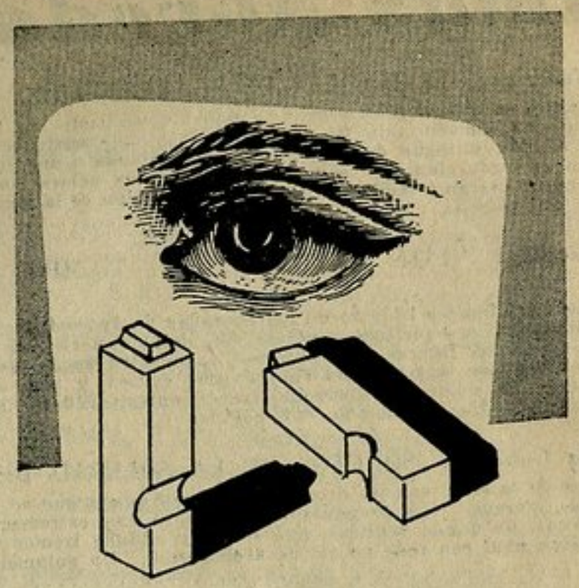
Esta interesante obra trata con especial interés la labor de Prim en América, donde se opuso enérgicamente a las intrigas de Napoleón III. Nuevos documentos encontrados por el señor Miquel en México, ponen de relieve este aspecto, poco estudiado hasta ahora, de la política del General, quien, mejor que nadie, supo prever el triste destino del segundo imperio mexicano, evitando a España toda responsabilidad en el drama. Un volumen encuadernado, de 464 páginas .. $ 20.—

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERÍAS

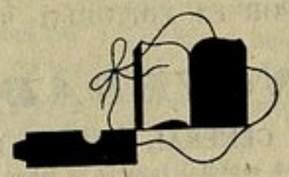
EDITORIAL SUDAMERICANA

ALSINA 500 BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Una mirada vigilante acompañará a su original desde que usted nos lo confía hasta que se lo devolvemos transformado en libro.



IMPRENTA LÓPEZ

al servicio del libro

PERU 666 - BUENOS AIRES

"EL ATENEO" *presenta*

Baldassarre, P. B. — Los derechos del habitante. Ante una doctrina político-social universal. R. ..... $ 12.—

Barros Hurtado, C. — El hombre ante el derecho internacional. Ensayo para una teoría de la soberanía humana. 1949. Rústica ..... $ 7.—

Casona, Alejandro. — Retablo jovial. Cinco farsas en un acto. Un tomo de 180 págs., encuad. en tela, con bocetos escenográficos y figurines en color, originales de Gori Muñoz. E. ..... $ 12.—

Coluccio, F. — Folklore de las Américas. Un tomo ilustrado. R. ..... $ 17.50

Coluccio, F. — Diccionario folklórico argentino. R. ..... $ 10.—

Cournot, A. A. — Historia de los movimientos intelectuales y de las instituciones en los tiempos modernos. Obra de gran interés. 660 pág. E. ..... $ 25.—

Cousin, Jean. — El libro de la fortuna. 200 dibujos inéditos. Un libro único en su género. Gran tomo R. ..... $ 20.—

Cuervo, R. J. — El castellano en América. R. ..... $ 20.—

Dauzat, A. — La filosofía del lenguaje. Rústica ..... $ 10.—

Gandía, E. de. — Cultura y folklore en América. R. ..... $ 12.—

Goblot, E. — Vocabulario filosófico. Con un prólogo del Dr. Enrique Mouchet y un extenso índice general analítico con unos 10.000 temas mencionados en el texto. 282 págs. E. ..... $ 15.—

José D. Forgione. — Antología pedagógica Argentina. Noticias bibliográficas y páginas escogidas de maestros y educadores de nuestro país ..... $ 25.—

José D. Forgione. — Ideario de la nueva escuela. Defensa de la Escuela Nueva. La Escuela Nueva y el Niño. La Escuela Nueva y el Aula. La Escuela Nueva y el Maestro ..... $ 12.—

José Antonio de Vita. — Evolución e historia en el mundo de la filosofía. Rúst. $ 12.—

María Delia Cejas Carrica. — Educación de retardados. Orientación práctica para el maestro de escolares subnormales. Realizada por su autora en base a la experiencia recogida durante los muchos años de su actuación en la atención de niños deficientes. (312 páginas). Rúst. .... $ 12.50

Martino, P. — Parnaso y simbolismo. Rústica ..... $ 9.—

Moreau de Justo, A. — La mujer en la democracia. R. ..... $ 5.—

Seyffert, O. — Enciclopedia clásica de mitología, religión, biografías, literatura, arte y antigüedades. Un tomo ilust. E. $ 60.—

Raltzin, A. — El hombre normal ese otro desconocido. 483 págs. E. ..... $ 15.—

Telma Reca. — Personalidad y conducta del niño. Nueva edición. R. ..... $ 10.—

Weizmann, Chain. — La verdad por el error. (Palestina). La biografía de un hombre que ha construído en el corto tiempo de una vida, una nación: Israel. R. $ 15.—

COLECCIÓN CLÁSICOS INOLVIDABLES

PUBLICADOS:

Esquilo-Sófocles. — Obras completas. 1 tomo de 800 páginas. E. ..... $ 20.—
Eurípides. — Obras completas. 1 tomo de 1.100 páginas. E. ..... $ 25.—
Plauto. — Obras completas. 1 tomo de 1.300 páginas. E. ..... $ 30.—
Aristófanes. — Obras completas. 1 tomo de 992 páginas E. ..... $ 25.—
Diógenes Laercio. — Vida de los filósofos más ilustres. 1 t. de 700 págs. E. .... $ 20.—
Montaigne. — Ensayos. 2 tomos de 740 páginas. E. ..... $ 40.—
Plutarco. — Vidas Paralelas. 2 tomos de 1.100 páginas. E. ..... $ 50.—
Shakespeare. — Teatro completo. 3 tomos ilustrados ..... $ 75.—
Pascal. — Pensamientos y cartas provinciales. 803 páginas. E. ..... $ 25.—
Goethe. — Obras escogidas. 1 tomo de 810 páginas. E. ..... $ 30.—
Platón. — Diálogos escogidos. 1 tomo de 782 páginas. E. ..... $ 30.—
Schiller. — Teatro dramático. 1 tomo de 1.100 páginas. E. ..... $ 35.—

En preparación: Voltaire — Calderón de la Barca — Las Mil Noches y una Noche.

LIBRERIA **EL ATENEO** EDITORIAL

FLORIDA 340 • BUENOS AIRES • CORDOBA 2099

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

John Roebuck,

médico de Birmingham, inventó en 1746 el proceso de la cámara de plomo, primer método comercial para la fabricación en vasta escala del ácido sulfúrico, logrando que su producción que hasta entonces se realizaba en cantidades pequeñas, redujera su costo en un 75 %.

John Roebuck nació en Sheffield en 1718 doctorándose en medicina en la Universidad de Edimburgo. Hombre de inquietudes múltiples, se apasionó por la ciencia aplicada siendo muchas las mejoras que introdujo en la industria química. Estableció en 1749 su propia fábrica de ácido sulfúrico y posteriormente fundó la industria escocesa del hierro. Fué miembro de la Royal Society y falleció en 1794.

Numerosas fueron las actividades de Roebuck pero su fama descansa en el proceso de la cámara de plomo que se utiliza actualmente para satisfacer las enormes demandas industriales de ácido sulfúrico.

Imperial Chemical Industries Limited, Londres

REPRESENTADA EN LA ARGENTINA POR

INDUSTRIAS QUIMICAS ARGENTINAS "DUPERIAL"

Edificio "Duperial" - Paseo Colón 285 (R 44) - T. E. 34, Defensa 2191 - Bs. As.

EDICIONES REALIDAD

EDUARD SPRANGER

LA EXPERIENCIA DE LA VIDA

A su edad avanzada, el gran filósofo y pedagogo alemán plantea y dilucida este problema: ¿En qué consiste la curiosa especie de saber, intransmisible, intransferible, que sólo es válido para cada uno y que sólo en el curso de la propia vida se adquiere: el saber de experiencia? Tal es la última, luminosa lección del maestro.

Precio . . . . . $ 5.—

★

ALEX COMFORT

LA NOVELA Y NUESTRO TIEMPO

El autor, uno de los más brillantes escritores jóvenes de Inglaterra, cuya firma conocen los lectores de REALIDAD, acomete aquí, con la valentía intelectual y la lucidez que lo caracterizan, el tema de las posibilidades, perspectivas y función del género narrativo en la desconcertante sociedad actual, cuyos rasgos temerosos pone de relieve. Su originalidad hará muy discutida esta obra.

Precio . . . . . $ 6.—

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CASA ITURRAT

SOCIEDAD ANONIMA COMERCIAL

Papeles para las
Artes Gráficas

☆

ALSINA 2228 al 2252
BUENOS AIRES

SUCURSALES:

Rosario, Córdoba, Mendoza, Santa Fe, Mar del Plata, Bahía Blanca, Tucumán, Resistencia y Corrientes.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Novedades de gran interés

JORGE LUIS BORGES: *El aleph* . . . . . $ 7.—
Una obra maestra de la literatura fantástica. La erudición y la fantasía, lo metafísico y lo burlesco se combinan originalmente en estos relatos admirables.

FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI: *Canto ciego* . . $ 6.—
Una nueva voz lírica femenina, que mereció elogios de Gabriela Mistral, reafirma en este libro sus personales valores.

CÉSAR VALLEJO: *Poesías completas* (1918-1938) . . . . . $ 10.—
La poesía de Vallejo, junto con la de Neruda, figura entre aquellas que han ejercido mayor influencia en el continente. Prólogo de César Miró.

FRANCIS BACON: *Novum Organum* . . . . . $ 13.—
Uno de los mayores clásicos de la filosofía. Traducción directa del latín. Edición crítica a cargo de eminentes especialistas.

ALFRED NORTH WHITEHEAD: *La ciencia y el mundo moderno* . . $ 10.—
El mayor metafísico de nuestra época ofrece en este libro una nueva y genial concepción de la experiencia científica.

OCTAVE HAMELIN: *El sistema de Descartes* . . . . . $ 13.—
Un libro famoso e insuperado. Completa exposición y crítica de la filosofía cartesiana.

WALTER BLUMENFELD: *Sentido y sinsentido* . . . . . $ 8.—
El problema filosófico del sinsentido, complementario del clásico problema del sentido, es tratado aquí a fondo por vez primera.

SAVIGNY, KIRCHMANN, ZITELMANN, KANTOROWICZ: *La ciencia del derecho* . . . . . $ 14.—
Los fundamentos de la ciencia jurídica, el carácter acientífico, las lagunas del derecho y la lucha por la ciencia del derecho.

PÍO BAROJA: *Juventud, egolatría.* Biblioteca Contemporánea, núm. 225 $ 3.50
Es éste el libro clave, la pieza fundamental del concepto barojiano del mundo y constituye una animadísima autobiografía.

JOSÉ MALLART: *La escuela del trabajo* . . . . . $ 8.—
Una modalidad particular de la escuela activa es la llamada escuela de trabajo, basada como aquélla en los intereses espontáneos del niño.

ALEX COMFORT: *La novela y nuestro tiempo* . . . . . $ 6.—
Los problemas de la novela en relación con la sociedad.

EDUARD SPRANGER: *La experiencia de la vida* . . . . . $ 5.—
La última y luminosa lección del maestro.

GOTTHOLD E. LESSING: *Estética* . . . . . $ 4.—
La famosa obra sobre la distinción de las artes.

Cuadernos de Historia de España. Tomos IX y X. Cada uno . . . . . $ 25.—
Publicación del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras.

IVAN RAY TANNEHILL: *Los climas en la tierra y en el mar* . . . . . $ 12.—
Las variantes del tiempo en 185 países, las rutas oceánicas, las tormentas, con mapas, cartas, tablas y fotografías.

EDITORIAL LOSADA, S. A.

ALSINA 1131 - BUENOS AIRES

MONTEVIDEO • SANTIAGO DE CHILE • LIMA

Acaba de aparecer la segunda edición de

INTRODUCCIÓN A LAS CIENCIAS DEL ESPÍRITU, de *Dilthey*, empastado . . . . . $ 21.—

OBRAS ESCOGIDAS, de *Marshall* . . . . . $ 16.—

De "TIERRA FIRME":
LIZASO. Panorama de la cultura cubana . . . . . $ 7.—

De "BREVIARIOS":
ENCINA. La pintura italiana en el Renacimiento . . $ 11.—

De "ECONOMÍA":
FISHER. Progreso económico y seguridad social . . $ 15.—

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

INDEPENDENCIA 802 BUENOS AIRES

R E A L I D A D

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Sr. Gerente de REALIDAD, S. R. L.
Defensa 119, 1º - Buenos Aires.

Ruégole me suscriba a la Revista REALIDAD por un año, a partir del nº .... a cuyo efecto incluyo el importe de * .....

Firma .....

Nombre completo .....

Domicilio .....

* Argentina, $ 25.—. Países de lengua española o portuguesa, 5.50 dólares. Otros países, 6 dólares. Colección completa (dos años), $ 50.— m/n.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

REALIDAD

REVISTA DE IDEAS

PUBLICACION BIMESTRAL

Año III • Julio-Agosto 1949 • Vol. 6

LAS GENERACIONES

Y SUS CONSTANTES EXISTENCIALES

Por S. SERRANO PONCELA *

El concepto de generación referido al conjunto de coetáneos situados dentro de una época o período histórico determinados, pasa a formar parte de la terminología sociológica en el siglo XIX como resultado de la necesidad de establecer una más precisa determinación en las técnicas de articular la historia. No trato, por el momento, de efectuar un análisis, ni aún siquiera una completa enumeración crítica de los avatares que sufre su contenido desde que Augusto Comte señaló a sus discípulos en esa ciencia nueva a la que denomina ciencia sociológica, la importancia que ofrece el estudio de "la influencia gradual y continua de las generaciones humanas, unas sobre otras", o desde que Sainte-Beuve, en sus estudios literarios, se refirió a la "asociación natural y como espontánea de jóvenes espíritus de un mismo bando y de idéntica primavera, nacidos bajo el signo de idéntico astro, que se sostienen unidos con sus variedades de gusto y vocación para una obra común"[1]. Polémica, y viva, hubo entonces, y desde entonces persiste

* El autor de este estudio es uno de los más brillantes escritores españoles, revelados en el exilio; actualmente, Serrano Poncela es profesor de la Universidad de Puerto Rico.

1 *Nouveaux Lundis*, III, 21, 22, artíc. sobre Chateaubriand.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en torno a admitir las generaciones como categorías históricas. Sin embargo, una vez admitido el tema de la historia como "el estudio de las formas y estructuras que ha tenido la vida humana desde que hay noticias de ella" [1] se nos hace evidente, sobre todo para historiar la vida del espíritu, la necesidad de operar con un instrumento que encuadre a estos cambios o estructuras en su acaecer diario y secundario, dentro de su imprecisa e inasible fluencia. Las épocas históricas, las culturas nacionales, los períodos cronológicos son formas de mayor volumen y carecen de flexibilidad para servir como instrumental en el estudio de los procesos de transformación que insensible y continuamente se producen en el cuerpo histórico. Aún admitiéndolas como formas vivas, no especulativas y de razón, parece necesario llegar a ellas a través de una red de canales más finos y precisos en virtud de su dimensión menor. Éstas son las generaciones. Pero no se trata, por ahora, de otra cosa que someter la objeción a un paréntesis y aceptar la presencia de la generación como un hecho *operante, vivo, puesto ahí, ante nuestra dimensión histórica diaria.*

Algo de "prehistoria" en torno al concepto.

Porque resulta, a la vez, estimulante y aleccionador, comprobar que la intuición de que las generaciones son formas dinámicas en las que articula la historia sus procesos inmediatos, goza de antigua prosapia. El agudo sentido histórico de los hebreos utilizó ya las generaciones o serie de filiaciones en línea directa para marcar las genealogías de reyes y patriarcas. Homero, en el canto VI de La Ilíada (v. 145 .49) narrando el desafío entre Diomedes y Glauco, puso en boca de este último una melancólica evaluación del curso de las generaciones humanas [2]. Hesíodo, en su *Teogonía* nos habla de tres generaciones de dioses: los hijos de Urano, los hijos de Cronos y los hijos de Zeus. Herodoto, en el libro II de sus *Histo-*

[1] Ortega y Gasset: *En torno a Galileo,* OC., vol. V, Madrid, 1947.

[2] El fragmento estrófico aludido dice así: "¿Porqué me interrogas sobre el abolengo? Cual la generación de las hojas, así la de los hombres. Esparce el viento las hojas por el suelo, y la selva, reverdeciendo, produce otras al llegar la primavera. De igual suerte, una generación humana nace y otra perece".

rias [1] refiere el modo utilizado por los sacerdotes egipcios para anotar el paso del tiempo, indicando que para ellos "trescientas generaciones en línea masculina representaban diez mil años, porque cada tres generaciones hacen cien años". ¿Qué es, en definitiva un siglo sino la suma de tres "aetates" romanas? Pero es en el historiador Velleius Paterculos donde encontramos propuesta la inquietante cuestión del significado de las generaciones en términos casi contemporáneos: "¿quién pudiera extrañarse suficientemente de que los espíritus más distinguidos en cada arte se encuentren juntos durante una misma época de corta duración y hallen juntos una misma perfección"? [2]. Resultaría sugestivo investigar los motivos por los cuales pierden los historiadores posteriores esta fecunda pista; razones quizá emparentadas con el historicismo finalista que caracteriza al pensamiento católico desde San Agustín, en su afán de presentar al hombre no al curso de su existir, "haciéndose" y haciendo su historia, sino como transeúnte por una serie de etapas probatorias en camino hacia la anhelada Ciudad de Dios. De todos modos en estos remotos atisbos de la idea generacional podemos apreciar cuatro características bastante claras y susceptibles de atención: 1ª, la comprobación de que los grupos humanos se suceden en forma regular e ininterrumpida, particularmente sensible a

[1] *Historia,* II, 142.

[2] *Historia Romana,* I, 16. — He aquí el pasaje aludido: "¿Quién pudiera extrañarse suficientemente de que los espíritus más distinguidos en cada arte se encuentren juntos, durante una misma época de corta duración y hallen juntos una misma perfección? Los espíritus capaces de producir nobles obras se separan espontáneamente de los demás para llegar al mismo tiempo, sin embargo, a idénticos resultados. Una sola época, que suma un corto número de años, gracias al divino genio de tres escritores: Esquilo, Sófocles y Eurípides, ha dado todo un esplendor a la tragedia. Una sola ha visto esta antigua y vieja comedia con Cratinos, Aristófanes y Eupolis. Lo mismo el genio de todos esos filósofos que nacieron de las lecciones de Sócrates, ¿cuánto tiempo han brillado después de la muerte de Platón y Aristóteles?... Antes de Isócrates y después de sus discípulos ¿qué oradores han descollado?... Y esta época fué tan breve que ninguno de éstos cuyo nombre es digno de memoria, ha dejado de ser conocido por los demás". El historiador romano comprueba extrañado el hecho y trata de ofrecer una explicación en "la emulación que fortifica los espíritus" y "la envidia y la admiración que incitan a imitar". El fenómeno histórico queda reducido en V. Paterculos a un juego de interinfluencias psicológicas. Demasiado explicación, por otra parte, para el siglo I de nuestra Era.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciertos intervalos aproximadamente de treinta años (la cronología de los sacerdotes egipcios a que alude Herodoto); 2ª, la desviación, dentro de un mismo ámbito cronológico hacia distinto ámbito vital por parte de las generaciones jóvenes en referencia a las más viejas; 3ª El hecho de que los hombres nacidos y crecidos aproximadamente juntos compartan idéntico número de sueños y aspiraciones; y 4ª La comprobación de que cada generación deja un tipo de obra personal especialmente cumplida que no corresponde a la siguiente (vide las citas de V. P.).

Breve reseña crítica contemporánea.

Corresponde a los historiadores, sociólogos y filósofos alemanes la prioridad en una sistematización del tema apuntado por Comte y desflorado en el territorio literario por Sainte-Beuve. Ya Federico Schlegel, en sus conferencias sobre *Historia de la literatura antigua y moderna,* dadas en Viena en 1812, señaló la existencia de tres generaciones en las letras alemanas durante la segunda mitad del siglo XVIII, justificándola en el hecho de que el carácter de un talento literario y la elección de su temática son determinados con frecuencia por las circunstancias de época y el género de educación recibida por el escritor. Poco después, el historiador Otto Ranke, en su apéndice a la *Historia de los pueblos romano germánicos,* se refirió a la necesidad de reelaborar el tema "presentando a las generaciones en la medida de lo posible, unas después de otras, tal como se ofrecen en el escenario de la historia universal, con sus divergencias". Dilthey, en su ensayo sobre Novalis (a. 1865) y más tarde en su estudio en torno a la historia de las ciencias, agrupa varias generaciones y define el concepto desde un punto de vista sociológico[1]. Un discípulo de Ranke, Ottokar Lorenz intenta elaborar una teoría generacional (a. 1886) fundada en la repartición cronológico-vital del siglo como unidad histórica sobre la siguiente

[1] Véase el ensayo sobre Novalis en *Vida y Poesía.* — Id.: *Vida de Schleiermacher* (a. 1870) donde el concepto de generación sirve de supuesto básico para su estudio.— Id.: *Acerca del estudio de la historia de las ciencias del hombre, de la sociedad y del estado* (a. 1875) aplicación más sistemática de lo generacional. Edic. en español: Fondo de Cultura Económica, México.

base: tres generaciones, un siglo; tres siglos una unidad; una triple unidad de trescientos años, un ámbito cultural cerrado. Federico Kummer publica (a. 1909) su *Historia de la literatura alemana en el siglo XIX expuesta por generaciones* definiendo a éstas como ámbitos que "abarcan a todos los coetáneos procedentes de las mismas situaciones económicas, políticas y sociales, equipados por lo tanto con una concepción del mundo, una educación, una moral y una sensibilidad artística comunes" y distinguiendo a la vez, dentro de cada marea generacional, subgeneraciones formadas por los vanguardistas, los genios, los epígonos, etc. El sociólogo Karl Mannheim desarrolla el supuesto de que "el individuo está formado, primariamente, por aquellas acciones y corrientes espirituales de la época que tienen su hogar, precisamente, en los círculos sociales de vida a los que hay que asignarle sociológicamente"[1]. Por su parte, Wilhelm Pinder en su seductora obra *El problema de las generaciones en la historia del arte de Europa* (a. 1926 [2] [3]) aplica a la historia del arte la clasificación por generaciones y Julius Petersen, en su ensayo *Las generaciones literarias* (a. 1930) [4] elabora una sistemática, demasiado esquematizada, para el establecimiento de núcleos generacionales. Habremos de analizar estos dos últimos puntos de vista con algo más de detenimiento, debido a la popularidad que ambos han alcanzado en el ámbito cultural hispánico [5].

En Inglaterra la teoría generacional no ha sido, hasta hoy,

[1] *Ideologie und Utopie,* Bonn, Cohen, 1930.

[2] Un romanista, Eduard Wechssler, en 1923, enriquece el tema con su ensayo acerca del enfrentamiento del espíritu alemán con la Ilustración francesa: "a distancias desiguales se presentan promociones nuevas, mejor dicho, los voceros y cabecillas de una nueva juventud, trabados íntimamente por supuestos similares debidos a la situación temporal, e internamente por su nacimiento dentro de un término ilimitado de años".

[3] W. P. *El problema de las generaciones...* (trad. española, Buenos Aires, E. Losada, 1946).

[4] V.: *Filosofía de la ciencia literaria,* volumen colectivo de E. Ermatinger, (trad. española, Fondo Cultura Económica, México, 1946).

[5] Dos germanistas norteamericanos, recientemente, han planteado en los EE. UU. el tema de las generaciones. (Harold Stein Jantz, en *"The factor of Generation in German Literary History"* (*Modern Language Notes,* mayo 1937); "Herder, Goethe

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

aceptada con entusiasmo, respondiendo con esta actitud al carácter personalista que caracteriza la obra literaria y sobre todo los estudios literarios y estéticos ingleses. Por otra parte, las peculiares condiciones de la vida intelectual británica han dificultado siempre la convivencia generacional. De todos modos, recientemente, aquélla se ha abierto algún camino. T. S. Eliot, por ejemplo acepta estudiar la literatura franco-británica de fines del siglo XIX con arreglo a un parcial esquema de generaciones [1]. Quizá pudiéramos aproximar a nuestro tema la obra de Havelok Ellis: *A Study of British Genius* (a. 1904) en donde se trata de aclarar el misterio de la aparición del genio sobre algunos supuestos de herencia y generación, con arreglo a resultados estadísticos.

Los franceses han aportado también a la teoría de las generaciones valiosos materiales, paralelos en cierto modo a los aportes alemanes. Ya en 1872 el filósofo y matemático Cournot, en su obra *Considérations sur la marche des ideés et des événements dans les temps modernes* aceptó la división de la historia en siglos, cada uno de éstos subdividido en tres grupos generacionales. Su pensamiento fué desarrollado más tarde por un discípulo, François Mentré, autor de una obra más sistemática e importante. *Les generations sociales* (a. 1920) donde define a éstas del siguiente modo: "estados del alma colectivos encarnados en grupos humanos, que duran cierto tiempo, de modo análogo a la duración de una generación familiar". Mentré se considera, a su vez, discípulo de Justin Drommel, quien publicó en 1861 un famoso libro: *La loi des revolutions* donde estudia la actividad política desde un punto de vista generacional: "los cuarenta años a que se extiende regularmente la actividad política del ciudadano suelen ser limitados al comienzo por la supervivencia de los viejos y al final por la extinción de la propia generación; así, cada generación sólo dis-

and F. Schlegel on the Probleme of the Generations" (*Germanic Review*, Oct. 1933). Detlev Schuman en *"Cultural Age-Groups in German Thought"* y *"The Problem of Age-Groups: statistical Approach"* (ambos en *Publications of the Modern Language Association*, Dic. 1936, Julio 1937).

[1] Artículo recogido en sus *Essays Ancient and Modern*: tema: Baudelaire, modificando puntos de vista anteriormente expuestos en sus *Selected Essays* (edic. Londres, 1936).

pone de unos quince años...". Algunos aspectos de la obra de Mentré fueron criticados y desarrollados por el historiador literario Albert Thibaudet, quien llevó a cabo en su obra (public. póstuma) *Histoire de la Litterature Française de 1789 á nos jours* (a. 1936) un intento de articulación orgánica de la literatura francesa moderna durante siglo y medio, por generaciones, reconociendo cinco grupos generacionales con un promedio cronológico de veinticinco años aproximadamente. La tendencia apuntada por Thibaudet, tratando de estudiar la literatura y la historia del pensamiento francés sobre el cañamazo generacional, alcanza hoy gran predicamento. Así, Verdun L. Saulnier con su serie de manuales críticos sobre el Renacimiento, Siglo Clásico y Siglo Filosófico[1]. Jean Pommier en su ensayo *L'Idee de Génération* (a. 1942) enriquece con objetivas y valiosas comprobaciones la técnica de uso de ésta que denomina "machine á découper le temps". René Jasinsky en su *Histoire de la Litterature Française* (a. 1947) se sirve de cuadros generacionales, mezclados con las tradicionales estructuras de épocas y siglos. Finalmente, Henri Peyre, profesor de la Universidad de Yale, ha publicado una valiosa y documentada obra *Les Générations Litteraires* (a. 1948) donde tras una historiografía bien documentada del tema, ofrece una ambiciosa articulación de la literatura europea en generaciones, por supuesto esquematizada y "ad probandum"[2].

En España cabe el honor a Azorín de haber propuesto a la atención crítica el problema, hace ya varios decenios, al aplicar a su propia generación, con finos atisbos intuitivos, puntos de vista que, por esas fechas, formaban ya parte del material teorético

[1] *La Littérature française de la Renaissance* (a. 1942); *La Littérature française du siècle classique* (a. 1943); *La Littérature française du siècle philosophique* (a. 1943). Edic.: Presses Universitaires.

[2] Un claro espíritu de organización y exposición preside la obra de H. Peyre. He aquí un resumen de su estructura: a) *crítica*, convalidando la insuficiencia de los viejos sistemas de interpretación histórico-literaria; b) *histórica*, evaluando los sucesivos aportes a la constitución de una teoría de las generaciones; c) *cronológica*, estableciendo una tabla sinóptica de generaciones literarias europeas desde 1490 hasta nuestros días, y d) *práctica*, valorando las posibilidades que ofrece el estudio de la literatura con arreglo a un sistema articulatorio generacional.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de la crítica europea. Pero el máximo expositor de una teoría de las generaciones que ha encontrado amplia resonancia en Europa es José Ortega y Gasset, primero a través de un escorzo de planteamiento en su obra *El tema de nuestro tiempo* (a. 1923) y más tarde, ya en forma sistemática, en la serie de conferencias *En torno a Galileo,* pronunciadas en la Universidad de Madrid durante el año 1933 y recogidas más tarde en libro con idéntico título (a. 1945). La posición crítica de Ortega tiene suficiente cuerpo para ser estudiada aparte, y así lo efectuaré con detenimiento. El profesor y poeta Pedro Salinas ha aplicado el esquema formal de Petersen a un caso concreto de la literatura española: la generación del 98 (a. 1935)[1]. Posteriormente Pedro Laín Entralgo, catedrático en la actualidad en la Universidad de Madrid, en su obra *Las generaciones en la historia* ha proyectado sobre un ambicioso campo histórico las más recientes aportaciones teoréticas, concibiendo a las generaciones como "biografías", y particularizando sus puntos de vista, más tarde, en torno a la generación del 98 en su obra del mismo título (a. 1945) y a generaciones inmediatamente anteriores en su estudio acerca de Menéndez Pelayo (a. 1944)[2]. Francisco Ayala ha criticado y reelaborado con puntos de vista personales, la teoría generacional de Ortega y Gasset, en su obra *Sistema de la Sociología* (a. 1947) [3] estimando a las generaciones como unidades histórico-sociológicas elementales, definidas por lo que denomina su "estilo de vida" que les presta fisonomía propia y se refleja individualmente en actitudes vitales a la vez que colectivamente en arquetipos. Recientemente, Julián Marías ha desarrollado un curso en el "Aula Nueva" del Instituto de Humanidades dirigido por Ortega y Gasset (Madrid, 1949) sobre el tema *El método histórico de las generaciones,* certificando la posición de su maestro en torno a hacer de la generación el concepto fundamental de la historiología y el instrumento más eficaz del método histórico.

[1] *Literatura española siglo XX,* México, 1941.
[2] *La generación del 98,* Madrid, 1945. — *Menéndez Pelayo,* Madrid, 1945.
[3] *Tratado de Sociología* (tres volúmenes). El tema se encuentra tratado en el vol. II, Segunda parte, cap. I, págs. 152-172.

La idea de generación en Ortega y Gasset.

Después de este pasamanos de referencias cabe preguntar, ya desde un punto de vista más personal y acotado: ¿que es una generación? ¿Qué formas presenta este cuerpo histórico y qué caracteriza en él a su realidad de verdad frente al conceptualismo evidente de términos como "época", "siglo", "período", etc.? Me parece que el pensamiento que más ha profundizado en el tema hasta llegar a su entidad filosófica es el de Ortega y Gasset, y quizá convenga seguir a lo largo su hilo mental para alcanzar nuestra propia vivencia.

La preocupación por adentrarse en la dinámica de las generaciones como expresión del tiempo histórico es antigua en el filósofo hispano y podemos encontrar rastros de lo que más tarde ha de ser articulada teoría, en sus obras de juventud. Así, en artículos de prensa, en *Vieja y nueva política* (a. 1914) y en *El tema de nuestro tiempo* (a. 1923) se percibe la preocupación por centrar la historia en torno a estos cuerpos vivos. Pero su pensamiento ha adquirido forma orgánica, recientemente, a lo ancho de los primeros capítulos o conferencias de un curso destinado al estudio de la cultura europea durante el siglo XVI (impreso más tarde, en forma de libro, bajo el título sugestivo de *En torno a Galileo*). La síntesis de esta exploración sistemática la encontramos ya en *El tema de nuestro tiempo* expresada del siguiente modo: "Una generación no es un puñado de hombres egregios ni simplemente una masa; es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación es el concepto más importante de la historia, y por decirlo así, el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos. Una generación es una variedad humana. Los miembros de ella vienen al mundo dotados de ciertos caracteres típicos que les prestan una fisonomía común diferenciándolos de la generación anterior. Dentro de ese marco de identidad pueden ser los individuos del más diverso temple, pueden sentirse

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

como antagonistas, pero unos y otros son hombres de su tiempo, y por mucho que se diferencien se parecen más todavía. La manera de ser de cada generación depende de la ecuación que forman los dos elementos que la constituyen: lo recibido y lo espontáneo. Si predomina lo recibido, son generaciones acumulativas, destinadas a conservar y a enriquecer el tesoro de la cultura que han recibido. Si predomina lo segundo son generaciones eliminatorias y de combate".

Al desarrollar este pensamiento en su curso *En torno a Galileo* parte Ortega y Gasset de una serie de presupuestos fundamentales que se refieren a los modos de llevar a cabo, por parte del hombre, la tarea que podríamos denominar, de construcción de la historia o de lo histórico. El ser humano se caracteriza, entre otras cosas, por "hacer mundo", forjar horizonte constantemente en torno suyo, y este hacer continuo implica, a su vez, un continuo cambio en la estructura de su drama vital. Con lo cual, el tema de la historia formalmente precisado sería "el estudio de las formas o estructuras que ha tenido la vida humana desde que hay noticia de ella". Añadamos a lo anterior que cada vida individual se encuentra sumergida en una determinada circunstancia o vida colectiva posesora de un mundo de convicciones o creencias con las que el individuo está obligado a contar. Éstas son las que denominamos habitualmente "ideas de la época" o "espíritu del tiempo", vigentes a veces en contra del mundo ideológico del individuo que se ve obligado, por lo mismo, a operar frente a ellas. Pero su influencia mayor se debe, principalmente, al hecho de que buena parte de nuestras creencias propias proviene de este mundo colectivo. Entre influencias y discrepancias discurre el quehacer vital.

La vida es tiempo, discurrir insoslayable y angustiado del tiempo. El hombre percibe el tiempo dentro de sí, como *edad* y su vivir es un pasar por edades, sintiendo cada una de ellas como un trozo de su escaso y personal tiempo. El hecho elemental y a la vez polarizado, de este pasar del tiempo se caracteriza diciendo que unos hombres mueren y otros nacen, por lo que toda la vida humana se encaja forzosamente entre otras vidas anteriores y posteriores. Ahora bien, si tratamos de fijar esta fluencia dentro de ciertas estructuras mentales algo más rígidas que su acontecer, observaremos que toda actualidad histórica envuelve, en rigor, cualquiera que su momento sea, tres tiempos distintos, tres dimensiones vitales que conviven, quiéranlo o no, alojadas en el presente, trabadas y al ser diferentes, en radical hostilidad. "Hoy es para unos, veinte años, para otros cuarenta, para otros sesenta. Hay, pues, unidad de tiempo histórico en las tres distintas edades; contemporaneidad. Lo que no significa, a su vez, coetaneidad. Todos podemos ser contemporáneos pero todos contribuímos a formar este tiempo y su atmósfera vital de modo diferente. Sólo coinciden en esta función formativa *los coetáneos*. Así pues, "el conjunto de los que son coetáneos en un círculo de actual convivencia es una generación".

He aquí a *la generación* definida y conceptualizada para su examen. Sentimos que esta idea nos ofrece, por de pronto, una clave más segura para interpretar lo inmediato de la historia. Tres tiempos vitales distintos alojados en un mismo tiempo exterior, cronológico, cuya diversidad y choque produce cambios, influencias, modificaciones. "Si todos los contemporáneos fuésemos coetáneos —dice Ortega— la historia se detendría anquilosada, petrefacta, en un gesto definitivo".

Extraigamos ahora, del pensamiento de Ortega, con una matemática de esquema las ecuaciones que integran la totalidad generacional. Veremos que una generación para ser válida, implica: *a*) posesión de idéntica edad cronológica; *b*) mantenimiento de un permanente contacto vital (edad vital) ya que un grupo humano aislado del resto no forma generación con él; *c*) sobrevenir a continuación de otra, con dimensiones propias del tiempo histórico; y *d*) poseer una dimensión propia en el espacio (nación, forma cultural, etc.). "Comunidad espacial y comunidad de fecha son los atributos primarios de una generación."

Añadamos a lo anterior nuevas articulaciones y precisiones. Al hablar de edad generacional no se habla, por supuesto, de una

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fecha estricta, un mismo año, mes o día de nacimiento. Nuestro concepto de edad, en este caso, no es matemático, sino vital. La edad es un cierto modo de vivir que se extiende durante cierto número de años, una 'zona de fechas'. Por consiguiente, tienen una misma edad histórica y vital aquellos que nacen dentro de una zona de fechas. Ahora bien: ¿cómo establecer el principio que rige estas zonas de fechas, con respecto a la edad total —a la vida— del individuo? Hay que soslayar, para dar con la respuesta adecuada, una posible desviación: la de inferir semejanzas entre sucesión de generaciones y genealogía. La generación no tiene genealogía, no es genealogía porque no se puede establecer con arreglo a límites corporales o fisiológicos. El hombre no es primariamente cuerpo y alma, o cuerpo divorciado del alma, sino *vida*, trayectoria que se hace contando con el contorno, con los demás, en un tiempo limitado. De modo, pues, que cada hombre atraviesa por dos edades, la de su organismo y la de su vida, "etapas diferentes en las que se segmenta nuestro quehacer vital". Para la constitución generacional es la edad vital la que cuenta, ya que cada peripecia de esta edad no equivale a un tipo de quimificación orgánica sino a un tipo de quehacer particular. Veamos: "Durante una primera etapa el hombre se entera del mundo en que ha caído, en que tiene que vivir insoslayablemente; es el período de la niñez y toda la porción de juventud corporal que corre hasta los treinta años. A esta edad el hombre comienza a reaccionar por cuenta propia frente al mundo hallado; inventa nuevas ideas sobre los problemas del mundo —ciencia, técnica, religión, política, industria, arte, modos sociales—. Él mismo u otros, hacen propaganda de toda esa innovación... y así, un buen día, se encuentra con que su mundo innovado, el que es obra suya, queda convertido en un mundo vigente. Es lo que se acepta, lo que rige... En ese momento empieza una nueva etapa de la vida: el hombre sostiene al mundo que ha producido, lo dirige, lo gobierna, lo defiende... porque unos nuevos hombres de treinta años comienzan, por su parte, a reaccionar ante ese nuevo mundo vigente."

Observamos en todo lo anterior, siguiendo el hilo orteguiano,

la presencia definida de tres generaciones activas dentro de un tríplice tiempo cronológico, histórico y vital. Una generación que va desde los quince a los treinta años, puramente asimilativa, receptiva y pasiva (más pasiva y receptiva, en efecto, de lo que la propia juventud cree). Otra, desde los treinta a los cuarenta y cinco caracterizada por un espíritu de gestación y creación propio. Y otra, desde los cuarenta y cinco a los sesenta en que el hombre incurso en ella predomina, manda, consolida lo conquistado y se defiende de la generación anterior e intrusa. Fuera de este ámbito, más allá de los sesenta años, la generación no existe, es virtualmente ahistórica aunque siga siendo una generación cronológica. Se ha desvitalizado y convertido en un anacronismo que perciben, por igual, las tres generaciones anteriores. A su vez, las dos generaciones intermedias, maduras, activas y operantes, conviven sobre un mismo campo de acción aunque no son coetáneas.

Conviene tener en cuenta que el ritmo de las generaciones no opera a saltos ni sus mutaciones producen radicales estridencias. Por el contrario, unas y otras, más que sucederse con brusquedad se empalman gradualmente, se solapan y van actuando de modo insensible sobre el contorno, a la vez que dejándose operar. Perder de vista esta ley de ritmo equivale a convertir el instrumento de análisis histórico que la generación significa en un mecanismo formal y artificioso. Nos queda ahora poseer la regla para descubrir, en un momento determinado, la mecánica íntima de este juego generacional. Es decir: situar a las generaciones dentro del campo *real* de la historia objetivado en forma elemental, como cronología. Aquí el pensamiento de Ortega y Gasset, a nuestro juicio, tratando de adquirir una precisión formal se torna de vitalista en mecanicista —pura técnica, juego azaroso— al situar la zona de fechas cronológicas de una generación dentro de totalidades o series. ¿Cómo logra esto? Ortega preconiza secesionar en el fluir vital un ámbito histórico dentro del cual se haya producido un cambio en el vivir humano que aparezca como radical, evidente, incuestionable, a fin de buscar, dentro de él, un período que nos muestre al hombre, no indeciso sino seguro y tranquilo de sí mismo, pensando sus pensamientos con completa claridad y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

posesión de su sentido; es decir, rehuyendo las épocas llamadas de crisis o transición (vocablos que por otra parte Ortega considera convencionales). Esta generación que vive los grandes momentos históricos es siempre una generación decisiva y sirve como punto de partida, hacia atrás y hacia adelante, para proyectar la cadena generacional hasta el tope de otra inevitable generación decisiva. Dentro de cada generación se encuentra siempre un tipo humano ejemplar cuya figura presenta con mayor evidencia los caracteres de su tiempo. Es el 'epónimo' de la generación. El resto de la tarea es puro automatismo. Ortega y Gasset trata de poner en evidencia la viabilidad de su construcción practicando una cortadura histórica sobre un período de la cultura occidental situado entre 1600 y 1650 cuya figura epónima es Descartes.

A esta idea de generación que es, a mi juicio, la más cabal con que contamos contemporáneamente, descartada la reserva última que afecta, por supuesto, no a su fundamentación sino al método, pueden ser añadidos algunos complementos que la perfilen aún más, extraídos de la obra total del filósofo hispano, tan matizada por la preocupación generacional, como antes indiqué. Refiriéndose, por ejemplo, a la necesidad de que cada generación posea claridad ideológica en cuanto a sus proyectos vitales, expresa que "sólo será fecunda la labor de esa generación cuando vea claramente qué es lo que quiere... (ya que) en épocas críticas puede una generación condenarse a histórica esterilidad por no haber tenido el valor de licenciar las palabras recibidas, los credos agónicos y hacer en su lugar la afirmación enérgica de sus propios, nuevos sentimientos. Como cada individuo, cada generación, si quiere ser útil a la humanidad ha de comenzar por ser fiel a sí misma" [1]. Por su parte, cada generación posee una vocación propia: "Si cada generación consiste en una peculiar sensibilidad, es un repertorio orgánico de íntimas propensiones, quiere decirse que cada generación tiene su vocación propia, su histórica misión. Se cierne sobre ella el severo imperativo de desarrollar esos gérmenes interiores, de informar la existencia en torno según el módulo de su espontaneidad" [1]. La generación es un compartimiento cerrado, del que no puede escapar el individuo; prisión y caravana a la vez: "No hay escape normal y satisfactorio de la caravana que forma nuestra generación. Vamos prisioneros en ella a la par que secretamente voluntarios y satisfechos. De cuando en cuando se ve pasar otra caravana con su raro perfil extranjero. Tal vez, en un día festival, la orgía mezcla a ambas; pero a la hora de vivir la existencia normal, la caótica unidad se disgrega en dos grupos verdaderamente orgánicos" [2]. Las diferencias entre dos generaciones son radicales: "La diferencia entre los estilos de dos generaciones consecutivas se manifiesta en todas las actividades, incluso en las más abstractas y que parecen menos sumisas a la mano del tiempo" [3]. Unas y otras generaciones se incomprenden radicalmente porque están emparedadas en su horizonte propio: "Precisamente eso que constituye una generación como tal es siempre una forma genérica de vida nueva... germen de innovación vital de la que la generación no se da cuenta, hasta el punto de que, con frecuencia, lo que ella comienza a decir con la pretensión de que sea su confesión, su característica, es lo contrario de la efectiva innovación que ella es; mejor dicho, que va a ser" [4].

[1] *Vieja y nueva política*, OC, I, pág. 270.

La generación 'objetivada' vista desde fuera (Pinder y Petersen).

Todos estos aportes del filósofo español a la teoría de las generaciones tienen lugar desde dentro; desde la entraña misma del hecho generacional. No así el punto de vista del historiógrafo y crítico alemán Julius Petersen —más popularizado por lo que ofrece de peligroso recetario— cuya característica es la objetivación del problema; el examen de lo que una generación parece ser desde fuera. Revisémosle como complemento de la exposición orteguiana, deteniéndonos de pasada a marginar el pensamiento

[1] *El tema de nuestro tiempo*, OC. III, pág. 151.
[2] *Para la historia del amor* (artículo, a. 1926), OC. III, pág. 439.
[3] Id., id., pág. 442.
[4] *Sobre las carreras* (artículo, a. 1934), OC. V, pág. 182.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de otro crítico, en este caso de la historia del arte, Wilhelm Pinder aplicado al campo de la creación artística, principalmente de la pintura y a su vez en relación con las demás artes.

Al fijar Ortega y Gasset por primera vez el concepto de generación como categoría de conocimiento histórico hizo referencia a la obra de W. Pinder *El problema de las generaciones en la historia del arte de Europa* [1]. A su vez, el propio Pinder, en el prólogo a la segunda edición de su obra aludió al pensamiento de Ortega considerándole como la corroboración más cabal de sus puntos de vista. Pinder opera sobre el tema desde un ángulo más restringido que Ortega: el territorio de la sociología del arte, pero sus conclusiones repercuten en el campo de la historia de la cultura. Considera el crítico alemán que la clave de una generación está, no en su contemporaneidad sino en las analogías coetáneas, ya que "cada punto del tiempo tiene para cada cual un sentido diverso, no sólo porque es vivido bajo una coloración individual, sino por el hecho de que un mismo año constituye un punto temporal distinto para hombres de diversas edades". En este poder agrupador de lo coetáneo, entendido aproximadamente a la manera como lo aprecia Ortega y Gasset, se encuentran los "caracteres epocales" constituídos sobre los dos siguientes supuestos: *a*) los artistas son normalmente intransferibles en el tiempo, o sea, la época de su nacimiento condiciona el despliegue de su ser y hasta coopera en el condicionamiento de este ser propiamente. Sus problemas nacen con ellos; les son predestinados; *b*) este hecho no torna solitarios a los artistas, sino que les agrupa. Hay generaciones en las cuales prevalece normalmente un carácter homogéneo de problemas. Si bien la generación no es, todavía, el estilo, es sin embargo un valor del estilo. Ambas afirmaciones se complementan para dar lugar a esta otra de superior jerarquía: existe un ritmo de las generaciones y este ritmo se añade a aquel otro ritmo ya reconocido desde hace tiempo, el ritmo de las épocas. Esta caracterización de Pinder trata de ser demostrada a lo largo de un análisis de la pintura europea desde el Renacimiento,

[1] Tít. orig.: *Das Problem der Generation in der Kunstgeschichte Europas* (trad. española, Edit. Losada, Bs. As., 1946).

aunque ofrece inevitables lagunas debidas al propio acontecer fluído del hecho artístico, mucho más sometido a las influencias intergeneracionales por carecer de la defensa y fijación temporal que significa el lenguaje. Una importante reserva sitúa previamente Pinder en su análisis. "Es muy probable, dice, que la ley de la generación sea una ley específicamente europea (quizá debiera decir, específicamente de la cultura occidental) porque es una ley del cambio, del impulso activo hacia la modificación y responde al espíritu 'vikingo' de nuestra cultura." La observación es sagaz y digna de ser meditada.

La teorética generacional expuesta por Julius Petersen [1] no obstante su elaborado esquematismo ofrece indudables atractivos y ello explica su éxito y su peligro, al convertirse —de hecho se ha convertido más de una vez— en recetario crítico. Carece de articulación filosófica previa y opera sobre antecedentes fácticos, objetivos, experimentales; me atrevería a decir que, en ocasiones, opera sobre apariencias. Para Petersen la generación significa: "Una unidad de ser debida a la comunidad de destino que implica una homogeneidad de experiencias y própositos. Sólo mediante esta comunidad se esclarece en su necesidad el concepto de destino como trozo de vida limitado por el nacimiento y por la muerte, levantado por el crecimiento y el desarrollo, lleno por la acción recíproca, cooperativa y antagónica. Con el principio generacional todo lo que en la consideración espacial es rígido, la patria, el carácter racial, el lenguaje y el estilo vinculado al mismo, es puesto en movimiento, y todo lo que en la consideración espacial es fluyente, como cambio y desarrollo, queda solidificado. La consideración por generaciones permite engarzar el devenir literario en el acontecer del tiempo, en los grandes acontecimientos políticos, las corrientes espirituales, las conmociones de los estados de espíritu a través de las cuales va cambiando la índole de los hombres."

Ocho factores esenciales conforman una generación a juicio de Petersen. El primero se apoya en la herencia. El segundo queda

[1] *Die Literarischen Generationen*, Berlín, 1930. — *Philosophie der Literaturwissenschaft*, Berlín, 1930. — Trad. española: Ermatinger, *Filosofía de la Ciencia literaria* (Fondo de Cultura, México, 1946).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

determinado por la fecha de nacimiento aceptada no con carácter fatalista y astrológico como aparece en Pinder, sino más bien como la presencia de la existencia de un correlato de problemas que se abren en abanico ante un grupo de individuos nacidos, poco más o menos, a la misma distancia, por lo que "de este modo, el individuo participa con toda su generación de la influencia de las fuerzas evolutivas formadoras". Otro factor lo integran los elementos educativos, el tipo de educación de la época cuya homogeneidad implica una análoga modelación mental juvenil, bien sea ésta de tipo universitario o quizá también autodidacta, siempre que las influencias de lecturas iniciales sean comunes. El factor denominado de comunidad personal se refiere a la convivencia intelectual de sus componentes en torno a instrumentos aglutinadores, bien universitarios, literarios o de relación humana permanente, cabiendo asignar este papel a centros de enseñanzas, revistas, periódicos, tertulias literarias, etc., donde se adquieren vivencias comunes sobre idénticas experiencias y acontecimientos. La comunidad personal trae consigo lo que denomina Petersen experiencias de la generación, o sea el reflujo sobre el grupo, de aconteceres históricos y colectivos que marcan decisivamente a una época. Estos aconteceres pueden ser culturales o catastróficos. Los primeros "obran a largo plazo y forman parte de los elementos educativos que, en un desarrollo lento, van cambiando a los hombres... los otros representan verdaderas tormentas que con sus relámpagos iluminan la actitud distinta de las diversas generaciones coexistentes". A estas experiencias se suma otra de evidente importancia: "la impresión que produce una gran personalidad que se coloca a la cabeza de su época": el guía, cuya influencia "acuña de modo perdurable a una generación", unas veces casi contemporáneo, otras, perteneciente a generaciones fallecidas. Esta cualidad de caudillo o guía puede ser entendida de diversas maneras, bien al considerarle como organizador y cabecera de la generación, bien como fuerza que aglutina y atrae, a la vez que señala el camino; especie de héroe espiritual respetado y estimulante. Indispensable es también la existencia de un lenguaje generacional, "el nuevo espíritu que anima a una comunidad juvenil

y no sólo busca consignas sino que hasta se puede decir que es despertado mediante palabras mágicas que insuflan un contenido obscuramente presentido, de conceptos, representaciones y sentimientos. Todo nuevo planteamiento de problemas en el arte y en la ciencia significa un cambio de terminología, fenómeno que quizás se pone de manifiesto en forma más visible en la historia de las artes no verbales, la música y las artes plásticas. Pero el problema del lenguaje cobra una significación más potenciada en aquella ciencia cuya índole más genuina es el planteamiento de problemas, es decir, la filosofía, y para aquel arte cuyo único medio es el lenguaje, a saber, la poesía". Finalmente, la generación alcanza su plenitud vital con el anquilosamiento de la generación vieja, quién hace contacto permanente con los jóvenes a través de antagonismos, unas veces superados y otras no, pero que conducen inevitablemente al desgaste de la primera y a la ascensión de la segunda. Las formas públicas que estos antagonismos adopten dan a la vida firmeza y seguridad colectivas en un caso, caracteres de disturbio en otros.

Considera Petersen que en las formas culturales contemporáneas se manifiesta una acusada tendencia a constituir generaciones de tipo universalista, reduciendo los antagonismos y diferencias locales y nacionales y dando por consiguiente a la generación un campo experimental más profundo: guerras, lecturas, movimientos político-sociales que "tienen una longitud de onda mucho mayor y una profundidad que penetra en todas las capas de la sociedad, por lo que son capaces de hacer surgir la comunidad de generación por encima de los límites de clase y país".

Intento de esquema generacional: las constantes características.

La reseña efectuada hasta ahora, en torno a algunos puntos de vista relativos a la teoría de las generaciones pudiera —y quizá debiera, en otras circunstancias— acompañarse de una operación crítica. De hecho queda apuntada en breves marginaciones. Pero mi deliberado propósito es situar al lado de todo lo anterior un provisional esquema generacional determinado por la presencia de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

diversas constantes características cuya silueta reciba, a lo vivo, el impacto de todo lo anterior. No se trata, en el presente ensayo, de dogmatizar, sino de proponer a discusión posibles definiciones. Helas aquí:

Creo que toda meditación en torno al tema adquirirá elementos provechosos si acepta la lección de Ortega y Gasset en sus radicales filosóficas. Con arreglo a este criterio me parece posible acotar el fenómeno generacional en una primera toma de contacto con él, como un cuerpo social delimitado e independiente compuesto por una minoría rectora y una masa afectada por idéntica problemática que la minoría, actuante alrededor de aquélla como su caja de resonancia. Este cuerpo social se va constituyendo gradualmente dentro de los tríplices límites del tiempo: cronológico, histórico y vital, con arreglo a unas constantes determinadas y adquiere, por supuesto, una fisonomía distinta a la que ofrecen las demás generaciones anteriores y posteriores, a la vez que dota de análogos rasgos fisiognómicos a todos sus integrantes.

La minoría es quien presenta al cuerpo social íntegro la problemática de un tiempo histórico dado. La masa, dentro de su existencia desperfilada y anodina, acoge esta problemática con mayor o menor opacidad. Cuando la opacidad es mínima, la minoría generacional se convierte en educadora y guía; cuando permanece sólida y densa, la minoría reduce su dinámica y entra en aparente estado de parálisis. Como cuerpo social de identidad cronológica se sitúa dentro de ciertas fechas o ecuaciones de tiempo —tiempo mirado desde fuera, objetivado; años de calendario— a la vez que su identidad histórica le empalma con una serie de aconteceres humanos que le dotan, forzosamente, de un obligatorio sentido. Y con respecto a la identidad vital, entra en contacto con el núcleo de ideas, convicciones o 'espíritu' de la época y dentro de él, acepta o reforma esta ideología. De su triple identidad se desprende el carácter de contemporáneos y coetáneos que los componentes de la generación tienen.

Estos individuos que la integran poseen un caudal común de formas de ser, vivir y convivir que partiendo de su propia y personalísima experiencia, se articulan a su vez hacia dentro y hacia

fuera. Tal articulación no es una articulación pasiva, extática, por encima y debajo de la cual transcurre la episódica del vivir. Es, por el contrario, el supuesto previo para una toma de posición frente al mundo; disparo ontológico tanto más perfilado cuanto mayor es la densidad intelectual de la minoría. Consiste, pues, en una suma de voluntades operantes que buscan la justificación de su existencia individual y colectiva. A este intento de trascendencia pudiéramos denominarle proyecto de vida generacional. Así, un proyecto de vida generacional sería el resultado de la suma de actitudes que acotadas por un tríplice tiempo, unifican su voluntad de trascendencia en una serie de estructuras ideológicas que, con la limitaciones inherentes al choque con otras estructuras ajenas, trata de conseguir la plenitud de su ser colectivo, integrándose en el total existir que le rodea.

a) *Constante filosófica.* — Resulta de lo anterior que la primera diferenciación definitoria de un ámbito generacional con relación a otro, tiene que ser filosófica, referida al modo de problematizarse. Entre estar referido a un pensamiento filosófico y sistematizar este mismo pensamiento hay suficiente diferencia, aunque no incompatibilidad. Conviene ponerse en guardia respecto a un error bastante común consistente en creer que sólo el filósofo profesional se codea con estos graves temas y puede adoptar pública actitud ante ellos, lo que lleva a aislar a la filosofía en cerrados templos bizantinos donde sólo ofician los iniciados en ciertos rituales mágicos. Entiendo, por el contrario, que el día en que se articulen todas las formas de pensamiento y creación intelectual dentro de sus correspondientes en filosofía se conseguirá una coherencia de la que hoy carecen buena parte de los estudios y labores de esta especie, de modo principal los literarios. No hay creación literaria sin su correspondiente oquedad filosófica envolvente. El poeta, el novelista, el dramaturgo operan, a veces sin saberlo, como el burgués gentilhombre hablaba su prosa, de acuerdo a una previa estructura filosófica adquirida por impregnación exterior generacional, de tiempo histórico-vital. A veces sabiéndolo a medias y en otras con saber pleno y acordado. Así operan

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

análogamente el político y el hombre de ciencia, el pedagogo y con frecuencia el artista. El desconocimiento por parte de ellos de esta realidad no implica su ausencia ni reduce su importancia. Todo lo más que sucede es, que hasta la fecha, tanto los estudios literarios como de otra índole, ofrezcan ese aire lastimoso del ciego que tantea las paredes, sustituyendo sus ausentes órganos de visibilidad por deficientes lazarillos historicistas, estilísticos, etc. Pero este tema atinente a la impregnación filosófica que sin tregua opera sobre el pensamiento, a sabiendas o sin saber del que piensa, sería demasiado denso para tratarle ahora y llevaría a postular puntos de vista ajenos a nuestro tema.

De modo, pues, que la primera caracterización de una generación se encuentra en la que denominaríamos su *constante filosófica* o formas de referir su pensamiento a una filosofía determinada, más o menos reconocida por los componentes generacionales. Concretamente, en la actitud gemela adoptada por todos los integrantes de la generación respecto a los abisales supuestos del propio existir y del existir circundante. Entendámonos: no se hace preciso, para que esta constante filosófica se produzca, la presencia de un sistema articulado, sino más bien de una coincidencia en las grandes actitudes vitales y de una respuesta análoga a las preguntas vírgenes que cada individuo, una vez que sale de su anodinidad, se efectúa problematizándose, por ejemplo, y enracimando las interrogantes para su mejor comprensión: ¿Porqué y cómo existo? ¿Qué son mi existencia y mi coexistencia? ¿En qué forma se entienden, dentro de su hermandad fratricida, el tiempo y mi existencia? ¿Qué actitud adopta mi yo ante el extrarradio humano? ¿Cuáles con los correlatos entre mi existencia y mi conciencia de existencia; entre mi existencia y mi trascendencia hacia la inmortalidad? ¿En qué órbita afectiva se encuentra el problema de Dios? ¿Qué grados de atracción de lo erótico operan sobre mi existir? ¿Qué actitud asumir ante la muerte?, etc. Entiendo que sin estas preguntas previas y otras semejantes, así como nadie se puede proponer a sí mismo como problema o proponer a la consideración crítica filosófica el tema del hombre, del mismo modo tampoco cabe proponerse el conocimiento de lo que una generación es en sí misma, supuesta su existencia como suma de individualidades unidas por cordones umbilicales tan precisos y comprometedores como los examinados.

b) *Constante sociológica.* — Esta primera constante generacional es de tipo ontológico. La segunda es de tipo sociológico. Toda generación es un conjunto humano situado, a la vez que en determinado ámbito espacial-histórico, en un ámbito psicológico cuya dúplice conceptualización tiene lugar a través de los vocablos *nación* y *patria*. Este doble ámbito no es puro *estar ahí*, mostrenco, caracterizado por su pétrea fisonomía, sobre el cual discurre un animal bípedo, denominado hombre, otros cuadrúpedos o de diversa contextura zoológica y descansan objetos, cosas varias de carácter natural o artificial pero inanimado. No es tampoco una suma de disponibilidades económicas o alimenticias; un conglomerado forestal, fluvial o paniego o un simple concepto jurídico que cataloga al individuo con arreglo a su condición nativa, a sus tributaciones o a sus deberes militares. Este doble ámbito es algo más: es una presencia viva dentro de la cual acaece el vivir del individuo; una presencia que se hace a sí misma existiendo. Es, además, un sentimiento y una intimidad que se objetivan en un horizonte histórico proyectados en dos direcciones: hacia detrás como pasado común a un conjunto de individuos y hacia adelante como prospectiva de un futuro por hacer y vivir dinámicamente. A esto se suman realidades previamente objetivadas, tal como el perímetro territorial y el ámbito lingüístico comunes, fatalmente obligados a segregar vivencias relacionadas con la familiaridad, comunidad física e identidad de expresión racional.

La generación se sitúa y teje su particular trozo de tela en el telar histórico con arreglo al tipo de integración que efectúe dentro de la comunidad nacional y patriótica. Pero como la integración requiere una previa percepción o descubrimiento de lo integrable, resulta necesario a cada generación con independencia de las anteriores, readquirir sus ideas de nación y patria, viviéndolas, coexistiendo con ellas; sabiéndose en armonía con

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ellas para hacerles formar parte de su proyecto vital. Insisto en esta forma operativa: *viviéndolas* [1], porque su auténtica comprensión rechaza todo lo que ambos términos tienen de conceptual y mostrenco, traspasable de una generación a otra como herencia o préstamo sin valor.

c) *Constante histórica.* — Aparece a continuación de las dos constantes anteriores una tercera de tipo histórico. Concebidas la nación y la patria como un existir, es evidente que este solo puede ser el resultado de un continuo hacerse referido a los hombres y sus correlaciones siguiendo el fluir del tiempo. Esto es lo histórico. Toda generación, por tal motivo, tiene que ambientar forzosamente su catalejo hacia un puesto de observación desde el cual referirse al pasado. Es decir, toda generación tiene que ser, a su modo, historicista, aún en el caso de que obture el catalejo voluntariamente para no ver, por frivolidad o por desdén. Su historicismo presenta dos formas: de un lado es crítico, de otro revalorizador. Es decir, verá su historia comunal como un conjunto de acaecimientos y experiencias y como una suma de valores tendiente a segregar ciertas inmanencias. A esta última función podríamos denominarla actividad para adquirir fisonomía histórica. Conforme en la adquisición de esta fisonomía se valoren más o menos ciertos ámbitos históricos del pasado, la generación adoptará características singulares aunque secundarias. Aquí encontramos la explicación de un hecho consistente en observar, con frecuencia, en una u otra generación determinado aire de familia con zonas históricas claramente acotadas en el

[1] No está demás referirse aquí al pensamiento de Américo Castro sistematizado en su obra *España en su historia* por lo que éste contiene de riguroso deslinde referido a los términos *concepto* y *existir* de la patria. Precisamente la ausencia de una verdadera historia de España, a estas fechas, se debe a que ninguna de las generaciones pasadas supieron adoptar esta actitud existencial; es decir, vivirse y verse viviendo (y desviviéndose) dentro del continuo vivir comunal; descubriendo al curso de esta vida sus peculiaridades, sus antinomias, sus resultados. Cabe de todos modos reconocer en la generación del 98 el adelantado de esta actitud existencialista frente a la patria que no habían sabido adoptar generaciones anteriores. Reconozco mi deuda al pensamiento del ilustre maestro hispano, que me ha guiado en la percepción de este importante hecho generacional, no muy bien percibido hasta hoy.

pasado. La crítica y revalorización tiene lugar a través de diversas urdimbres: formas político-sociales pretéritas; creaciones literarias y artísticas; desarrollo de las formas lingüísticas; referencia a lo religioso, adquiriendo este último tipo de crítica y revalorización un volumen mayor cuando la iglesia, dentro de la comunidad histórica de que se trate, ha interferido total o parcialmente otros órdenes de vida. Efectuada la crítica, la revalorización tiene lugar a través de un particular "modus operandi" que lleva consigo elementos fijados ya en lo denominado anteriormente fisonomía histórica nacional.

d) *Constante psicológica.* — Pero la generación, además de poseer su propio mundo de vivencias filosóficas, su propio existir y su fisonomía histórica, es parte a su vez de un perímetro más ancho por donde circulan otras generaciones contemporáneas y sólo en cierta medida coetáneas. Este perímetro es de carácter internacional y afecta a las relaciones de vida con otros pueblos desde un punto de vista principalmente psicológico. De estos "ajenos" o extranjeros no se puede prescindir; unas veces porque se filtran a través de todas las defensas, otras porque se les busca para operar una transfusión de sangre cultural que enriquezca la propia, por alguna razón desfallecida. Naturalmente, cada generación adopta frente a este irrenunciable hecho una actitud determinada que es, en gran medida, consecuencia de las anteriores. La actitud es siempre valorativa pero no siempre adquisitiva, pudiéndose dar el caso —de hecho se da con frecuencia— de que determinadas épocas históricas se caractericen, en un país u otro, por la resistencia generacional a convivir exteriormente a su ámbito nacional. Estas "generaciones nacionalistas" aparecen entonces frente a los ajenos como guerreros medievales acorazados en su armadura y contemplando tras la visera los puntos vulnerables del adversario, atentas solo a herir con la punta de su lanza en el flanco. En otras ocasiones la generación adopta lo que podríamos denominar con expresión coloquial "aire de vecindad" y busca el contacto, la conversación y hasta el chismorreo; adopta formas de ser y vivir ajenas y efectúa, ayudán-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dose con ellas, una palingenesia enriquecedora del cuerpo nacional. Como contrapartida, aún en aquellos casos de mayor acercamiento y provecho, lo nacional trata de defender sus esencias íntimas y aún de proyectarlas al exterior como compensación justificativa por medio de valores cotizables ante el extranjero; divisas que van desde la exaltación de formas de existir ya lejanas pero aún estimulantes, hasta cualidades actuales de variada índole, dentro del anchísimo campo de la especulación filosófica, la creación literaria o artística, la organización social y la técnica.

c) *Constante lingüístico-literaria.* — Todo lo anterior se relaciona con un instrumento de expresión formal generacional: la lengua, cuya manifestación más perfeccionada son las formas literarias. Quizá es en el ámbito de esta constante donde mejor se perciben las diferencias generacionales, cuando menos a simple golpe de vista. Cada generación tiene su propio lenguaje. Nadie considera hoy a la lengua como una estructura autónoma, sometida a un ritmo de leyes propio, sino como resultante de la continua actividad humana, supeditada por ello a un ininterrumpido y no previsible cambiar heracliteo. La lengua concebida como sustancia que existe por sí misma es un concepto de museo [1]. Si tenemos además en cuenta las diferencias entre "lengua" y "habla" con sus respectivos fondos de comunidad e individualidad, a la vez que las relaciones entre ambos, resulta claro que cada generación se ve obligada a enfrentarse con un hablar propio y a reconstruir, sobre este habla, su lengua, llevando los resultados de tal proceso recreativo hasta los lenguajes comunal, académico y literario; este último, articulación la más compleja,

[1] Frente a la tradicional y convencional actitud de considerar al lenguaje como 'summa' litúrgica para la expresión de abstracciones y conceptos, cabe oponer la conocida frase de Talleyrand definiendo al lenguaje como un instrumento de ocultación del pensamiento o bien la de Kierkegaard al asegurar que mucha gente se sirve del lenguaje para ocultar el hecho de que carece de pensamientos. Estas aparentes paradojas encierran una profunda realidad, ya que el lenguaje mostrenco utilizado para la más elemental convivencia es producto de un sedimento de formas de pensar anteriores y ajenas, aceptadas a préstamo y sustitutivas del esfuerzo propio que exige la personalísima expresión de cada uno.

personalizadora y de difícil instrumentación. Cada generación, por consiguiente, posee su peculiar estilo lingüístico, formado por la aceptación y revisión del fondo común o lengua de la comunidad, y de las reservas literarias anteriores, sobre el que opera el habla generacional. Aflora de lo anterior, en un grado más complejo, el problema del *estilo,* tendencia a utilizar determinadas formas de expresión, principalmente escritas, en lugar de otras ya utilizadas. Por su parte, cada generación traslada simultáneamente su preocupación por el instrumento lingüístico al territorio social y se formula, más o menos explícitamente, un temario de preguntas del siguiente modo: qué significa la lengua, por qué se escribe y para quién se escribe; qué relaciones se pueden mantener entre minoría y masa generacional a través de vehículos expresivos tales como periódicos, libros, etc.; qué formas o géneros literarios sirven mejor y cómo utilizarles. Como toda esta problemática ofrece un aire seductor y visible, es la que particulariza más pronto a una generación, y seducidos por su brillo los historiadores de la literatura se limitan habitualmente a estudiar el fenómeno literario desde este ángulo formal y parcial (aparición y desaparición de géneros, variantes estilísticas o lingüísticas, etc.). Como se puede ver, por detrás opera todo el pensamiento generacional, imbricadas unas constantes en otras, y el desconocimiento de este hecho invalida todo estudio llevado a cabo sobre la literatura como historia cronológica, biográfica o de estilos, exclusivamente.

Resumen provisional.

Resumiendo todo lo anterior podríamos decir que, analizada la generación fenomenológicamente, cinco constantes insoslayables se dan en ella y por medio de las cinco, a su vez, queda definido el *espíritu generacional* a través de su modo de vivirlas y resolverlas. Las cinco, son articuladas sobre un puro estar o existir, que puede alcanzar en ocasiones perfiles sistemáticos (sin que esto sea necesario, ya que les basta su simple "hacerse") y nos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ofrecen una posible guía para trazar un método limitativo y evaluativo de estos cuerpos históricos, vistos así desde dentro y no desde la episódica que ofrece su alrededor. Estos temas o constantes generacionales serían, siempre en función de minoría generacional: 1. coincidencia en el planteamiento de una problemática filosófica y en la dirección de las respuestas. — 2. coincidencia en la forma de interpretar el existir nacional y de integrarse en él una vez efectuada la interpretación. — 3. coincidencia en las formas de mantenimiento de una identidad histórica y su correspondiente fisonomía. — 4. coincidencia en la forma de situarse psicológicamente frente a otros ámbitos generacionales extranjeros. — 5. coincidencia en la personalización de la lengua como instrumento formal de expresión.

Puerto Rico, julio de 1949.

LA UNIDAD DE LAS LETRAS EUROPEAS

Por WLADIMIR WEIDLÉ

I

DISCURRIR sobre la unidad de Europa es para los unos querer forzar una puerta abierta, y para los otros obstinarse contra una puerta que se sabe irrevocablemente cerrada. Es corriente la opinión de que estas dos palabras —unidad, Europa— puestas juntas producen un absurdo o un lugar común, o ambos a la vez; es muy verdad que, de abuso en abuso, han llegado a evocar lo que de más aburrido hay en el mundo: una utopía obsoleta, una trivial quimera. Sin embargo, el mismo desacuerdo de las razones por las cuales se le relega a los archivos basta a mostrar que no debe tenerse la causa por fallada. Si se nos prueba que una noción es absurda o que su evidencia es universalmente admitida, no hay lugar a demorarse un minuto más en ella; pero si se nos ofrece la prueba de lo uno o de lo otro, según se prefiera, ello indica más bien que debemos tomarla de nuevo por la base, comprobar las definiciones que de ella se han dado y tratar al menos de volver a definirla correctamente.

La primera fuente de errores a este respecto es la costumbre de abordar el tema bajo forma de problema político. Una vez adoptada esta manera de ver, se piensa de inmediato en el acuerdo o el desacuerdo entre gobiernos, en las perspectivas de entendimiento o desinteligencia internacional. Ahora bien, importa pensar *antes* en otra cosa, en algo menos visible pero no menos concreto, que ha existido y que existe todavía, independientemente de las "potencias" del día y de sus disposiciones guerreras o pacíficas, al abrigo de toda ideología e incluso de toda intención: en Europa, no tal como podría hacérsela o deshacérsela, sino tal como

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se ha hecho y se propone a nuestro rechazo o a nuestra aceptación. La consigna de Maurras "la política primero" es admisible si significa que un escritor o una comadrona, cuando tienen dolor de muelas, no pueden sino ir al dentista, a fin de poder aplicarse luego a sus quehaceres; pero no lo es si quiere decir que los principios del arte dentaria deben regir la literatura y la obstetricia. La política es consumidora y no productora de principios, y cuando no se inspira sino en aquéllos que han sido fabricados para su uso, se hace más nefasta aún que cuando se deja guiar por los intereses más sórdidos. Jamás aquello de que se nutre debiera ser una pura ideología, uno de esos ídolos del forum que se prestan a todas las propagandas; tendría que ser el acuerdo de ciertos datos concretos, y ante todo de esa unidad europea que es la forma misma de civilización que los pueblos europeos se han dado.

Por naturaleza, esta unidad es cosa compleja y delicada. No tiene nada de uniforme, ni de resuelto; sólo vive de la variedad y del cambio. La dificultad de concebirla y, por consiguiente, de tenerla en cuenta en la práctica, al mismo tiempo que la multiplicidad de su contenido, depende de la fluidez de sus contornos. No sólo es una síntesis y no una suma, no sólo se compone de elementos diversos y en contraste, sino que además sus fronteras están para siempre indefinidas y se presenta al mundo como abierta y no replegada en sí misma. Cuando se echa una mirada desde fuera a esta forma movediza que es la suya, se comprueba que puede estrecharse en ciertas épocas pero que pertenece a su esencia misma el crecer, desplegarse, escapar a toda fijación prematura de su contenido como a toda limitación voluntaria de su campo. Pertenece a la esencia de Europa el haber descubierto el mundo, haber diseminado por él, como ninguna otra civilización lo hiciera, ni soñara en hacerlo, sus hombres, sus obras, sus ensueños y sus ideas. Ya en su origen, en algunas pequeñas ciudades del Mediterráneo oriental, donde acababa de nacer, se preparaba a sus conquistas y se quería, se pensaba a sí misma, universal. Precisamente por eso se ha hecho tan difícil al cabo de tres mil años aprehenderla en lo que tiene de singular, resistir a quienes

se aplican a disolverla en la universalidad, la humanidad, conceptos que sólo ella descubrió y propagó por el mundo, pero que no la definen sino en un cumplimiento final todavía no logrado. La civilización humana, esa *Humana Civilitas* de que habla Dante, es una idea que no pudo concebir sino una entre las civilizaciones humanas, pero no es un nombre por el que nos sea lícito designarla desde luego. Europa no está en Europa solamente, y nadie puede pensar en excluir de ella lo que le pertenece y la continúa fuera de sus antiguas fronteras, mas tampoco podría comprobarse su presencia allí donde no se trata sino de algunos elementos prestados fácilmente disociables de una herencia autóctona que no tiene con ella ningún parentesco. Abrirse al mundo no es lo mismo que confundirse con él. Ningún acto de la voluntad, ninguna operación del intelecto bastan en sí mismos para ensanchar o modificar en nada la unidad europea, pues, aun cuando se presente como un postulado, es decir, como una perspectiva del espíritu, no deja de ser una realidad de la historia.

Esta objetividad, esta contingencia que le son propias no aparecen menos cuando se la considera en su estructura íntima, en su poder, no de expansión sino de cohesión. Una vez más, aquí el peligro está en caer en un tipo de reflexión excesivamente abstracto, en anegar lo particular en lo general, en subestimar, en un organismo tan complejo, la variedad de las células, sin la que no sería viable. De nada sirve decir "Europa" si no se piensa sino en la sombra de lo que ella es. Ciertamente, "en estos tiempos modernos hay que tener espíritu europeo", y mucho más de lo que Mme. de Staël podía imaginarse; pero lo que no conviene es que ese espíritu se deslice con excesiva facilidad sobre las divergencias y las tensiones internas, ni se habitúe a odiarlas como otros tantos obstáculos opuestos a su triunfo, dado que si no existiera tampoco tendría mucho sentido este espíritu, ni valor su triunfo. El gran mérito de Mme. de Staël fué precisamente percatarse de ello, mientras que la frase que Montesquieu había escrito muchos años antes, "Europa no es más que una nación compuesta de varias", sería completamente justa sin la palabra "más" que la hace un poquito sospechosa, pues en un sentido es claro que Europa

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lo ha sido siempre, y en otro, si llegó a serlo en el siglo XVIII no fué sino de una manera más bien superficial. El cosmopolitismo como el internacionalismo, poco importa que el uno sea aristocrático y el otro proletario, se hacen demasiado fácil la tarea, lo que precisamente les impide cumplirla; y lo mismo el nacionalismo, que históricamente los separa y que, también él, tiene su verdad, parcial por supuesto, pero a la que es indispensable tener en cuenta. Dos opciones extremas amenazan más que nunca romper el equilibrio lábil en que siempre ha vivido Europa: de una parte los egoísmos nacionales tendiendo a exasperarse en una crueldad y una estupidez sin límites, de la otra el igualitarismo unificador, despreocupado de los matices y borrando esas delicadas articulaciones nacionales que son el tesoro, el secreto y la vida misma de Europa. Ninguna doctrina inmediatamente convertible en demagogia es capaz de sacarnos de esta alternativa, y para mayor desdicha nuestra la política, actualmente, no se hace sino con este género de doctrinas. Las consideraciones de un orden más elevado que en otro tiempo nunca estuvieron ausentes por completo ya no tienen el menor lugar, y por esta razón, antes que por ninguna otra, apenas si esos problemas se plantean hoy en términos europeos. Pues si Europa es una realidad, y si por eso mismo escapa a las ideologías, no es una realidad que pueda convertirse en objeto de una política "realista". Lo que la constituye no es un compromiso de razones de Estado, ni reglamentación ninguna, por muy deseable que ella sea, de carácter jurídico y práctico, sino una comunidad preexistente de fe, de pensamiento y de creación.

Comunidad, no identidad; unidad — no de lo uno sino de lo múltiple. Todo Estado, en sus funciones esenciales, es semejante al Estado vecino a pesar de la frontera rígida que los separa, y nada se parece tanto como dos nacionalismos que se detestan, que se enfrentan y que pugnan entre sí. La variedad no viene de ellos sino de las naciones que no se separan entre sí sino de una manera imprecisa y cambiante, lo que no nos impide distinguirlas netamente sin ayuda de gendarmes y aduaneros. Herder, que todavía las llamaba patrias, creía excluída por definición

toda guerra entre ella: "Patrias con patrias en una lucha sangrienta es el peor barbarismo del lenguaje humano"; y a pesar de las apariencias tenía razón, pues son los Estados nacionales y no las naciones quienes se hacen la guerra. Éstas se oponen, pero como los colores en un cuadro: en el seno de una unidad y a la espera de una armonía. Donde esto se deja captar mejor es en la vida del espíritu, en la manera como ella se expresa, en la cualidad de lo que crea. La diversidad es aquí tal que al querer reducirla no se conseguiría sino reducir la unidad misma a la nada. La vida de la imaginación y aun la de la razón han estado siempre ligadas aun entre nosotros al menos en su broche original a lo que nos separa y nos divide. ¿Se imagina alemán a Giotto o español a Durero? ¿Hubieran podido nacer en otro sitio que en Italia, en Francia y en Holanda la ópera, el cartesianismo o la composición sabia del retrato en grupo? Pero donde se revela más claramente la situación es en la vida de las literaturas. Ahí la unidad se encuentra más inextricablemente arraigada en esta multiplicidad nacional que es nuestro más cruel destino y nuestra riqueza más cierta. La música, las artes, las ideas (en la medida en que se pueden separar del discurso) no conocen en cuanto a su irradiación ninguna frontera previsible y constante. Muy otra cosa acontece a las letras encauzadas de una vez por todas en la diversidad de las lenguas, y cuyas fronteras naturales no son las de la palabra humana sino los del idioma particular que les ha servido de vehículo. Y precisamente por conservar esta marca tangible de su nacimiento, cuando son de Europa, ofrecen una insípida y triste monotonía. Ahora bien, es evidente que esta diversidad no es más visible en parte alguna que en un campo completamente estriado, abigarrado de fronteras lingüísticas, que son las más naturales, pero también en cierto sentido, las más insuperables. Las artes, la música, el pensamiento, no disponen para resistir a la nivelación sino del espíritu; las letras poseen la materia misma del lenguaje sin la que no son nada y que les hace comunicar a cada instante con lo particular y lo cotidiano, con la sangre y el sudor de los hombres. No hay nada que pueda mostrar a su verdadera luz la unidad de Europa

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

como sus literaturas. Si ellas son unas, es contra viento y marea, es a pesar de las lenguas que no lo son y a despecho de innumerables particularidades debidas en gran parte precisamente a la estructura diversa de esas lenguas que determina el modo de versificación, la calidad sonora de las palabras, los recursos de la sintaxis, y hasta los matices emocionales expresables o no en tal literatura. Si, no obstante, las unen mil vínculos, si poseen tantas cosas en común ¿qué expresión más perfecta se desea de comunidad tan difícil de definir? La unidad de Europa transparece a través de la literatura europea.

II

Esta fórmula, sin embargo, no somos tan ingenuos que la consideremos como una respuesta; no nos sirve sino para plantear (de una manera que creemos útil) la cuestión. Si se acepta el abordar la unidad por el ángulo de la literatura, habrá que preguntarse: ¿existe esta unidad literaria? ¿hay una literatura europea? ¿es en verdad otra cosa que una simple suma de literaturas diversas en varias lenguas, sin tener en común más que la pertenencia geográfica a Europa? Después de todo, no carece de fundamento la opinión según la cual, puesto que no hay otras lenguas literarias que las nacionales, las literaturas nacionales serían las únicas provistas de existencia real. En cuanto a la opinión contraria que alega la frecuencia de las relaciones, la reciprocidad de las influencias, el renombre universal de que gozan Hamlet y Rocambole, tampoco carece de apoyo, y la aceptaríamos de muy buena gana si no probara demasiado, si no excediera toda forma y todo límite. Pues es evidente que los contornos de lo que llamamos Europa no podrían estar tan netamente acusados como los de una nación, ni la noción de literatura europea parecernos tan netamente delimitada como la de la literatura alemana o italiana. Desde que se abandona la base firme de una lengua literaria bien definida se está en peligro de perderse en la vaguedad, de hundirse en un infinito donde Europa se pierde

de vista. Se notó desde el momento en que la conciencia de una comunidad literaria por encima de las fronteras de las lenguas nacionales, comenzó a precisarse, a ganar relieve e importancia. Pues la situación en que hoy nos encontramos al respecto no es tan nueva como a primera vista pudiera parecer. La percibió claramente, presintiendo sus consecuencias, a comienzos del siglo último, Goethe. La idea como la palabra de *Weltliteratur*, literatura universal, es una creación y una preocupación característica de su vejez.

Sus obras habían sido traducidas a la mayoría de las lenguas cultas. Él mismo había traducido a Cellini, Voltaire y Diderot, mantenido una correspondencia animada con Walter Scott, Byron, Manzoni, sin contar a otros extranjeros menos ilustres, y recibido en Weimar la visita de Mme. de Staël, de Benjamín Constant, de Víctor Cousin, de Oehlenschlaeger, de Mickiewicz, de Joukovski. El que acogía a todos sus colegas venidos de lejos, los escuchaba, dialogaba con ellos, no se consideraba ya un escritor exclusivamente germánico. Le gustaba, nos dice, releer su *Fausto* en la traducción de Gérard de Nerval, y el *Wallenstein* de Schiller en la de Coleridge: comprobaba así lo próximo a través de lo lejano y descubría lo nuevo en lo conocido. "Se acerca la época de la literatura universal", decía en 1827 a Eckermann, "literatura nacional no quiere decir gran cosa hoy". Lo universal, tal como él lo entendía, no debía ser en modo alguno obstáculo a lo nacional, sino por el contrario ofrecerle un soporte, conducirlo a su despliegue definitivo. Lo particular, alcanzando lo universal, participaría en un conjunto fundado no sobre el unísono sino sobre una compleja y sabia armonía. La *Weltliteratur* cuyo advenimiento presentía era cosa provechosa y satisfactoria, a condición, sin embargo, de realizarse por arriba, si así puede decirse, y no por abajo, de ser una integración lenta y mesurada y no una vulgar y apresurada mixtura. De esto, Goethe se daba cuenta perfectamente. Temía (notas encontradas entre sus papeles lo prueban) a una universalidad cuasi automática, a favor de la cual los productos de hábiles mediocridades prevaldrían sobre las creaciones de talentos auténticos. Presentía

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

muy bien el advenimiento de un estado de cosas que tan bien conocemos hoy, en que la conciencia de la unidad literaria de todos los pueblos europeos y americanos se ha hecho tan grande que de ella nacen, por parte de muchos escritores en países diversos, esfuerzos ineluctablemente estériles y falsos tendientes a producir de golpe para el consumidor internacional, a ser de antemano universales en alguna manera. Goethe veía claramente este peligro, aun cuando a veces estuviera tentado de minimalizarlo; y sus propias aprensiones están confirmadas a tal punto por la situación actual de las letras, que uno se siente empujado a escrutar una vez más su noción de literatura universal para descubrir sus lagunas y ambigüedades.

Esta noción, en él, se remite al mismo tiempo al pensamiento cosmopolita y universalista del siglo XVIII y a su propio pensamiento que por todas partes busca lo orgánico y lo concreto. Con todas fuerzas apela al Universo cuando se evade de Europa y se aventura por el lado de Persia o de la China, pero ese mismo Universo quisiera él pensarlo orgánicamente, es decir, a imagen de Europa. En su pensamiento, un poco indeciso en esto, sabemos abrevar su consejo más sabio, que es no sacrificar nunca a ideologías internacionalistas o universalistas nuestra más preciosa herencia: la idea de Europa. Verdad es que hoy nadie daría a esta idea un contenido tan estrecho como el que Goethe le dió excluyendo, por ejemplo, de ella, la aportación de la Edad Media; pero queda lo principal, a saber, la necesidad de pensar primero Europa, y de pensarla no sin las naciones, sino en las naciones. Lo que asustaba a Goethe en el concepto de universalidad tal como se lo había transmitido el siglo XVIII era precisamente su falta de articulaciones, su indiferencia hacia las particularidades locales y temporales, la amenaza que contenía de una nivelación ilimitada, de una mezcolanza horrible por ser enteramente inorgánica. Como esta amenaza no ha hecho sino precisarse cada vez más desde hace cien años, se trata de oponer a esa universalidad no, claro está, la idea nacional pura y simple, ni siquiera la idea de una Europa que rechazara de sí al resto del universo, sino una idea del universo más flexible y mejor articulada, teniendo en

cuenta, como la de Europa, no similitudes tan sólo, sino también contrastes, bien que Europa pudiera encontrar su lugar sin renegar de su naturaleza propia que consiste precisamente en su multiplicidad nacional.

Para volver a las letras, se trata ante todo de acordarse de que la literatura universal es un postulado, y la literatura europea una realidad. Lo que Goethe veía crecer alrededor suyo era menos una literatura europea (la cual existía desde hacía siglos) que la conciencia europea de poseer, pese a la pluralidad de lenguas, una tal literatura. Shakespeare y Cervantes, muertos en el mismo año, no sabían nada, probablemente, el uno del otro; Goethe y Byron se conocieron y pudieron medir el alcance europeo de sus escritos; pero, no obstante estas diferencias los cuatro pertenecen con el mismo título a la literatura europea, lo que es una cosa muy distinta a pertenecer, en compañía de Hafiz y de Li Tai-po, a la literatura universal. El conocimiento, la conciencia de ésta, se han aumentado considerablemente desde hace un siglo, pero en el plano literario y cultural la sola unidad concreta por encima de las naciones sigue siendo hoy todavía Europa. La idea sobre que André Gide ha insistido con frecuencia de que cuanto más francés o alemán es un escritor mayores perspectivas tiene de llegar a ser europeo se deduce con una perfecta lógica de la idea de Europa, a condición de que sea correctamente concebida y se pueda prolongar así: cuanto más sea de Europa un escritor, —o de China, o de la India—, más perspectivas tiene de llegar a ser universal. En este campo, todos los atajos que se alardee de poder tomar son nefastos y no llevan sino a una falsa Europa y una falsa universalidad. Cierto estilo demasiado fácilmente traducible, cierta estética de coche-cama, cierta ideología de congreso esperantista, tal influencia de frases-comodines y de filosofías reducidas a recetas de pensar perfectamente estúpidas, tal figura de escritor capaz de redactar con el mismo desparpajo dos docenas de biografías, comprendidas entre ellas las de Jesucristo y de Stalin, son otros tantos indicios de una universalidad de río revuelto, más bien que la de Europa y del mundo. El internacionalismo así concebido no es mejor que el nacionalismo más grosero

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y más feroz. Europa no tiene peor enemigo que un "espíritu europeo" primario y torpe. Y la literatura europea no sobrevivirá sino gracias a una lucha de cada día contra la falsa literatura universal.

Europa es un organismo espiritual semejante, en su estructura, al de una nación y no un sistema igualmente válido en cualquier parte y susceptible de extenderse al infinito; pero tampoco es un cuerpo material de límites fijos definitivamente. Europa no es ilimitada. En su conjunto, ha conservado siempre la desconfianza de los griegos respecto de Asia, jamás se ha confundido con los mundos orientales, aun cuando se haya aprovechado de numerosas influencias orientales. Pero, por otra parte, la unidad de Europa tuvo siempre un carácter *abierto,* al ser sus fronteras flexibles sin perjuicio de su efectividad, y pertenece a su esencia el haber descubierto el mundo. Una de las consecuencias de este descubrimiento es que su porvenir está profundamente ligado al de las dos Américas, latina y anglosajona. El continente americano entero no posee en materia de cultura actualmente viviente sino la prolongación de dos culturas nacionales (o regionales, si se prefiere) de Europa; ibérica en el sur, británica en el norte. La literatura brasileña no está separada de la de Portugal, ni las letras de la Argentina de las de España. Rubén Darío fué un poeta castellano, sin que jamás tuviera que recusar sus orígenes nicaragüenses. Méjico y el Perú conservan hermosos monumentos de una arquitectura no peruana ni mejicana, sino muy española, aunque teñida de un cierto matiz exótico. Y también Whistler es un pintor típicamente inglés, los grandes escritores de los Estados Unidos pertenecen a la literatura inglesa. Si se diferencian algo de sus colegas del Reino Unido, es como los escritores del Imperio romano originarios de España o de África se diferenciaban de los de Italia, o como el arte griego de la costa asiática no era en un todo semejante al de Delfos o de Atenas. Las dos Américas no pueden separarse de la tradición europea, en la que están arraigadas por su lengua misma, sino decidiéndose a romper los vínculos que las unen a Cervantes y a Shakespeare. Tal ruptura sería por igual nefasta para el Nuevo Mundo y para el Antiguo, pues que aquél perdería su pasado y éste su porvenir; por suerte, no hay razones serias para considerarla inminente. Si las literaturas de América se han hecho más americanas hoy de lo que lo fueron a finales del siglo último (y esto parece incontestable) no hay que ver en ello sino el resultado benéfico de un proceso de diferenciación perfectamente normal y legítimo. Toda diferenciación es un aumento de riqueza. El peligro no está ahí. Está en un nacionalismo que tiende a destruir la unidad europea y en un internacionalismo que tiende a borrar las naturales y preciosas diferencias nacionales. Este peligro, hay que combatirlo con urgencia: a tal precio se mantendrán las letras europeas.

III

El mayor obstáculo contra la unión de Europa viene de las naciones, y sin embargo, fuera de las naciones no hay Europa. Desde hace ciento cincuenta años nuestra historia nos habitúa a pensar en las naciones como en Estados, nuestros amores y odios las confunden con ellos, y por eso nuestros nacionalismos amenazan la paz, y nuestros internacionalismos la civilización. Nuestras costumbres mentales serían distintas si se orientasen según una perspectiva no ya política, sino literaria. Pues lo primero que debe decirse de las literaturas nacionales de Europa es que sus fronteras no coinciden con las de los Estados nacionales y que por consiguiente la idea de nación toma cuerpo en ellas con toda la flexibilidad y la fluidez que le son naturales. Los historiadores de la literatura francesa se ven obligados a reservar un cierto lugar a escritores suizos, belgas y canadienses; y para los países de lengua alemana, inglesa o castellana ese paso de las fronteras políticas es aún más evidente. Por otra parte, las literaturas dialectales (particularmente ricas en Italia) pululan un poco por todas partes; y hay dos lenguas literarias en Bélgica y en Finlandia, y cuatro en Suiza (de las que tres son también las de las tres grandes naciones limítrofes) cosa que no le agradará a los partidarios de las ideas simplistas que sirven para alimentar toda cla-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se de propagandas belicosas. ¿Habrá que levantar una barrera entre la literatura de los franceses y la de lengua francesa, o por el contrario, habrá que llamar literatura inglesa a la de los Estados Unidos, mientras su lengua siga siendo el inglés? Ni lo uno, ni lo otro, pues la realidad misma escapa, en este terreno, a las definiciones rígidas y a las decisiones tajantes. Ni la nacionalidad (en el sentido político de la palabra), ni la comunidad de lengua (que el Tercer Reich se aprontaba a amonedar políticamente) son principios absolutos de unidad nacional, la cual es multiforme, puede ser interpretada de varios modos y comporta por necesidad un margen de incertidumbre. Escribir la lengua de Schiller es importante, y lo es también ser conciudadano de Guillermo Tell. No olvidamos que tal escritor es prusiano, y tal otro bávaro, y un tercero austríaco o helvético, llamándolos a todos escritores alemanes. Dígase lo que se quiera, en literatura al menos puede muy bien pertenecerse a más de una nación, a más de una patria a la vez; y, más allá de la literatura, sobre eso mismo se funda la esperanza de una Europa unida, pues, cuando se haya realizado, cada hombre (para variar la frase de Jefferson) "tendrá dos patrias": la suya y Europa.

La naturaleza verdadera, y muy compleja, de las vinculaciones nacionales, oscurecida por las simplificaciones brutales del pensamiento político, aparece claramente cuando se consideran algunos casos particulares. Sería absurdo querer excluir a Rousseau de la literatura francesa, a C. F. Meyer de la literatura alemana, pero igualmente absurdo anexionarlos sin más, no teniendo en cuenta lo que deben, uno y otro, a la atmósfera y a las tradiciones del país donde han nacido. Charles de Coster escribía en francés, pero todo el mundo estará de acuerdo si decimos que la *Légende d'Ulenspiegel* es una obra más flamenca aún que belga. Nadie ha considerado tampoco a Leibniz, nunca, como un pensador francés, por mucho que sus obras más importantes estén escritas en lengua francesa. Lo mismo puede decirse de Thaadaiev que, sin embargo, redactó en francés las *Lettres philosophiques* que lo hicieron célebre en Rusia, mientras que el caso de Mme. de Krudener, autora de *Valeria,* es el opuesto al suyo. Las

Mémoires de Grammont de Antonio Hamilton y el *Vathek* de William Beckford pueden ser reivindicados con igual derecho por dos literaturas, pues son obras de lengua francesa, pero de alma inglesa. En nuestros días Francia parece querer guardar para sí a Julien Green y al difunto Emmanuel Bove (Bobovnikov, según su verdadero nombre), lo que no impide hacer notar que el ambiente psicológico y la música interior de las novelas de Green son bastante más anglosajones que franceses, y que la *Coalition,* la novela más lograda de Bove, procede de ciertas costumbres de sentir y de pensar muy particularmente rusas. Profesor de filosofía en Harvard, maestro incontestado de la prosa inglesa, Santayana sigue siendo español hasta la médula. Por el contrario, la literatura alemana ha renunciado francamente a contar entre los suyos a Cecilia Böhl de Faber (1796-1877) que, pasados los cincuenta, debutó en las letras castellanas bajo el nombre de "Fernán Caballero" y llegó a ser hacia el final de su vida uno de los novelistas más leídos de España, por más que su primera novela fuera redactada y publicada en lengua alemana, y que se sirviera del alemán y del francés para los borradores de algunas de sus obras ulteriores.

Toda supervivencia del racismo, toda idea determinista de la nación debiera desvanecerse ante la evidencia tan neta del paso de un escritor de una literatura a otra, de una nación a otra nación. El caso más célebre es el de Joseph Conrad, es decir: Joseph-Conrad-Theodore Korzeniowski que, antes de enrolarse en la marina mercante británica hablaba flúidamente el francés y muy mal el inglés, pero que había de llegar a ser escritor, y gran escritor, por la sola virtud de la lengua inglesa. En polaco, en francés, no escribió nunca nada: le fué menester ese extrañamiento completo, ese cambio de piel definitivo para que la fuerza que en él había tomase conciencia de sí misma. Estas fugas, estas transmutaciones son naturalmente más frecuentes en otros campos que el de las letras pues, es raro que le sea dado al escritor hacer un uso creador de una lengua distinta de la suya. El testimonio que nos suministran no por eso es menos válido. Si los ingleses han adoptado de una manera tan perentoria a Haendel

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(para Samuel Butler, entre otros, el más divino y el más inglés de los músicos), no es sólo porque hubiera vivido en su país y fuera enterrado en la abadía de Westminster, es también porque hay una afinidad real entre la solemnidad bonachona y dominical de su estilo y un cierto matiz del sentimiento religioso inglés que refleja de modo inmejorable la arquitectura eclesiástica del otro lado del Canal. La pintura, por su lado, nos ofrece un ejemplo más impresionante aún, pues ¿quién supo dar forma y rostro al huraño y místico ardor de la piedad española, sino un cretense, llamado Theotocopulos, legatario de tradiciones artísticas de Bizancio, y que sin duda había pintado íconos antes de entrar de aprendiz con los venecianos? Pero desde el momento en que entra en juego el lenguaje, la interpenetración de las fuerzas creadoras de las naciones encuentra tan grandes obstáculos que el sólo hecho de que puedan ser superados es ya bastante significativo por sí mismo. Si Europa no fuera una, si no hubiera más que literaturas nacionales y no una literatura europea, no se vería a un escritor nacer en una nación para sólo llegar a crear en la atmósfera espiritual de otra, abandonar el tesoro de su lengua materna para adquirir el no menos precioso (ni tan extraño, después de todo) de una lengua extranjera. Todo sería muy fácil, sin duda alguna; pero la cuestión es que cuando intentamos simplificarla, es cuando se nos escapa Europa.

La literatura europea no hemos de imaginárnosla como una simple suma de las literaturas de todos los países de Europa. Veámosla más bien como un lugar de encuentro y de selección, sometido a un continuo reajuste, que escapa a toda enumeración y cuyo centro está mejor definido que la periferia. Virtualmente, toda obra perteneciente al patrimonio literario de una nación puede obtener un lugar en el de Europa, pero de hecho algunas de estas obras han aguardado siglos antes de obtenerlo, y otras, aun teniendo una gran importancia local, no lo han obtenido nunca, mientras que otras todavía han sido acogidas casi de inmediato, correspondiendo las menores perspectivas a aquéllas que fueron calculadas para ser admitidas desde luego. Igualmente, las literaturas nacionales, con relación al conjunto, no podrían ser con-

sideradas como elementos iguales por la calidad y el peso, de modo que hubiera sido casi tan falso identificar la literatura europea con las cinco o seis grandes literaturas de Europa (así como encerrarla en los límites geográficos del continente). Ciertas obras, ciertas literaturas componen en un momento dado su núcleo central, otras se encuentran alejadas o emergen apenas en el horizonte, pero de continuo se produce un movimiento en ambos sentidos, y si hay una tendencia a la estabilidad en la región del centro, de donde es poco probable que sean desalojados nunca en Dante o Shakespeare, ésta es, sin embargo, un perpetuo campo de batalla donde luchan por la supremacía las fuerzas predominantes. Un Ibsen llegó a ser autor europeo en una época en que las letras noruegas eran para Europa sencillamente inexistentes, pues, los escritores escandinavos, con muy raras excepciones, han hecho su entrada en ella más tarde aún que los escritores rusos. Portugal a partir del siglo XVI, Holanda a partir del XVII, no han producido —al menos, según nuestro punto de vista de hoy— escritores de significación europea, aun cuando entre los del siglo último sea lícito tener por tales a un Eça de Queiroz y un Multatuli. España, de Cervantes a Calderón, Alemania durante el período limitado aproximadamente por las fechas de nacimiento y muerte de Goethe, estuvieron en el centro mismo de la literatura europea, sin perjuicio de alejarse considerablemente de él en otras épocas, pero sin alcanzar nunca la periferia extrema. Hay que distinguir todavía el valor europeo intrínseco de una obra, o la gloria universal de un gran nombre (incontestables uno y otra en el caso de un Mickiewicz o de un Puchkin) y la influencia, la acción real de un escritor fuera de las fronteras de su país (la que en ambos casos, salvo para los países eslavos, sigue siendo mínima). Esto nos lleva una vez más a la distinción entre las riquezas latentes de la literatura europea y la conciencia efectiva que de ellas poseen los europeos. Las riquezas están ahí, iguales para todo el mundo y para Europa entera; la conciencia que de ellas se toma, la perspectiva desde la cual se las ve, son en cierta medida las de las naciones.

La gran lección de la literatura europea es que las naciones

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

no se pueden disolver en Europa. La manera en que una obra es comprendida, por gloriosa e influyente que pueda ser, varía siempre en el espacio como en el tiempo. Aunque sea estimada en todas partes, no lo es en todas partes a causa de las mismas cualidades ni en igual manera. En su ambiente natal se la siente de otro modo (sin que éste tenga que ser siempre el mejor) que en el extranjero. Cada país la ve a una distancia, con una perspectiva que no es la del vecino. En el seno mismo de la comunidad, las diversidades nacionales no cesan de manifestarse en el modo de recibir, juzgar y administrar la herencia común. Aun las atracciones se establecen más por contrastes que por afinidad (bien entendido, que sin afinidad no habría contraste posible). Quien se disocia se asocia. Solo es fecundo el amor de los que no se parecen. Por eso, en fin, la unidad de Europa se afirma como una imagen perfecta de su unidad humana.

París, agosto de 1949.

EL DESTINO HISTORICO
COMO FORMA GENEALOGICA

Por MIGUEL DE FERDINANDY *

La historia —en su forma más primitiva— era la narración del padre sobre el abuelo, escuchada por el niño. Más tarde se fué extendiendo gradualmente a testimonio acerca de los mayores, y se generalizó al cambiarse, por fin, en una especie de narración acerca de las hazañas y orígenes de una agrupación humana que reconoce para sí misma cualquiera ascendencia común. En esa forma se mantuvo durante muchos siglos y, quizá, milenios, y se mantiene aún entre los primitivos, representando una característica mezcla de elementos milagrosos y racionales, de narraciones, en que lo creíble y lo increíble no se distinguen todavía, como en el pensar crítico de tiempos más maduros. La mayoría de estas tradiciones se ha perdido en las inmensas lontananzas que el Hombre, viandante del tiempo, fué dejando tras de sí; sólo una pequeña parte de ellas se ha salvado en días relativamente más recientes.

Se ha salvado por la escritura, empezando entonces a clasificarse, de modo lento e indeciso, pero significativo para todo el posterior desarrollo humano. Lo legendario se separó de lo "realmente sucedido"; y en ese proceso de separación despertó la crítica: la materia de la auroral narración de tiempos más remotos, se ha disipado a través de las retortas de una racionalización, de la que resultaron todas las "ciencias". De este modo, también la historia llegó a ser una gran ciencia de muchas ramas y formaciones, es decir: historiografía, que en su esencia no es sino una crítica metodológica y una racionalización severa del virginal testimonio sobre los antepasados de un entonces secular.

* El autor de este ensayo es un distinguidísimo escritor y profesor húngaro, actualmente profesor de la Universidad de Cuyo en la Argentina. Es autor de varias novelas y de obras históricas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Sin embargo, la forma natural de manifestación —pudiera decirse, quizá: la correspondiente forma "artística"— de ese testimonio de los mayores era y ha seguido siendo —hasta en nuestros días— *la narración*. Parece que el único medio para comunicar a los contemporáneos el saber acerca de los antepasados, es el de lo épico. (Pero me refiero a lo épico y *no* a lo novelístico; a lo épico que tiene que ayudarse —en la historiografía— con todos los resultados de los modernos métodos de investigación, sin perder, no obstante, al mismo tiempo, su carácter *naturalmente* épico). En verdad, todos los historiógrafos de significación en nuestra cultura, que nos brindaron verdaderos conceptos acerca de los antecedentes de lo humano, desde Tucídides y Tácito, a través de Maquiavelo, Vico, Herder y Gibbon, hasta Macaulay, Ranke y Burckhardt, fueron, no sólo, grandes investigadores y sabios de lo pasado, sino, a la vez, también grandes, genuinos artistas épicos. A pesar de lo combinativo, especulativo y metodológico —que es también, por supuesto, propio de la totalidad de su obra— narraban y representaban *nuestra* "protohistoria", y por eso mismo son sus libros, hasta la fecha, vivientes —o sea, con otras palabras: "existencialmente" interesantes para nosotros. Hasta una de las obras más notables de la ciencia natural, la cual, con todo, no es a su vez también sino un testimonio acerca de los antepasados —el libro de Darwin—, muestra un carácter decididamente épico.

Y esa narración de los mayores nos toca "existencialmente", por la razón de parecer informarnos sobre "algo", que es lo que a nosotros, seres humanos, nos interesa más en todos los dominios de lo espiritual y de lo empírico: *sobre el destino*. "Pueblos videntes" de otra época y de distinta sensibilidad reconocían, más allá de su suerte y desgracia, voluntad y debilidad, hazaña y derrota, vida y muerte, la gran visión de la misteriosa Moíra, y pensaban que estaba por encima de las propias divinidades.

Nicht errettet den göttlichen Held die unsterbliche Mutter,
Wenn er, am skäischen Tor fallend, sein Schicksal erfüllt.

Se entreveía la existencia de una cierta "determinación", que ya se presentó, insuperable e inevitablemente, en el momento del nacer, y hasta en el de ser procreado, para cumplirse de modo inflexible e indomable: *"lo que hilaba la poderosa Moíra a su entrada en el mundo, cuando yo le daba a luz..."* (Jl. XXIV. 209).

Y los griegos estamparon para el Hombre, ser mortal, que camina en las entreluces de su conciencia, frágil y débil, y del magnético fulgor estelar de su misterioso destino, la monumental palabra: μοιρηγενής.

Siguió un período muy largo, después de terminar el ocaso del mundo heleno, durante el cual el Hombre intentó ensayar, ante sí mismo, la gran realidad del Fatum, con sucedáneos de distinto valor. Sólo en la época en que se descubrió el camino que conduce hacia los griegos, se empezó a rellenar la antigua y venerable expresión de sus contenidos de entonces.

Aquel poeta que se llamaba "el ermitaño de Grecia", y el otro, el de los muchos aspectos y transformaciones —por primera vez, en su transfiguración de Prometeo—, osaron citar nuevamente por su nombre "el eterno destino". A ellos —a Hölderlin y Goethe— asociamos, como tercero, a Schiller, de quién hemos sacado el bello dístico arriba citado. Y del círculo de Goethe, de la pluma de Knebel, entonces de noventa años de edad, proceden las siguientes interesantísimas palabras, que también Schopenhauer integró luego en sus escritos:

"Una precisa observación evidenciará siempre que en la vida de los hombres se encuentra un cierto "plan", que les parece trazado por la propia naturaleza o por las circunstancias que los condujeron. Por variables e inestables que sean las situaciones de su vida, se manifiesta al final, una totalidad que, dentro de sí, nos permite observar una cierta armonía. La mano de un destino determinado por escondida que sea, se muestra sin embargo, con precisión, sea dirigido por influjos exteriores o por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estímulos internos. Más aún: a veces se reúnen en ese sentido hasta causas, entre sí, contradictorias" [1].

Para el espíritu occidental —acostumbrado, por lo menos desde la época de Herder, Goethe y Schiller, a contemplar la totalidad de las llamadas "ciencias del espíritu", en su esencia, por un único intento de interpretación del destino humano— las citadas palabras del anciano de Jena, bien mirado, no significarán sorpresa alguna. Ya Spengler enseñaba que el testimonio acerca de los mayores, dado por el historiador, es una interpretación del destino "en *præteritum*"; y Frobenius en su *Schicksalskunde im Sinne des Kulturwandelns* (Weimar, 1938), confirmó todavía más esa idea, por la famosa metáfora sobre el *fatum* de los termitas. Lo que aquí más nos interesará, es la última frase citada de Knebel.

Las causas, entre sí contradictorias, que, sin embargo, se unen en el sentido de un destino indicado, parecen tocarnos desde lo más cercano. Dado que esas "causas entre sí contradictorias" sean reconocibles de modo racionalista, utilizables según método y accesibles, de esta manera, para una observación científica, parece apuntar aquí ante nuestros ojos una posibilidad, que daría motivo a una eventual ampliación del método histórico.

La historiografía es cabalmente entre todas las ciencias, aquella que —siendo narración de la vida de entonces— permite a menudo reconocer algo contradictorio e incongruente dentro del destino del mismo antepasado o del mismo conjunto de antepasados: elementos que confunden la imagen, obligando al investigador —que buscaba por su lógica, el resultado de una sola

[1] "Man wird bei genauer Beobachtung finden, dass sich im Leben der meisten Menschen ein gewisser Plan findet, der ihnen durch die eigene Natur oder durch die Umstände, von denen sie geführt werden, gleichsam vorgezeichnet ist. Die Zustände ihres Lebens mögen noch so wechselvoll und veränderlich sein, es zeigt sich doch am Ende ein Ganzes, das unter sich eine gewisse Übereinstimmung bemerken lässt. Die Hand eines bestimmten Schicksals, so verborgen sie auch wirken mag, zeigt sich dennoch genau, sei sie nun durch äussere Einwirkung, oder innere Regungen gelenkt. Ja, oft fügen sich sogar einander widersprechende Gründe in diesem Sinn". *Schopenhauer*: Über die anscheinende Absichtlichkeit im Schicksal des Einzelnen. (*Parerga und Paralipomena*).

razón— a aventurar juicios y formular definiciones que deforman, mutilan y hasta falsifican la visión de la vida pretérita, vida ésta, poliforma y multilateral por naturaleza.

Claro está: una investigación histórica de semejante índole nos conducirá por entre causas que se contradicen, y quizá con mayor ímpetu en épocas aún cercanas, pues ello se disimula en el caso de tiempos más remotos, donde la crítica histórica de muchas generaciones precedentes nos había preparado ya el camino. Más aún: en un análisis histórico, que tuviera por tema también elementos genealógicos, será *menester* precisamente acercarnos hasta "las causas entre sí contradictorias", visto que lo que pedimos es, en este caso, una visión desde dentro; es decir, una interpretación genealógica, pero con fines histórico-universales, y *no* al revés: una síntesis histórica, "auxiliada" por datos, entre otros, también, de carácter genealógico.

Por consiguiente, teniendo en cuenta el estado actual de las distintas "pesquisas" acerca del destino humano, se abrirá ante nosotros un triple camino para llegar al fin mencionado antes:

1) El examen psicológico-histórico de todo un conjunto familiar, y la investigación de sus características psico-físicas y espirituales; de este modo se llegará, por fuerza, a resultados puramente genealógicos;

2) La interpretación morfológico-cultural de aquella situación histórica en que se hallaba la agrupación humana a investigar; el problema de los influjos que ella recibía de las corrientes de la época en que vivió, y el de su actitud frente a dichos influjos; de esta manera, nuestros resultados genealógicos irán transformándose en observaciones de carácter histórico-espiritual;

3) La demostración de las imágenes arcaicas, a través de las cuales los miembros de esa familia se comprendían a sí mismos y al mundo, y a través de las cuales el mundo los comprendía a ellos; o sea, con otras palabras: por ese camino nos pondremos a la búsqueda de los fragmentos de su "mitología"; pues en ese

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

punto el tema alcanzará el nivel filosófico mediante lo histórico-mitológico.

Con otras expresiones, pudieran definirse del siguiente modo los tres caminos de una moderna y auténtica investigación genealógica:

I) Análisis de una familia como problema histórico-genealógico;

II) Análisis de una familia como problema morfológico-cultural y en el conjunto de la historia universal de las épocas en cuestión;

III) Análisis de una familia como problema paleo-psicológico.

Nuestro propósito será el de una interpretación del destino humano en "pretérito". Y pensando en eso nos interesa aquí ante todo lo humano, y sólo en segundo lugar, lo histórico. El "plan" de la vida humana no ha perdido en general validez a lo largo de los milenios. Uno nace de la simiente paterna; crece y se desarrolla; vive y ama; lucha y sufre; se enferma y muere, hoy como siempre, según énea e inalterable ley. Y no es exclusivamente ese "plan" el que revela tal sobretemporalidad: en grandes líneas, toda la naturaleza humana ha conservado su carácter permanente. Estúdiense, pues, antiguos o recientes estratos del pasado, y se verificará, que la pena y la alegría del Hombre poseen desde siempre el mismo valor; las mismas grandes y pequeñas pasiones condujeron, los mismos matices caracterizaron siempre al ser humano. En su totalidad, poseemos, hoy como en los días más remotos, un modo humano de reaccionar, similar en alto grado. Y ese modo parece ser idéntico a través de los tiempos, no sólo en el nivel de la vida elemental, sino en el de la más elevada espiritualidad. De tal hecho se desprende el que nosotros, gente del presente, podamos gozar sin mayores dificultades las creaciones artísticas de la más remota antigüedad. Más aún: esa identidad de lo humano consigo mismo a través de todos los tiempos y todas las culturas, hace posible —en absoluto—

nuestra comprensión del pasado. *Todo el género humano fué, como somos nosotros; por consiguiente, nosotros podemos llegar a ser todo lo que el género humano ya ha representado.*

Y así, aunque con otras palabras, volvemos al mismo pensamiento expresado ya al principio de este estudio: la Historia es un testimonio acerca de *mis* antepasados; ella no es sino *mi* prehistoria.

Siendo así, y habiéndose cambiado durante el transcurso de los tiempos *apenas* la forma y calidad, y el grado de la externa e interna diferenciación del vivir y del pensar pudiera considerarse la vida y muerte de un individuo o de una familia del pasado del mismo modo como considero *mi* propio destino, sometido también a las eternas leyes de lo humano.

Aquí, sin embargo, se nos plantea un problema delicado.

Este camino conduce, inevitablemente, al llamado método "psicológico" —o si se quiere— "psicológico-histórico", que, hasta la fecha, resultó siempre el talón de Aquiles para toda especie de la llamada "representación psicológica" de los antepasados, tanto como, también, de lo pasado mismo.

El hombre, pues, —como ya se ha dicho con tanta razón— se produce, en último análisis, sólo en presencia. Y el más notable, una vez muerto, se cambiará de inmediato en una leyenda, en una vacía sombra de su propio mausoleo. Una investigación psicológica, en cambio, no puede ser sino vivisección, y sólo vale en el caso de haber sido reconocida por parte del propio objeto de la investigación. En caso contrario, se quedará en un quizá agudo, pero, desde luego vano juego con expresiones y categorías.

Por eso quiero subrayar aquí decididamente que los métodos genealógicos por mí recomendados apenas tienen nada que ver con los del psicoanálisis u otros análogos. Un individuo o una familia, una vez muertos, pertenecen al pasado y, por lo tanto, a la historia, pues han escapado para siempre a todos los intentos humanos de comprenderlos, explicarlos o investigarlos de una manera inmediata; o sea: a todos los basados en métodos de una inmediata observación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No nos resta más, sino —como en el caso del análisis de todas las existencias pretéritas en la historia— el método *mediato* de la historiografía. Tal método posee un camino triple, que no es sino la triple posibilidad de interpretación de aquella triple herencia, dejada, para la posteridad, por casi cada uno de los personajes del entonces; es decir: 1) las creaciones de toda índole que nos dejaron; 2) lo que sus contemporáneos referían; y 3) lo que la posteridad pensó y opinó sobre él.

De este modo, empero, la empresa se limitará al análisis casi exclusivo de productos "literarios" de diversísimo origen y de muy distinta índole, excluyendo por imposible la investigación *inmediata* del personaje histórico mismo; e importa poco que se trate de un individuo o de una familia.

Sin embargo, aunque una investigación ontogenética del personaje histórico resultase imposible, no pudiendo, por consiguiente, tener lugar entre los modos de acercarnos a un fenómeno histórico, de otro lado sería difícil negar que de la precisa observación de un material histórico referente a un individuo o un grupo de tales deben resultar, forzosamente, las grandes líneas —por lo menos— de su destino, a partir de las cuales nos parece descubrirse con bastante claridad y decisión el "plan" de ese destino.

"Una figura o un problema histórico —tal se nos enseñaba— serán comprendidos y explicados siempre dentro del espíritu de su época". Muy bien; con todo, hay que tener en cuenta, que el "espíritu de la época" es una tentadora pero exangüe idea, que suscita, sí, una cierta "imagen" referente al problema buscado, en nuestra imaginación; pero muy poco o nada es lo que prueba la existencia de una real ecuación entre esa imagen nuestra y la forma auténtica de la época, objeto de nuestras pesquisas.

Nuestro punto de partida tiene que ser de carácter más concreto, o por decirlo así, más empírico.

Claro está que, en el caso de una investigación genealógica, hemos de comprobar nuestros resultados sobre un material correspondiente de comparación. Nuestro primer deber será, por consiguiente, el de apoderarnos de tal material.

En el caso de un cierto individuo o de un grupo familiar, tal material nos lo ofrecerá aquel círculo de personas —ya sean parientes o extraños— que fueron amigos, enemigos, colaboradores o adversarios, ejerciendo en sentido positivo o negativo un influjo sobre el propio objeto de nuestra observación. Sus fines, esfuerzos, empresas e ideales, nos darán ya por resultado la "atmósfera" del destino buscado; esto es, el ambiente humano en que realmente vivió tal grupo de seres humanos. En esa atmósfera se hallarán ya en una luz más real, apareciendo en ella gradualmente sus verdaderas relaciones y proporciones.

No obstante, nos parecerá todavía a la deriva, sin una sólida fundamentación, todo ese grupo humano, visto que un destino humano, y hasta un solo hombre, nos parecen incomprensibles si no poseemos un detallado "conocimiento de sus antepasados", o sea: un saber acerca de su historia familiar. ¿Por qué?

Porque ningún fenómeno humano, ni un talento, ni tampoco una herencia; ni un gran éxito, ni tampoco un fracaso; ni un progreso, ni tampoco, una decadencia —y aún podemos profundizar nuestros ejemplos— ni un ideal humano, ni tampoco un amor; ni una cierta enfermedad, ni tampoco un cierto modo de morir, nos parecerá completamente comprensible sin haber sido descubierto y explicado el correspondiente "humus" familiar, donde el problema humano-histórico en cuestión se origina; o sea: donde su destino y sus posibilidades, digámoslo así, están enraizados. No hay que comprender lo dicho de una manera alegórica. Es realmente así: llevamos en nuestro ser ciertos "factores" del "destino familiar", los cuales, en los distintos miembros de una familia, se manifiestan —por supuesto— de muy diversa forma y manera; no obstante, con el auxilio de un método analítico-histórico, se los reconocerá, estableciéndose sus correspondientes leyes específicas.

Debemos la fundamentación biológico-médica de éstas y semejantes ideas al sistema del médico-psicólogo Dr. Leopoldo Szondi (*Schicksalsanalyse. Wahl in Liebe, Freundschaft, Beruf, Krankheit, und Tod. Erbbiologische und psychohygienische Pro-*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bleme. Basilea, 1944), cuyo pensamiento central transcribimos aquí: "La mano del destino que conduce a la vida del individuo, está escondida. El *análisis del destino* se propone hacer "visible", con su método psicológico-empírico, el plan escondido, que determina el destino del individuo desde la procreación hasta la muerte. La vida individual se revelará ahí como algo "global", una unidad orgánicamente compuesta en todas sus partes, *similar a un épos o una novela*. — "Ante toda la investigación del destino —continúa Szondi— tuvimos que aclarar dos puntos. Primero: ¿Cuáles son las manifestaciones de vida en que la manera designativa y el carácter necesario del destino individual se revelan con mayor claridad? Nuestra opinión fué, que, supuestas la existencia de un designio y una "necesidad" del destino de un individuo, éstos tienen que expresarse, ante todo, en la *opción individual por un objeto;* o sea: en el hecho de que un hombre, eligiendo el objeto de su amor, de su amistad o de su vocación, opta por algo definido, y no por algo casual; en el hecho de que elige para sí ideales bien definidos; contrae enfermedades definidas; y, al fin, en el de que muere de una manera definida.

Todas estas cuestiones arraigan, con todo, en un problema aun más profundo y general: en el de la "elección y conducción". La teoría, que quisiera presentar en esta obra, es, en último análisis, una teoría general de la opción por un objeto. El segundo punto, que hube de aclarar, fué éste: ¿Cuáles podrían ser los métodos para hacernos "visible" de modo más efectivo la "mano escondida" del destino? Creía haber encontrado tales métodos en los de la investigación de la herencia, y buscaba el plan escondido del destino individual en la observación de los elementos hereditarios, oprimidos pero recesivos, que se llaman los *genes latentes*".

Todo lo dicho posee su validez, por supuesto, en las esferas biológicas del pensar e investigar, tanto como en las de la psicología de los instintos. Sin embargo, en cuanto a una aplicación histórica de los resultados de Szondi, surgirán ante nosotros ciertas preocupaciones.

En lo general, no tiene ninguna duda que la herencia real-

mente existe. Tampoco se negaría hoy en día, que la herencia es, mediante ciertos métodos médicos o biológicos, un fenómeno psico-físico suficientemente demostrable en los casos de modernas familias vivientes, enfermas, o de predisposiciones patológico-criminales. También parece comprobado que en las familias llamadas "sanas" y "normales", se heredan de una generación a otra disposiciones de distinta índole —a veces, incluso de índole espiritual de alto grado—, según una legalidad ya bastante conocida. Pero todas estas "unidades genealógicas" comprenden seres vivientes.

En el dominio de lo histórico, sin embargo, surge el peligro de una involuntaria falsificación de los destinos buscados, de modo que el investigador, en vez de enriquecer con sus pesquisas el saber histórico, va a privarlo de su interna razón: la de ser la "mitología" de nuestros mayores, transformándolos en miserables enfermos y criminales... Aunque reconozcamos la presencia de dicho peligro, en toda su magnitud, la respuesta a esa objeción nos parece la más sencilla posible: Las tesis fundamentales de Szondi nos servirán de punto de partida en cuanto a nuestra genealogía; mas, no obstante, formularemos la cuestión de una manera *naturalmente* distinta que Szondi, por el simple hecho de que no somos médicos, ni biólogos, sino historiadores. Szondi plantea sus problemas por causa de su "*probandus*", tendiendo a curar; nosotros, empero, lo planteamos por *nuestra* causa, porque estamos ansiosos de comprender a nuestros antepasados; es decir, en último análisis: *a nosotros mismos*.

Por consiguiente, el historiador nunca preguntará *por una enfermedad* con respecto a su objeto histórico; sino únicamente *por lo característico*. Y preguntando eso, el historiador tiene que ser conducido en sus pesquisas genealógicas de índole histórica y no biológica o médica, por la siguiente convicción: Cuanto más numerosos sean los paralelismos minuciosamente analizados y claramente conocidos, dentro de un conglomerado de gente, es decir, de un conjunto inter o extrafamiliar de seres humanos, ligado o por comunidad de tiempo y espacio o por común tradición: por sangre y por cultura; o por simpatía y antipatía, o por intereses

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

o por elementos de otra índole; tanto más clara y realmente podremos descubrir y explicar los "factores fatales" del objeto o de los objetos de nuestra investigación; o sea, con una terminología más histórica: tanto más concreta será nuestra idea acerca del correspondiente "espíritu de la época", que tenía *aprisionadas* ("ergriffen") también a las personas analizadas. Por consecuencia de tal procedimiento, los métodos de esa genealogía comparada deberán acercarse a los de una genealogía biológica, sin olvidar —sin embargo— sus orígenes y finalidades históricas, que los ligan para siempre al grupo de las llamadas "ciencias del espíritu".

Y si la investigación llegara un día a aproximarse a los fines arriba mencionados, la historiografía —o al menos, una rama de ella— se hallará en condiciones de poder cumplir con su originaria razón —la de representar un testimonio acerca de los mayores— apoyada al mismo tiempo por los más diferenciados y exactos métodos de una disciplina moderna. Pero en tal caso, una genealogía comparativa significaría, no sólo un testimonio acerca de los mayores, sino también, al mismo tiempo, uno de los puentes entre las dos márgenes, aún separadas, de los reinos de ciencias del espíritu y de la naturaleza.

En los últimos decenios, sin embargo, las ciencias del espíritu están abandonando su vieja actitud de observar e investigar tan sólo la superficie de los fenómenos, y reconocen, cada día más, sus fines en las profundidades humanas y cósmicas de sus materias —exactamente como lo hacen también las ciencias de la naturaleza. Así, aparecen en las dos márgenes, paralelismos del pensar investigador que permiten escrutarse sin dificultad, abriendo ante nuestros ojos la perspectiva prometedora de una posible unidad del saber y del pensar en un lejano porvenir.

Szondi, médico y biólogo, define el lugar de su "investigación genotropística de familias" entre los diversos sistemas psicológicos del momento actual, del siguiente modo: "Por mi método pude penetrar en una determinada esfera de la profundidad psíquica, la cual —si se intentara localizarla— se halla, de un lado, debajo de la capa del inconsciente personal, abierta por el psicoanálisis (Freud), y del otro, encima de la esfera del inconsciente colectivo,

investigada por la llamada "psicología compleja" (Jung). Esta esfera psíquica es la de los genes familiares. *De tal modo, la diagnóstica experimental de los instintos se transforma en una psicología experimental de capas profundas del alma,* que tiene por meta la investigación empírica de la esfera del inconsciente *familiar;* es decir, de aquella esfera que se encuentra entre el inconsciente personal y el inconsciente colectivo". Como se ve, por el establecimiento de esta nueva disciplina psicológica de capas profundas del alma, se ha acercado una rama de investigación, originariamente biológica en su totalidad, a las orillas del dominio de las investigaciones espirituales.

Nuestra empresa con respecto a una "genealogía comparada", no es, a su vez, sino un experimento muy semejante, aunque de dirección inversa. La "genealogía comparada" quiere significar no solamente un renacimiento de esta vieja "disciplina auxiliar", sino que también —tratándose aquí de seres humanos, seres tanto biológico-instintivos como histórico-espirituales— quiere atacar los límites demasiado rígidos entre "naturaleza" y "espíritu", para hacerlos, por lo menos, más elásticos. Quiere, pues, lo mismo que distintas ramas de las "ciencias del espíritu" —aquellas que tienen por objeto ciertas capas profundas, como la "morfología de la cultura" y la moderna "sofía" de la mitología— emprendieron ya, a su vez, llegando, de esta manera, a resultados notabilísimos.

Si procuramos ahora, con relación a las dos mencionadas disciplinas, el adecuado lugar científico para nuestra "genealogía comparada", habrá que formular nuestra definición del siguiente modo: La morfología de la cultura (Frobenius) significa una investigación ontogenética de las culturas, o —visto que las culturas se hacen históricamente— de lo histórico en general. Ella no es una ontogénesis de singulares esferas profundas del alma en lo pasado, sino lo ontogénesis de las culturas, o sea: de lo histórico, que permite y permitirá siempre una investigación ontogenética, sencillamente por la razón de ser viviente, pudiendo ser considerado y analizado como tal. Cada hombre, una vez muerto, está terminado como ser viviente, y lo está para siempre; pero ninguna cultura, que pertenezca al ser de un viviente, muere; o sea,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

con palabras más claras: ninguna cultura o ninguna de las culturas, integradas en nuestro ser, morirá mientras vivamos nosotros, por lo histórico en su totalidad sobrevive en nosotros y en nuestros nietos y en los nietos de los nietos, y de esta manera, en realidad, no perece nunca y de ningún modo.

La investigación de las mitologías (Kerényi) camina hacia las esferas más profundas, en las cuales el "mundo" se revela como "imagen", y el "alma" como "verbo", y los dos lo hacen con una validez general y colectivísima. Su afinidad orgánica con la psicología compleja de Jung fué ya reconocida y aprovechada varias veces con los mejores resultados. Hasta el punto en que la "sofía" de las mitologías y la investigación de las imágenes arcaicas (Urbilder) pueden tener contacto con la historiografía, es esa rama de las ciencias del espíritu un análisis de lo *arque*-ológico humano, pensando en el significado originario de la palabra griega "*archai*". En cuanto a las investigaciones *arquê*-ológico-paleopsicológicas dentro del dominio de lo histórico, tratan, pues, de contenidos espirituales, que a su vez pertenecen a unas esferas de lo histórico interiores a lo personal, en las cuales no se piensa, pero que piensa *ello* dentro de nosotros" (Jung). "Compréndase *kosmos* al modo griego; es decir, de un modo tal que también lo espiritual y el ansia hacia lo espiritual le pertenezcan; en tal caso, se cumple aquí el encuentro del cosmos consigo mismo" (Kerényi).

Es evidente, que una "genealogía comparada", procurando la investigación de una esfera, donde, por un lado, actúa un elemento más colectivo, más general, distinto del de la cultura, la cual se revela siempre en formas altamente personales e irreiterables, y por el otro lado, se presenta aún un elemento de lo individual, algo que contiene la ananké de plasmarse en lo personal —con la pretensión de parecer irreiterable— encontrará su lugar adecuado entre las esferas de la morfología de la cultura y de las investigaciones de índole mitológica.

Tal vez, se habrá aclarado con esto ante el lector cómo los tres mencionados métodos histórico-morfológicos integran una cierta "ciencia acerca del fatum del Hombre" cuyos resultados más esenciales fatalmente han de encontrarse en un punto todavía lejano de nuestro pensar.

F I C C I O N *

EL TAJO

Por FRANCISCO AYALA

I

¿ADÓNDE irá éste ahora, con la solanera? — oyó que, a sus espaldas, bostezaba, perezosa, la voz del capitán. El teniente Santolalla no contestó, no volvió la cara. Parado en el hueco de la puertecilla, paseaba la vista por el campo, lo recorría hasta las lomas de enfrente, donde estaba apostado el enemigo, allá, en las alturas calladas; luego, bajándola de nuevo, descansó la mirada por un momento sobre la mancha fresca de la viña y, en seguida, poco a poco, negligente el paso, comenzó a alejarse del puesto de mando —aquella casita de adobes, una chabola casi, donde los oficiales de la compañía se pasaban jugando al tute las horas muertas.

Apenas se había separado de la puerta, le alcanzó todavía, recia, llana, la voz del capitán que, desde adentro, le gritaba:

—¡Tráete para acá algún racimo!

Santolalla no respondió; era siempre lo mismo. Tiempo y tiempo llevaban sesteando allí: el frente de Aragón no se movía, no recibía refuerzos, ni órdenes; parecía olvidado. La guerra avanzaba por otras regiones; por allí, nada; en aquel sector nunca hubo nada. Cada mañana se disparaban unos cuantos tiros de parte y parte —especie de saludo al enemigo— y, sin ello, hubiera podido creerse que no había nadie del otro lado, en la soledad del campo tranquilo. Medio en broma, se hablaba en ocasiones de organizar un partido de fútbol con los rojos: azules contra rojos. Ganas de charlar, por supuesto; no había demasiados temas

* Según teníamos anunciado, REALIDAD abre una sección de ficciones literarias. Se inicia con esta narración de Francisco Ayala, perteneciente a un libro, *La cabeza del cordero*, de próxima publicación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y, al final, también la baraja hastiaba... En la calma del mediodía, y por la noche, subrepticiamente, no faltaban quienes se alejasen de las líneas; algunos, a veces, se pasaban al enemigo, o se perdían, caían prisioneros; y ahora, en agosto, junto a otras precarias diversiones, los viñedos eran una tentación. Ahí mismo, en la hondonada, entre líneas, había una viña, descuidada, sí, pero hermosa, cuyo costado se podía ver, como una mancha verde en la tierra reseca, desde el puesto de mando.

El teniente Santolalla descendió, caminando al sesgo, por largos vericuetos; se alejó —ya conocía el camino; lo hubiera hecho a ojos cerrados—; anduvo; llegó en fin a la viña, y se internó, despacio, por entre las crecidas cepas. Distraído, canturreando, silboteando, avanzaba, la cabeza baja, pisando los pámpanos secos, los sarmientos, sobre la tierra dura, y arrancando, aquí una uva, más allá otra, entre las más granadas, cuando de pronto —"¡Hostia!"— muy cerca, ahí mismo, vió alzarse un bulto ante sus ojos. Era —¿cómo no lo había divisado antes?—un miliciano que se incorporaba, por suerte, medio de espaldas y fusil en banderola. Santolalla, en el sobresalto, tuvo el tiempo justo de sacar su pistola y apuntarla. Se volvió el miliciano, y ya lo tenía encañonado. Acertó a decir: "¡No, no!" con una mueca rara sobre la sorprendida placidez del semblante, y ya se doblaba, ambas manos en el vientre; ya se desplomaba de bruces... En las alturas, varios tiros de fusil disparados de una y otra banda, respondían ahora con alarma, ciegos en el bochorno del campo, a los dos chasquidos de su pistola en el hondón. Santolalla se arrimó al caído, le sacó del bolsillo la cartera, levantó el fusil que se le había descolgado del hombro y, sin prisa —ya los disparos raleaban— regresó hacia las posiciones. El capitán, el otro teniente, todos, lo estaban aguardando ante el puesto de mando, y lo saludaron con gran algazara al verlo regresar, sano y salvo, un poco pálido, en una mano el fusil capturado, y la cartera en la otra.

Luego, sentado en uno de los camastros, les contó lo sucedido; hablaba despacio, con tensa lentitud. Había soltado la cartera sobre la mesa; había puesto el fusil contra un rincón. Los muchachos se aplicaron en seguida a examinar el arma, y el capitán, displicente, cogió la cartera; por encima de su hombro, el otro teniente curioseaba también los papeles del miliciano.

—Pues —dijo, a poco, el capitán dirigiéndose a Santolalla—, pues, ¡hombre!, parece que has cazado un gazapo de tu propia tierra. ¿No eras tú de Toledo? — Y le alargó el carnet, con filiación completa y retrato.

Santolalla lo miró, aprensivo. ¿Y este presumido sonriente, gorra sobre la oreja y unos tufos asomando por el otro lado, éste era la misma cara alelada —"¡no, no!"— que hacía un rato viera venírsele encima la muerte? Era la cara de Anastasio López Rubielos, nacido en Toledo el 23 de diciembre de 1919, y afiliado al Sindicato de Oficios Varios de la U. G. T. ¿Oficios varios? ¿Cuál sería el oficio de aquel come-uvas?

Algunos días, bastantes, estuvo el carnet sobre la mesa del puesto de mando. No había quien entrase, así fuera para dejar la diaria ración de pan a los oficiales, que no lo tomara en sus manos; le daban ochenta vueltas en la distracción de la charla, y lo volvían a dejar ahí, hasta que otro ocioso viniera a hacer lo mismo. Por último, ya nadie se ocupó más del carnet. Y un día, el capitán lo depositó en poder del teniente Santolalla:

—Toma el retrato de tu paisano —le dijo—. Lo guardas como recuerdo, lo tiras, o haz lo que te dé la gana con él.

Santolalla lo tomó por el borde entre sus dedos, vaciló un momento, y se resolvió por último a sepultarlo en su propia cartera. Y como también por aquellos días se había hecho desaparecer ya de la viña el cadáver, quedó en fin olvidado el asunto, con gran alivio de Santolalla. Había tenido que sufrir —él, tan reservado— muchas alusiones de mal gusto a cuenta de su hazaña, desde que el viento comenzó a traer, por ráfagas, olor a podrido desde abajo; pues la general simpatía un tanto admirativa del primer momento dejó paso en seguida a necias chirigotas, a través de las cuales él se veía reflejado como un tipo torpón, extravagante e infelizote, cuya aventura no podía dejar de tornar en cómico; y así le formulaban toda clase de burlescos reproches por aquel hedor de que era causa; pero como de veras llegara a hacerse insoportable, y a todos les tocara su parte según los vien-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tos, se concertó con el enemigo tregua para que un destacamento de milicianos pudiera retirar o inhumar sin riesgo el cuerpo de su compañero.

Cesó, pues, el hedor, Santolalla se guardó los documentos en su cartera, y ya no volvió a hablarse del caso.

II

Ésa fué su única aventura memorable en toda la guerra. Se le presentó en el otoño de 1938, cuando llevaba Santolalla un año largo como primer teniente en aquel mismo sector del frente de Aragón — un sector tranquilo, cubierto por unidades flojas, mal pertrechadas, sin combatividad ni mayor entusiasmo. Y por entonces, ya la campaña se acercaba a su término: poco después llegaría para su compañía, con gran nerviosismo de todos, desde el capitán abajo, la orden de avanzar, sin que hubieran de encontrar a nadie por delante; ya no habría enemigo. La guerra pasó, pues, para Santolalla sin pena ni gloria, salvo aquel incidente que a todos pareció nimio, e incluso, absurdamente, digno de chacota, y que pronto olvidaron.

Él no lo olvidó; pensó olvidarlo, pero no pudo. A partir de ahí, la vida del frente —aquella vida hueca, esperando, aburrida, de la que a ratos se sentía tan harto— comenzó a hacérsele insufrible. Estaba harto ya, y hasta —en verdad— con un poco de bochorno. Al principio, recién incorporado, recibió este destino como una bendición: había tenido que presenciar durante los primeros meses, en Madrid, en Toledo, demasiados horrores; y cuando se vió de pronto en el sosiego campestre, y halló que, contra lo que hubiera esperado, la disciplina de campaña era más laxa que la rutina cuartelera del servicio militar cumplido años antes, y no mucho mayor el riesgo, cuando se familiarizó con sus compañeros de armas y con sus obligaciones de oficial, sintióse como anegado en una especie de suave pereza. El capitán Molina —oficial de complemento, como él— no era mala persona; tampoco, el otro teniente; eran todos gente del montón, cada cual con sus

trucos, cierto, con sus pesadeces y manías, pero ¡buenas personas! Probablemente, alguna influencia, alguna recomendación, había militado a favor de cada uno para promover la buena suerte de tan cómodo destino; pero de eso —claro está— nadie hablaba. Cumplían sus deberes, jugaban a la baraja, comentaban las noticias y rumores de guerra, y se quejaban, en verano del calor, y del frío en invierno. Bromas vulgares, siempre las mismas, eran el habitual desahogo de su alegría, de su malevolencia...

Procurando no disonar demasiado, Santolalla encontró la manera de aislarse en medio de ellos; no consiguió evitar que lo considerasen como un tipo raro, pero, con sus rarezas, consiguió abrirse un poco de soledad: le gustaba andar por el campo, aunque hiciera sol, aunque hubiera nieve, mientras los demás resobaban el naipe; tomaba a su cargo servicios ajenos, recorría las líneas, vigilaba, respiraba aire fresco, fuera de aquel chamizo maloliente, apestando a tabaco. Y así, en la apacible lentitud de esta existencia, se le antojaban lejanos, muy lejanos, los ajetreos y angustias de meses antes en Madrid, aquel desbordamiento, aquel vértigo que él debió observar mientras se desvivía por animar a su madre, consternada, allí, en medio del hervidero de heroísmo y de infamia, con el temor de que no fueran a descubrir al yerno, falangista notorio, y a Isabel, la hija, escondida con él, y de que, por otro lado, pudiera mientras tanto, en Toledo, pasarle algo al obstinado e imprudente anciano... Pues el abuelo se había quedado; no había consentido en dejar la casa. Y —¿a quién, si no?— a él, al nieto, el único joven de la familia, le tocó ir en su busca. "Aunque sea por la fuerza, hijo, lo sacas de allí y te lo traes", le habían encargado. Pero ¡qué! ¡fácil es decirlo!: el abuelo, exaltado, viejo y terco, no consentía en apartarse de la vista del Alcázar, dentro de cuyos muros hubiera querido y —afirmaba— debido hallarse; y vanas fueron todas las exhortaciones para que, de una vez, haciéndose cargo de su mucha edad, abandonara aquella ciudad en desorden, donde ¿qué bicho viviente no conocías sus opiniones, sus alardes, su condición de general en reserva? y donde, por lo demás, corría el riesgo común de los disparos sueltos en una lucha confusa, de calle a calle y de casa a casa,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en la que nadie sabía a punto fijo cuál era de los suyos y cuál de los otros, y la furia, y el valor, y el entusiasmo y la cólera popular se mellaba los dientes, se quebraba las uñas contra la piedra incólume de la fortaleza. Así se llegó, discutiendo abuelo y nieto, hasta el final de la lucha: entraron los moros en Toledo, salieron los sitiados del Alcázar, el viejo saltaba como una criatura, y él, Pedro Santolalla, despechado y algo desentendido, sin tanto cuidado ya por atajar sus insensatas chiquilladas, pudo presenciar ahora, atónito, el pillaje, la sarracina... Poco después se incorporaba al ejército y salía, como teniente de complemento, para el frente aragonés, en cuyo sosiego había de sentirse, por momentos, casi feliz.

No quería confesárselo; pero se daba buena cuenta de que, a pesar de estar lejos de su familia —padre y madre, los pobres, en el Madrid asediado, bombardeado y hambriento; su hermana, a saber dónde; y el abuelo, solo en casa, con sus años—, él, aquí, en este paisaje desconocido y entre gentes que nada le importaban, volvía a revivir la feliz despreocupación de la niñez, la atmósfera pura de aquellos tiempos en que, libre de toda responsabilidad, y moviéndose dentro de un marco previsto, no demasiado rígido, pero muy firme, podía respirar a pleno pulmón, saborear cada minuto, disfrutar la novedad de cada mañana, disponer sin tasa ni medida de sus días... Esta especie de renovadas vacaciones —quizá, eso sí, un tanto melancólicas— cuyo descuido entretenía en cortar acaso alguna herbecilla y quebrarla entre los dedos, o hacer que remontara su flexible tallo un bichito brillante hasta, llegado a la punta, regresar hacia abajo o levantar los élitros y desaparecer; en que, siguiendo con la vista el vuelo de una pareja de águilas, muy altas, por encima de las últimas montañas, se quedaba extasiado al punto de sobresaltarse si alguien, algún compañero, un soldado, le llamaba la atención de improviso —estas curiosas vacaciones de guerra traían a su mente ociosa recuerdos, episodios de la infancia, ligados al presente por quién sabe qué oculta afinidad, por un aroma, una bocanada de viento fresco y soleado, por el silencio amplio del mediodía—, episodios de los que, por supuesto, no había vuelto

a acordarse durante los años todos en que, terminado su bachillerato en el Instituto de Toledo, pasó a cursar Letras en la Universidad de Madrid, y a desvivirse con afanes de hombre, impaciencias y proyectos. Aquel fresco mundo remoto, de su casa en Toledo, del cigarral, que luego se acostumbrara a mirar de otra manera más distraída, regresaba ahora, a retazos: se veía a sí mismo —pero se veía, extrañamente, desde fuera, como la imagen recogida en una fotografía— niño de pantalón corto y blusa marinera corriendo tras de un aro por entre las macetas del patio, o yendo con su abuelo a tomar chocolate el domingo, o un helado, según la estación, al café de Zocodover, donde el mozo, servilleta al brazo, esperaba durante mucho rato, en silencio, las órdenes del abuelito, y le llamaba luego "mi coronel" al darle gracias por la propina; o se veía, lleno de aburrimiento, leyéndole a su padre el periódico, sin apenas entender nada de todo aquel galimatías, con tantos nombres impronunciables y palabras desconocidas, mientras él se afeitaba y se lavaba la cara y se frotaba orejas y cabeza con la toalla; se veía, jugando con su perra Chispa, a la que había enseñado a embestir como un toro para darle pases de muleta... A veces, le llegaba como el eco, muy atenuado, de sensaciones que debieron de ser intensísimas, punzantes: el sol, sobre los párpados cerrados; la delicia de aquellas flores, jacintos, ramitos flexibles de lilas, que visitaba en el jardín con su madre, y a cuyo disfrute se invitaban el uno al otro con leves gritos y exclamaciones de regocijo: "Vén, mamá, y mira: ¿te acuerdas que ayer, todavía, estaba cerrado este capullo?", y ella acudía, lo admiraba... Escenas como ésa, más o menos cabales, concurrían a su memoria. Era, por ejemplo, el abuelo que, después de haber plegado su periódico dejándolo junto al plato y de haberse limpiado con la servilleta, bajo el bigote, los finos labios irónicos, decía: "Pues tus queridos franchutes (corrían por entonces los años de la Gran Guerra) parece que no levantan cabeza". Y hacía una pausa para echarle a su hijo, todo absorto en la meticulosa tarea de pelar una naranja, miraditas llenas de malicia; añadiendo luego: "Ayer se han superado a sí mismos en el arte de la retirada estratégica"... Desde su sitio, él, Pedrito, observaba

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cómo su padre, hostigado por el abuelo, perfeccionaba su obra, limpiaba de pellejos la fruta con alarde calmoso, y se disponía —con leve temblorcillo en el párpado, tras el cristal de los lentes— a separar entre las cuidadas uñas los gajos rezumantes. No respondía nada; o preguntaba, displicente: "¿Sí?". Y el abuelo, que lo había estado contemplando con pachorra, volvía a la carga: "¿Has leído hoy el periódico?" No cejaba, hasta hacerle que saltara, agresivo; y ahí venían las grandes parrafadas nerviosas, irritadas, sobre la brutalidad germánica, la civilización en peligro, la Humanidad, la cultura, etcétera, con acompañamiento, en ocasiones, de puñetazos sobre la mesa. "Siempre lo mismo", murmuraba, enervada, la madre, sin mirar ni a su marido ni a su suegro, por miedo a que el fastidio le saliera a los ojos. Y los niños, Isabelita y él, presenciaban una vez más, intimidados, el torneo de costumbre entre su padre y su abuelo: el padre, excitable, serio, contenido; el abuelo, mordaz y seguro de sí, diciendo cosas que lo entusiasmaban a él, a él, sí, a Pedrito, que se sentía también germanófilo y que, a escondidas, por la calle y aun en el colegio mismo, ostentaba, prendido al pecho, ese preciado botón con los colores de la bandera alemana que tenía buen cuidado de guardarse en un bolsillo cada vez que, de nuevo, el montón de libros bajo el brazo, entraba por las puertas de casa. Sí, él era germanófilo furibundo, como la mayoría de los otros chicos, y en la mesa seguía con pasión los debates entre padre y abuelo, aplaudiendo en su fuero interno la dialéctica burlona de éste y lamentando la obcecación de aquél, a quien hubiera deseado ver convencido. Cada discusión remachaba más sus entusiasmos, en los que sólo, a veces, le hacía vacilar su madre, cuando, al reñirle suavemente a solas por sus banderías y "estupideces de mocoso" —su emblema había sido descubierto, o por delación o por casualidad— le hacía consideraciones templadas y llenas de sentimiento sobre la actitud que corresponde a los niños en estas cuestiones, sin dejar de deslizar al paso alguna alusión a las chanzas del abuelo, "a quien, como comprenderás, tu padre no puede faltarle al respeto, por más que su edad le haga a veces ponerse cargante", y de decir también alguna palabrita sobre las atrocidades cometidas por Alemania, rehenes ejecutados, destrozos, de que los periódicos rebosaban. "¡Por nada del mundo, hijo, se justifica eso!". La madre lo decía sin violencia, dulcemente; y a él no dejaba de causarle alguna impresión. "¿Y tú? —preguntaba más tarde a su hermana, entre despectivo y capcioso—. ¿Tú eres francófila, o germanófila?... Tú tienes que ser francófila; para las mujeres, está bien ser francófilo." Isabelita no respondía; a ella la abrumaban las discusiones domésticas. Tanto, que la madre —de casualidad, pudo escucharlo en una ocasión Pedrito— le pedía al padre, "por lo que más quieras", que evitara las frecuentes escenas, "precisamente a la hora de las comidas, delante de los niños, de la criada; un espectáculo tan desagradable". "Pero ¿qué quieres que yo le haga? —había replicado él, entonces, con tono de irritación—. Si no soy yo, caramba; si es él, que no puede dejar de... ¿No le bastará para despotricar con su tertulia de carcamales? ¿Por qué no me deja en paz a mí? Ellos, como militares, admiran a Alemania y a su cretino de káiser; más le valdría conocer mejor su propio oficio. Las hazañas del ejército alemán, sí, pero ¿y ellos? ¿qué? ¡desastre tras desastre: Cuba, Filipinas, Marruecos!". Se desahogó a su gusto, y él, Santolalla niño, que lo oía, por un azar, indebidamente, estaba confundido... El padre —tal era su carácter— o se quedaba corto, o se pasaba de la raya, se disparaba y excedía. En cambio ella, la madre, tenía un tacto, un sentido justo de la medida, de las conveniencias y del mundo, que, sin quererlo ni buscarlo, solía proporcionarle a él, inocente, una adecuada vía de acceso hacia la realidad, tan abrupta a veces, tan inabordable. ¿Cuántos años tendría: siete, cinco? cuando, cierto día, acudió, todo sublevado, hasta ella con la noticia de que a la lavandera de casa la había apaleado, borracho, en medio de un gran alboroto, su marido; y la madre averiguó primero —contra la serenidad de sus preguntas rebotaba la excitación de las informaciones infantiles— cómo se había enterado, quién se lo había dicho, prometiéndole intervenir no bien acabara de peinarse. Y mientras se clavaba con cuidadoso estudio las horquillas en el pelo, parada ante el espejo de la cómoda, desde donde espiaba de reojo las reacciones del pequeño, le hizo comprender por el tono

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y tenor de sus condenaciones que el caso, aunque lamentable, no era tan asombroso como él se imaginaba, ni extraordinario siquiera, sino más bien, por desgracia, demasiado habitual entre esa gente pobre e inculta. Si el hombre, después de cobrar sus jornales, ha bebido unas copas el sábado, y la pobre mujer se exaspera y quizás se propasa a insultarlo, no era raro que el vino y la ninguna educación le propinasen una respuesta de palos. "Pero, mamá, la pobre Rita..." Él pensaba en la mujer maltratada; le tenía lástima y, sobre todo, le indignaba la conducta brutal del hombre, a quien sólo conocía de vista. ¡Pegarle! ¿No era increíble?... Había pasado a mirarla, y la había visto, como siempre, de espaldas, inclinada sobre la pileta; no se había atrevido a dirigirle la palabra. "Ahora voy a ver yo —dijo, por último, la madre—. ¿Está ahí?". "Abajo está, lavando. Tendremos que separarlos, ¿no, mamá?"... Cuando, poco después, tras de su madre, escuchó Santolalla a la pobre mujer quejarse de las magulladuras, y al mismo tiempo le oyó frases de disculpa, de resignación, convirtió de golpe en desprecio su ira vindicativa, y hasta consideró ya excesivo celo el de su madre, llamando a capítulo al borrachín para hacerle reconvenciones e insinuarle amenazas.

En otra oportunidad... pero ¡basta! Ahora, todo eso se lo representaba, diáfano y preciso, muy vívido, aunque allá en un mundo irreal, segregado por completo del joven que después había hecho su carrera, entablado amistades, preparado concursos y oposiciones, leído, discutido y anhelado, en medio de aquel remolino que, a través de la República, condujo a España hasta el vértigo de la guerra civil. Ahora, descansando aquí, al margen, en este sector quieto del frente aragonés, el teniente Pedro Santolalla prefería evocar así a su gente en un feliz pasado, antes que pensar en el azaroso y desconocido presente que, cuando acudía a su pensamiento, era para henchirle el pecho en un suspiro o recorrerle el cuerpo con un repeluzno. Mas ¿cómo evitar, tampoco, la idea de que mientras él estaba allí tan tranquilo, entregado a sus vanas fantasías, ellos, acaso?... La ausencia acumula el temor de todos los males imaginables, proponiéndolos juntos al

sufrimiento en conjeturas de multitud incompatible; y Santolalla, incapaz de hacerle frente, rechazaba este mal sabor siempre que le revenía, y procuraba volverse a recluir en sus recuerdos. De vez en cuando, venían a sacudirlo, a despertarlo, cartas del abuelo; las primeras, si por un lado lo habían tranquilizado algo, por otro le trajeron nuevas preocupaciones. Una llegó anunciándole con más alborozo que detalles cómo Isabelita había escapado con el marido de la zona roja, "debido a los buenos aunque onerosos servicios de una embajada", y que ya los tenía a su lado en Toledo; la hermana, en una apostilla, le prometía noticias, le anticipaba cariños. Él se alegró, sobre todo por el viejo, que en adelante estaría siquiera atendido y acompañado... Ya, de seguro —pensó—, se habría puesto en campaña para conseguirle al zanguango del cuñado un puesto conveniente... A esta idea, una oleada de confuso resentimiento contra el recio anciano, tan poseído de sí mismo, le montó a la cara con rubores donde no hubieran sido discernibles la indignación y la vergüenza; veíalo de nuevo empecinado en medio de la refriega toledana, pugnando a cada instante por salirse a la calle, asomarse al balcón siquiera, de modo que él, aun con la ayuda de la fiel Rita, ahora ya vieja y medio baldada, apenas era capaz de retenerlo, cuando ¿qué hubiera podido hacer allí, con sus sesenta y seis años, sino estorbar? —mientras que, en cambio, a él, al nietecito, con sus veintiocho, eso sí, lo haría destinar en seguida, con una unidad de relleno, a este apacible frente de Aragón... La terquedad del anciano había sido causa de que la familia quedara separada y, con ello, los padres —solos ellos dos— siguieran todavía a la fecha expuestos al peligro de Madrid, donde, a no ser por aquel estúpido capricho, estarían todos corriendo juntos la misma suerte, apoyándose unos a otros, como Dios manda: él les hubiera podido aliviar de algunas fatigas y, cuando menos, las calamidades inevitables, compartidas, no crecerían así, en esta ansia de la separación... "Será cuestión de pocos días, — había sentenciado todavía el abuelo en la última confusión de la lucha, con la llegada a Toledo de la feroz columna africana y la liberación del Alcázar—. Ya es cuestión de muy pocos días; esperemos aquí". Pero

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pasaron días y semanas, y el ejército no entró en Madrid, y siguió la guerra meses y meses, y allá se quedaron solos, la madre, en su aflicción inocente; el padre, no menos ingenuo que ella, desamparado, sin maña, el pobre, ni expedición para nada...

En esto iba pensando, baja la cabeza, por entre los viñedos, aquel mediodía de agosto en que le aconteció toparse con un miliciano y —su única aventura durante la guerra toda—, antes de que él fuera a matarle, lo dejó en el sitio con dos balazos.

III

A partir de ahí, la guerra —lo que para el teniente Santolalla estaba siendo la guerra: aquella espera vacía, inútil, que al principio le trajera a la boca el sabor delicioso de remotas vacaciones y que, después, aun en sus horas más negras, había sabido conllevar hasta entonces como una más de tantas incomodidades que la vida tiene, como cualquier especie de enfermedad pasajera, una gripe, contra la que no hay sino esperar que buenamente pase— comenzó a hacérsele insufrible de todo punto. Se sentía sacudido de impaciencias, irritable; y si al regresar de su aventura le sostenía la emocionada satisfacción de haberle dado tan fácil remate, luego, los documentos del miliciano dejados sobre la mesa, el aburrido transcurso de los días siguientes, el curioseo constante, le producían un insidioso malestar, y, en fin, lo encocoraban las bromas que más tarde empezaron a permitirse algunos a propósito del olor. La primera vez que el olor se notó, sutilmente, todo fueron conjeturas sobre su posible origen: venía, se insinuaba, desaparecía; hasta que alguien recordó al miliciano muerto ahí abajo por mano del teniente Santolalla y, como si ello tuviese muchísima gracia, explotó una risotada general.

También fué en ese preciso momento y no antes cuando Pedro Santolalla vino a caer en la cuenta de por qué, desde hacía rato, extrañamente quería insinuársele en la memoria el penoso y requeteolvidado final de su perra Chispa; sí, ese era: el olor, el dichoso olor... Y al aceptar de lleno el recuerdo que lo había estado rondando, volvió a inundarle ahora, sin atenuaciones, todo el desamparo que en aquel entonces anegara su corazón de niño. ¡Qué absurdo! ¿Cómo podía repercutir así en él, al cabo del tiempo y en medio de tantas desgracias, incidente tan minúsculo como la muerte de ese pobre animalito? Sin embargo, recordaba con preciso dolor y en todas sus circunstancias la desaparición de Chispa. A la muy pícara le había gustado siempre escabullirse y hacer correrías misteriosas, para volver horas después a casa; pero en esta ocasión parecía haberse perdido: no regresaba. En familia, se discutieron las escapatorias del chucho, dando por seguro, al principio, su vuelta, y prometiéndole castigos, cerrojos, cadena; desesperando luego con inquietud. Él, sin decir nada, la había buscado por todas partes, había hecho rodeos al ir para el colegio y a la salida, por si la suerte quería ponerla al alcance de sus ojos; y su primera pregunta al entrar, cada tarde, era, anhelante, si la Chispa no había vuelto... "¿Sabes que he visto a tu perro?", le notificó cierta mañana en la escuela un compañero. (Con indiferencia afectada y secreta esperanza, se había cuidado él de propalar allí el motivo de su cuita.) He visto a tu perro —le dijo; y, al decírselo, lo observaba con ojo malicioso. "¿De veras? —profirió él tratando de apaciguar la ansiedad de su pecho—. Y ¿dónde?". "Lo ví ayer tarde ¿sabes?, en el callejón de San Andrés". El callejón de San Andrés era una corta calleja entre tapias, cortada al fondo por la cerca de un huerto. "Pero... —vaciló Santolalla, desanimado—. Yo iría a buscarlo; pero... ya no estará allí". "¿Quién sabe? Puede que todavía esté allí —aventuró el otro con sonrisa reticente. —Sí —añadió—; lo más fácil es que todavía no lo hayan recogido". "¿Cómo?", saltó él, pálida la voz y la cara, mientras su compañero, después de una pausa, aclaraba, tranquilo, calmoso, con ojos chispeantes: "Sí, hombre; estaba muerto, —y admitía, luego—: Pero ¡a lo mejor no era tu perro! A mí ¿sabes? me pareció; pero a lo mejor no era". Lo era, sí. Pedro Santolalla había corrido hasta el callejón de San Andrés, y allí encontró a su Chispa, horrible entre una nube de moscas; el hedor no le dejó acercarse. "¿Era por fin tu

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

perro?", le preguntó al día siguiente el otro muchacho. Y agregó: "Pues, mira: yo sé quién lo ha matado". Y, con muchas vueltas mentirosas, le contó una historia: a pedradas, lo habían acorralado allí unos grandullones, y como, en el acoso, el pobre bicho tirase a uno de ellos una dentellada, fué el bárbaro a proveerse de garrotes y, entre todos, a palo limpio... "Pero chillaría mucho; los perros chillan muchísimo". "Me figuro yo cómo chillaría, en medio de aquella soledad". "Y tú, ¿tú cómo lo has sabido?". "Ah, eso no te lo puedo decir". "¿Es que lo viste, acaso?". Empezó con evasivas, con tonterías, y por último dijo que todo habían sido suposiciones suyas, al ver la perra deslomada; Santolalla no consiguió sacarle una palabra más. Llegó, pues, deshecho a su casa; no refirió nada; tenía un nudo en la garganta; el mundo entero le parecía desabrido, desolado, —y en ese mismo estado de ánimo se encontraba ahora, de nuevo, recordando a su Chispa muerta bajo las ramas de un cerezo, en el fondo del callejón. ¡Era el hedor! El hedor, sí; el maldito hedor. Solamente que ahora provenía de un cadáver mucho más grande, el cadáver de un hombre, y no hacía falta averiguar quién había sido el desalmado que lo mató.

—¿Para qué lo mató, mi teniente? —preguntaba, compungido, aquel bufón de Iribarne por hacerse el chistoso—. Usted que tanto se enoja cada vez que a algún caballero oficial se le escapa una pluma... —y se pinzaba la nariz con dos dedos— miren lo que vino a hacer... ¿Verdad, mi capitán, que el teniente Santolalla hubiera hecho mejor trayéndomelo a mí? Yo lo pongo de esclavo a engrasar las botas de los oficiales, y entonces iban a ver cómo no tenían ustedes queja de mí.

—Cállate, imbécil — le ordenaba Santolalla. Pero como el capitán se las reía, aquel necio volvía pronto a sus patochadas.

Enterraron, pues, y olvidaron al miliciano; pero, con esto, a Santolalla se le había estropeado el humor definitivamente. La guerra comenzó a parecerle una broma ya demasiado larga, y sus compañeros se le hacían insoportables, inaguantables de veras, con sus bostezos, sus "plumas" —como decía ese majadero de Iribarne— y sus eternas chanzas. Había empezado a llover,

a hacer frío, y aunque tuviera ganas, que no las tenía, ya no era posible salir del puesto de mando. ¿Qué hubiera ido a hacer fuera? Mientras los otros jugaban a las cartas, él se pasaba las horas muertas en su camastro, vuelto hacia la pared y, entre las manos, para evitar que le molestaran, una novela de Sherlock Holmes cien veces leída, barajaba, a solas consigo mismo, el tema de aquella guerra interminable, sin otra variación, para él, que el desdichado episodio del miliciano muerto en la viña. Se representaba irrisoriamente su única hazaña militar. "He matado —pensaba— a un hombre, he hecho una baja al enemigo. Pero lo he matado, no combatiendo, sino como se mata a un conejo en el campo. Eso ha sido, en puridad: he matado a un gazapo, como bien me dijo ése". Y de nuevo escuchaba el timbre de voz de Molina, el capitán Molina, diciéndole después de haber examinado con aire burocrático (el empleado de correos bajo uniforme militar) los documentos de Anastasio López Rubielos, natural de Toledo: "...parece que has cazado un gazapo de tu propia tierra". Y por enésima vez volvía a reconstruir la escena allá abajo, en la viña: el bulto que de improviso se yergue, y él que se lleva un repullo, y mata al miliciano cuando el desgraciado tipo está diciendo: "¡No, no!". "¿Que no? ¡Toma!". Dos balas a la barriga... En defensa de la propia vida, por supuesto... Pero ¡qué defensa!; bien sabía que no era así. Si el infeliz muchacho no había tenido tiempo siquiera de echar mano al fusil; si lo había pillado desapercibido, y le miraba, paralizado, sosteniendo todavía entre dos dedos el rabo del racimo de uvas que en seguida rodaría por tierra... No, en verdad no hubiera tenido necesidad alguna de matarlo: ¿no podía acaso haberle mandado levantar las manos y, así, apoyada la pistola en sus riñones, traerlo hasta el puesto como prisionero? ¡Claro que sí! Eso es lo que hubiera debido hacer; no dejarlo ahí tendido... ¿Por qué no lo hizo? En ningún instante había corrido efectivo riesgo, pese a cuanto pretendiera sugerir luego a sus compañeros relatándoles el suceso; en ningún instante. Por lo tanto, lo había matado a mansalva, lo había asesinado, sencillamente, ni más ni menos que los moros aquellos que, al entrar en Toledo, dego-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

llaban a los heridos en las camas del hospital. Cuando eso era obra ajena, a él lo dejaba perplejo, estupefacto, lo dejaba agarrotado de indignación; siendo propia, todavía encontraba disculpas, y se decía: en defensa de la vida; se decía: quizás ¿cómo iba yo a saberlo? el individuo no estaba solo; se decía: en todo caso, era un enemigo... Era un pobre chico —eso es lo que era—, tal vez un simple recluta, que andaba por ahí casualmente, "divirtiéndose, como yo, en coger uvas; una criatura tan inerme bajo el cañón de mi pistola como los heridos que en el hospital de Toledo gritarían: ¡No, no! bajo las gumías de los moros. Y yo disparé mi pistola, dos veces, lo derribé, lo dejé muerto, y me volví tan satisfecho de mi heroicidad". Se veía a sí mismo contar lo ocurrido afectando quitarle importancia —alarde y presunción, una manera como otra cualquiera de énfasis—, y ahora le daba asco su actitud, pues... "Lo cierto es —se decía— que, con la sola víctima por testigo, he asesinado a un semejante, a un hombre ni mejor ni peor que yo; a un muchacho que, como yo, quería comerse un racimo de uvas; y por ese gran pecado le he impuesto la muerte". Casi era para él un consuelo pensar que había obrado, en el fondo, a impulsos del miedo; que su heroicidad había sido, literalmente, un acto de cobardía... Y vuelta a lo mismo, una vez y otra. En aquella torturada ociosidad, mientras estaba lloviendo afuera, se disputaban de nuevo su memoria episodios remotos que un día hirieran su imaginación infantil y que, como un poso revuelto, volvían ahora cuando los creía borrados, digeridos. Frases hechas como ésta: "herir la imaginación", o "escrito con sangre", o "la cicatriz del recuerdo", tenían en su caso un sentido bastante real, porque conservaba el dolor quemante del ultraje, el sórdido encogimiento de la cicatriz, ya indeleble, capaz de reproducir siempre, y no muy atenuado, el bochorno, la rabia de entonces, acrecida aún por la soflama de su actual ironía. Entre tales episodios "indeseables" que ahora lo asediaban, el más asiduo en estos últimos meses de la guerra era uno —él lo tenía etiquetado bajo el nombre de "episodio Rodríguez"— que, en secreto, había amargado varios meses de su niñez. Por algo ese apellido, Rodríguez, le resultó

siempre, en lo sucesivo, antipático, hasta el ridículo extremo de prevenirle contra cualquiera que lo llevase! Nunca podría ser amigo, amigo de veras, de ningún Rodríguez; y ello, por culpa de aquel odioso bruto, casi vecino suyo, que, parado en el portal de su casucha miserable... —ahí lo veía aún, rechoncho, más bajo que él, sucias las piernotas y con una gorra de visera encima del rapado melón, espiando su paso hacia el colegio por aquella calle de la amargura, para, indefectiblemente, infligirle alguna imprevisible injuria. Mientras no pasó de canciones alusivas, remedos y otras burlas —como el día que se puso a andar por delante de él con un par de ladrillos bajo el brazo imitando sus libros—, fué posible, con derroche de prudencia, el disimulo; pero llegó el lance de las bostas... Rodríguez había recogido dos o tres bolondrones al verle asomar por la esquina; con ellos en la mano, aguardó a tenerlo a tiro y... — él lo sabía, lo estaba viendo, lo veía en su cara taimada, lo esperaba, y pedía en su interior: ¡que no se atreva! ¡que no se atreva!; pero se atrevió: le tiró al sombrero una de aquellas doradas inmundicias, que se deshizo en rociada infamante contra su cara. Y todavía dice: "¡Toma, señoritingo!"... A la fecha, aún sentía el teniente Santolalla subírsele a las mejillas la vergüenza, el grotesco de la asquerosa lluvia de oro sobre su sombrerito de niño... Volvióse y, rojo de ira, encaró a su adversario; fué hacia él dispuesto a romperle la cara; pero Rodríguez lo veía acercarse, imperturbable, con una sonrisa en sus dientes blancos, y cuando lo tuvo cerca, de improviso, ¡zas!, lo recibió con un puntapié entre las ingles, uno solo, atinado y seco, que le quitó la respiración, mientras de su sobaco se desprendían los libros, deshojándose por el suelo. Ya el canalla se había refugiado en su casa, cuando, al cabo de no poco rato, pudo reponerse... Pero, con todo, lo más aflictivo fué el resto: su vuelta, su congoja, la alarma de su madre, el interrogatorio del padre, obstinado en apurar todos los detalles y, luego, en las horas siguientes, el solitario crecimiento de sus ansias vengativas. "Deseo", "anhelo", no son las palabras; más bien habría que decir: una necesidad física tan imperiosa como el hambre o la sed, de traerlo a casa,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

atarlo a una columnata del patio y, ahí, dispararle un tiro con el pesado revólver del abuelo. Esto es lo que quería con vehemencia imperiosa, lo que dolorosamente necesitaba; y cuando el abuelo, de quien se prometía esta justicia, rompió a reír acariciándole la cabeza, se sintió abandonado del mundo.

Habían pasado años, había crecido, había cursado su Bachillerato; después, en Madrid, Filosofía y Letras; y, con intervalos mayores o menores, nunca había dejado de cruzarse con su enemigo, también hecho un hombre. Se miraban al paso, con simulada indiferencia, se miraban como desconocidos, y seguían adelante; pero ¿acaso no sabían ambos? . . . Y ¿qué habrá sido del tal Rodríguez en esta guerra?, se preguntaba de pronto Santolalla, representándose horrores diversos —los moros, por ejemplo, degollando heridos en el hospital—; se preguntaba: si tuviera yo en mis manos ahora al detestado Rodríguez, de seguro lo dejo escapar . . . Se complacía en imaginarse, Rodríguez a su merced, y él dejándolo ir, indemne. Y esta imaginaria generosidad le llenaba de un placer muy efectivo; pero no tardaba en estropeárselo, burlesca, la idea del miliciano a quien, en cambio, había muerto sin motivo ni verdadera necesidad. "Por supuesto —se repetía—, que si él hubiera podido me mata a mí; era un enemigo. He cumplido, me he limitado a cumplir mi estricto deber, y nada más". Nadie, nadie había hallado nada de vituperable en su conducta; todos la habían encontrado naturalísima, y hasta digna de loa . . . ¿Entonces?, se preguntaba, malhumorado. A Molina, el capitán de la compañía, le interrogó una vez, como por curiosidad: "Y, con los prisioneros que se mandan a retaguardia, ¿qué hacen?" Molina le había mirado un momento; le había respondido: "Pues . . . ¡no lo sé! ¿Por qué? Eso dependerá". ¡Dependerá!, le había respondido su voz llena y calmosa. Con gente así ¡cómo seguir una conversación, cómo hablar de nada! A Santolalla le hubiera gustado discutir sus dudas con alguno de sus compañeros; discutirlas ¡se entiende! en términos generales, en abstracto, como un problema académico. Pero ¿cómo? ¡si aquello no era problema para nadie! "Yo debo de ser un bicho raro"; todos allí lo tenían por un bicho raro; se hubieran reído de sus cuestiones; "éste —hubieran dicho— se complica la existencia con tonterías". Y tuvo que entregarse más bien a meras conjeturas sobre cómo apreciaría el caso, si lo conociera, cada uno de los suyos, de sus familiares, empleando rato y rato en afinar las presuntas reacciones: el orgullo del abuelo, que aprobaría su conducta (¿incluso —se preguntaba— si se le hacía ver cuán posible hubiera sido hacer prisionero al soldado enemigo?), que aprobaría su conducta sin aquilatar demasiado, pero que, en su fondo, encontraría sorprendente, desproporcionada la hazaña, y como impropia de su Pedrito; el susto de la madre, contenta en definitiva de tenerlo sano y salvo después del peligro; las reservas y distingos, un poco irritantes, del padre, escrutándolo con tristeza a través de sus lentes y queriendo sondearle el corazón hasta el fondo; y luego, las majaderías del cuñado, sus palmadas protectoras en la espalda, todo bambolla él, y alharaca; la aprobación de la hermana, al sentirle a la par de ellos.

Como siempre, después de pensar en sus padres, a Santolalla se le exasperó hasta lo indecible el aburrimiento de la guerra. Eran ya muchos meses, años; dos años hacía ya que estaba separado de ellos, sin verlos, sin noticias precisas de su suerte, y todo —pensaba—, todo por el cálculo idiota de que Madrid caería en seguida. ¡Qué de privaciones, qué de riesgos, allá, solos!

Pero a continuación se preguntó, exaltadísimo: "¿Con qué derecho me quejo yo de que la guerra se prolongue y dure, si estoy aquí, pasándome, con todos estos idiotas y emboscados, la vida birlonga, mientras otros luchan y mueren a montones?". Se preguntó eso una vez más, y resolvió, "sin vuelta de hoja", "mejor hoy que mañana", llevar a la práctica, "ahora mismo, sí", lo que ya en varias ocasiones había cavilado: pedir su traslado como voluntario a una unidad de choque. (¡La cara que pondría el abuelo al saberlo). Su resolución tuvo la virtud de cambiarle el humor. Pasó el resto del día silbando, haciendo borradores, y, por último, presentó su solicitud en forma por la vía jerárquica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El capitán Molina le miró con curiosidad, con sospecha, con algo de sorna, con embarazo.

—¿Qué te ha entrado, hombre?

—Nada; que estoy ya harto de estar aquí.

—Pero, hombre, si esto se está acabando; no hagas tonterías.

—No es una tontería. Ya estoy cansado —confirmó él, sonriendo: una sonrisa de disculpa.

Todos lo miraron como a un bicho raro. Iribarne le dijo:

—Parece que el teniente Santolalla le ha tomado gusto al "tomate".

Él no contestó; le miró despectivamente.

—Pero, hombre, si la guerra ya se acaba —repitió el capitán todavía.

Dióse curso a la solicitud, y Santolalla, tranquilizado y hasta alegre, quedó a la espera del traslado.

Pero, entre tanto, se precipitaba el desenlace: llegaron rumores, hubo agitación, la campaña tomó por momentos el sesgo de una simple operación de limpieza, los ejércitos republicanos se retiraban hacia Francia, y ellos, por fin, un buen día, al amanecer, se pusieron también en movimiento y avanzaron sin disparar un solo tiro.

La guerra había terminado.

IV

Al levantarse y abrir los postigos de su alcoba, se prometió Santolalla: "¡No! ¡De hoy no pasa!". Hacía una mañana fresquita, muy azul; la mole del Alcázar, enfrente, se destacaba, neta, contra el cielo... De hoy no pasaba —se repitió, dando cuerda a su reloj de pulsera—. Iría al Instituto, daría su clase de Geografía y, luego, antes de regresar para el almuerzo, saldría ya de eso; de una vez, saldría del compromiso. Ya era hora: se había concedido tiempo, se había otorgado prórrogas, pero ¿con qué pretexto postergaría más ese acto piadoso a que se había comprometido solemnemente delante de su propia conciencia?

Se había comprometido consigo mismo a visitar la familia de su desdichada víctima, de aquel miliciano, Anastasio López Rubielos, con quien una suerte negra le llevó a tropezarse, en el frente de Aragón, cierta tarde de agosto del año 38. El 41 corría ya, y aún no había cumplido aquella especie de penitencia que se impusiera, creyendo tener que allanar dificultades muy ásperas, apenas terminada la guerra. "He de buscar —fué el voto que formuló entonces en su fuero interno—, he de buscar a su familia; he de averiguar quiénes son, dónde viven, y haré cuanto pueda por procurarles algún alivio". Pero, claro está, antes que nada debió ocuparse de su propia familia, y también ¡caramba! de sí mismo.

Apenas obtenida licencia, lo primero fué, pues, volar hacia sus padres. Sin avisar y ¡cosa extraña! moroso y desganado en el último instante, llegó a Madrid; subió las escaleras hasta el piso de su hermana donde ellos se alojaban y, antes de haber apretado el timbre, vió abrirse la puerta: desde la oscuridad, los lentes de su padre le echaron una mirada de terror y, en seguida, de alegría; cayó en sus brazos y, entre ellos, le oyó susurrar: "¡Me has asustado, chiquillo, con el uniforme ése!". Dentro del abrazo, que no se deshacía, que duraba, Santolalla se sintió agonizar: la mirada de su padre —un destello— ¿no había sido, en la cara fina del hombre cultivado y maduro, la misma mirada del miliciano pasmado a quien él sorprendió en la viña para matarlo? Y, dentro del abrazo, se sintió extraño, espantosamente extraño, a aquel hombre cultivado y maduro. Como agotado, exhausto, Santolalla se dejó caer en la butaquita de la antesala... "Me has asustado, chiquillo"... Pero ahora ¡cuánta confianza había en la expresión de su padre!, flaco, avejentado, muy avejentado, pero contento de tenerlo ante sí, y sonriente. Él también, a su vez, lo contemplaba con pena. Inquirió: "¿Mamá?". Mamá había salido; venía en seguida; habían salido las dos, ella y su hermana, a no sabía qué. Y de nuevo se quedaron callados ambos, frente a frente.

La madre fué quien, como siempre, se encargó de ponerle al tanto, conversando a solas, de todo. "No me pareces el mismo,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hijo querido —le decía, devorándolo con los ojos, apretándole el brazo—; estás cambiado, cambiado". Y él no contestaba nada: observaba su pelo encanecido, la espalda vencida —una espalda, ya, de vieja—, el cuello flaco; y se le oprimía el pecho. También le chocaba penosamente aquella emocionada locuacidad de quien era toda aplomo antes, noble reserva... Pero, esto fué en el primer encuentro; después la vió recuperar su sensatez, aunque, eso sí, estuviera la pobre ya irremediablemente quebrantada, cuando se puso a informarle con detalle de cómo habían vivido, cómo pudieron capear los peores temporales, "gracias a que las amistades de tu padre —explicaba— contrarrestaron el peligro a que nos dejó expuestos la fuga de tu cuñado"... Durante toda la guerra había trabajado el padre en un puesto burocrático del servicio de abastecimientos; "pero, hijo, ahora, otra vez, ¡imagínate!... En fin —concluyó—, de aquí en adelante, con tu abuelo al quite..." El abuelo seguía tan terne: ¡Qué temple, hijito!; un poco más apagado, quizás; tristón; pero siempre el mismo.

Santolalla le contó a su madre la aventura con el miliciano; se decidió a contársela; estaba ansioso por contársela. Comenzó el relato como quien, sin darle mayor importancia, refiere una peripecia curiosa, acentuando más bien en ella los aspectos de azar y de riesgo; pero notó pronto en el susto de sus ojos que percibía todo el fondo pesaroso, y ya no se esforzó por disimular: siguió, divagatorio, acuitado, con su tema adelante. La madre no decía nada, ni él necesitaba ya que dijese; le bastaba con que lo escuchara. Pero cuando, en la abundancia de su desahogo, se sacó del bolsillo los documentos de Anastasio y le puso ante la cara el retrato del muchacho, palideció ella y rompió en sollozos. ¡Ay, Señor! ¿dónde había ido a parar su antigua fortaleza? Se abrazaron, y la madre aprobó con vehemencia el propósito que, apresuradamente, le revelaba él de acercarse a la familia del miliciano y ofrecerle discreta reparación. "¡Sí, si, hijo mío, sí!".

Mas, antes de llevarlo a cabo, tuvo que proveer a su propia vida. Arregló lo de la cátedra en el Instituto de Toledo, fué desmovilizado del ejército, y —a Dios gracias— consiguieron verse al fin, tras de no pocas historias, reunidos todos de nuevo en la vieja

casa. Tranquilo, pues, ya, en un curso de existencia normal, trazó ahora Pedro Santolalla un programa muy completo de escalonadas averiguaciones, que esperaba laboriosas, para identificar y localizar a esa pobre gente: el padrón, el antiguo censo electoral, la capitanía general, la oficina de cédulas personales, los registros y fichas de policía. Mas no fué menester tanto; el camino se le mostró tan fácil como sólo la casualidad puede hacerlo, y así a las primeras diligencias dió en seguida con el nombre de Anastasio López Rubielos, comprobó que los demás datos coincidían, y anotó el domicilio. Sólo faltaba, por lo tanto, decidirse a poner en obra lo que se tenía prescrito.

"¡De hoy no pasa!", se había dicho aquella mañana, contemplando por el balcón el día luminoso. No había motivo ya, ni pretexto para postergar la ejecución de su propósito. La vida había vuelto a entrar, para él, en cauces de estrecha vulgaridad; igual que antes de la guerra, sino que ahora el abuelo tenía que emplear su tiempo sobrante, que lo era todo, en pequeñas y —con frecuencia— vejatorias gestiones relacionadas con el aceite, con el pan, con el azúcar; el padre, pasarse horas y horas copiando con su fina caligrafía escrituras para un notario; la madre, azacaneada todo el día, y suspirona; y él mismo, que siempre había sido taciturno, más callado que nunca, malhumorado con la tarea de sus clases de Geografía y las nimias intrigas del Instituto. ¡No; de hoy no pasaba! Y ¡qué aliviado iba a sentirse cuando se hubiera quitado de una vez ese peso de encima! Era, lo sabía, una bobada ("soy un bicho raro"); no había quien tuviera semejantes escrúpulos; pero... ¡qué importaba! Para él sería, en todo caso, un gran alivio. Sí, no pasaba de hoy.

Antes de salir, abrió el primer cajón de la cómoda, esta vez para echarse al bolsillo los malditos documentos, que siempre le saltaban a la vista desde allí cuando iba a sacar un pañuelo limpio, y provisto de ellos, se echó a la calle. ¡Valiente lección de Geografía fué la de aquella mañana! Apenas la hubo terminado, se encaminó, despacio, hacia las señas que, previamente, tuviera buen cuidado de fijar: una casita muy pobre, de una sola planta, a mitad de una cuesta, cerca del río, bien abajo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Encontró abierta la puerta; una cortina de lienzo, a rayas, estaba descorrida para dejar que entrase la luz del día, y desde la calle podía verse, quieto en un sillón, inmóvil, a un viejo, cuyos pies calentaba un rayo de sol sobre el suelo de rojos ladrillos. Santolalla adelantó hacia dentro una ojeada temerosa y, tentándose en el bolsillo el carnet de Anastasio, vaciló primero y, en seguida, un poco bruscamente, entró en la pieza. Sin moverse, puso el viejo en él sus ojillos azules, asustados, ansiosos. Parecía muy viejo, todo lleno de arrugas; su cabeza, cubierta por una boina, era grande; enormes, traslúcidas, sus orejas; tenía en las manos un grueso bastón amarillo.

Emitió Santolalla un "¡Buenos días!", y notó velada su propia voz. El viejo cabeceaba, decía: "¡Sí, sí!"; parecía buscar con la vista una silla que ofrecerle. Sin darse cuenta, Santolalla siguió su mirada alrededor de la habitación: había una silla, pero bajita, enana; y otra, con el asiento hundido. Mas ¿por qué había de sentarse? ¡Qué tontería! Había dicho: "¡Buenos días!" al entrar; ahora agregó:

—Quisiera hablar con alguno de la familia—; interrogó: —La familia de Anastasio López Rubielos ¿vive aquí?

Se había repuesto; su voz sonaba firme.

—Rubielos, sí; Rubielos —repetía el viejo.

Y él insistió en preguntarle:

—Usted, por casualidad, ¿es de la familia?

—Sí, sí, de la familia —asentía.

Santolalla deseaba hablar, hubiera querido hablar con cualquiera menos con este viejo.

—¿Su abuelo? —inquirió todavía.

—Mi Anastasio —dijo entonces con rara seguridad el abuelo—, mi Anastasio ya no vive aquí.

—Pues yo vengo a traerles a ustedes noticias del pobre Anastasio —declaró ahora, pesadamente, Santolalla. Y, sin que pudiera explicar cómo, se dió cuenta en ese instante mismo de que, más adentro, desde el fondo oscuro de la casa, alguien lo estaba acechando. Dirigió una mirada furtiva hacia el interior, y pudo

discernir en la penumbra una puerta entornada; nada más. Alguien, de seguro, lo estaba acechando, y él no podía ver quién.

—Anastasio —repitió el abuelo con énfasis (y sus manos enormes se juntaron sobre el bastón, sus ojos tomaron una sequedad eléctrica)—, Anastasio ya no vive aquí; no, señor —Y agregó en voz más baja: —Nunca volvió.

—Ni volverá —notificó Santolalla. Todo lo tenía pensado, todo preparado. Se obligó a añadir: —Tuvo mala suerte Anastasio: murió en la guerra; lo mataron. Por eso vengo yo a visitarles...

Estas palabras las dijo lentamente, secándose las sienes con el pañuelo.

—Sí, sí, murió —asentía el anciano; y la fuerte cabeza llena de arrugas se movía, afirmativa, convencida—; murió, sí, el Anastasio. Y yo, aquí, tan fuerte, con mis años; yo no me muero.

Empezó a reírse. Santolalla, tonto, turbado, aclaró:

—Es que a él lo mataron.

No se hubiera sentido tan incómodo, pese a todo, sin la sensación de que lo estaban espiando desde adentro. Pensaba, al tiempo de echar otra mirada de reojo al interior: "Es estúpido que yo siga aquí. Y si quisiera, en cualquier momento podría irme: un paso, y ya estoy en la calle, en la esquina". Pero no, no se iría: ¡quieto! Estaba agarrotado, violento, allí, parado delante de aquel viejo chocho; pero ya había comenzado, y seguiría. Siguió, pues, tal como se lo había propuesto: contó que él había sido compañero de Anastasio; que se habían encontrado y trabado amistad en el frente de Aragón, y que a su lado estaba, precisamente, cuando vino a herirle de muerte una bala enemiga; que, entonces, él había recogido de su bolsillo este documento... —y extrayendo del suyo el carnet, lo exhibió ante la cara del viejo.

En ese preciso instante irrumpió en la saleta, desde el fondo, una mujer corpulenta, morena, vestida de negro; se acercó al viejo y, dirigiéndose a Santolalla: —¿De qué se trata? ¡Buenos días! —preguntó.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Santolalla le explicó en seguida, como mejor pudo, que durante la guerra había conocido a López Rubielos, que habían sido compañeros en el frente de Aragón; que allí habían pasado toda la campaña: un lugar, a decir verdad, bastante tranquilo; y que, sin embargo, el pobre chico había tenido la mala pata de que una bala perdida, quién sabe cómo...

—Y a usted ¿no le ha pasado nada? —le preguntó la mujer con cierta aspereza, mirándolo de arriba a abajo.

—¿A mí? A mí, por suerte, nada. ¡Ni un rasguño, en toda la campaña!

—Digo, después —aclaró, lenta, la mujerona.

Santolalla se ruborizó; respondió, apresurado:

—Tampoco después... Tuve suerte ¿sabe? Sí, he tenido bastante suerte.

—Amigos habrá tenido —reflexionó ella, consultando la apariencia de Santolalla, su traje, sus manos.

Él le entregó el carnet que tenía en una de ellas, preguntándole:

—¿Era hijo suyo?

La mujer, ahora, se puso a mirar el retrato muy despacio; repasaba el texto impreso y manuscrito; lo estaba mirando y no decía nada.

Pero al cabo de un rato se lo devolvió, y fué a traerle una silla: entre tanto, Santolalla y el viejo se observaban en silencio. Volvió ella, y mientras colocaba la silla enfrente, reflexionó con voz apagada:

—¡Una bala perdida! ¡Una bala perdida! Esa no es una muerte mala. No, no es mala; ya hubieran querido morir así su padre y su otro hermano: con el fusil empuñado, luchando. No es ésa mala muerte, no. ¿Acaso no hubiera sido peor para él que lo torturasen, que lo hubiesen matado como a un conejo? ¿no hubiera sido peor el fusilamiento, la horca?... Si aun temía yo que no hubiese muerto y todavía me lo tuvieran...

Santolalla, desmadejado, con la cabeza baja y el carnet de Anastasio en la mano, colgando entre sus rodillas, oía sin decir nada aquellas frases oscuras.

—Así, al menos —prosiguió ella, sombría— se ahorró lo de después; y, además, cayó el pobrecito en medio de sus compañeros, como un hombre, con el fusil en la mano... ¿Dónde fué? En Aragón, dice usted. ¿Qué viento le llevaría hasta allá? Nosotros pensábamos que habría corrido la ventolera de Madrid. ¿Hasta Aragón fué a dejarse el pellejo?

La mujer hablaba como para sí misma, con los ojos puestos en los secos ladrillos del suelo. Quedóse callada y, entonces, el viejo, que desde hacía rato intentaba decir algo, pudo preguntar:

—¿Allí había bastante?

—¿Bastante de qué? —se afanó Santolalla.

—Bastante de comer —aclaró, llevándose hacia la boca, juntos, los formidables dedos de su mano.

—¡Ah, sí! Allí no nos faltaba nada. Había abundancia. No sólo de lo que nos daba la Intendencia —se entusiasmó, un poco forzado— sino también —y recordó la viña— de lo que el país produce.

La salida del abuelo le había dado un respiro; en seguida temió que a la mujer le extrañase la inconveniente puerilidad de su respuesta. Pero ella, ahora, se contemplaba las manos enrojecidas, gordas, y parecía abismada. Sin aquella su mirada reluciente y fiera resultaba una mujer trabajada, vulgar, una pobre mujer como cualquier otra. Parecía abismada.

Entonces fué cuando se dispuso Pedro Santolalla a desplegar la parte más espinosa de su visita: quería hacer algo por aquella gente, pero temía ofenderlos; quería hacer algo, y tampoco era mucho lo que podría hacer; quería hacer algo, y no aparecer ante sí mismo, sin embargo, como quien, logrero, rescata a bajo precio una muerte. Pero ¿por qué quería hacer algo? Y ¿qué podría hacer?

—Bueno —comenzó penosamente; sus palabras se arrastraban, sordas—; bueno, voy a rogarles que me consideren como un compañero... como al amigo de Anastasio...

Pero se detuvo; la cosa le sonaba a burla. "¡Qué cinismo!", pensó; y aunque para aquellos desconocidos sus palabras no tuvieran las resonancias cínicas que para él mismo tenían... no

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

podían tenerlas, ellos no sabían nada... ¿cómo no les iba a chocar este "compañero" bien vestido que, con finos modales, con palabras de profesor de Instituto, venía a contarles...? Y ¿cómo les contaría él toda aquella historia adobada, y los detalles complementarios de *después*, ciertos en lo externo: que él, ahora, estaba en posición relativamente desahogada, que se encontraba en condiciones de echarles una mano, según sus necesidades, en recuerdo de... Esto era miserable, y estaba muy lejos de las escenas generosas, llenas de patetismo, que tantas veces se había complacido en imaginar con grandes variantes, sí, pero siempre en forma tan conmovedora que, al final, se sorprendía a sí mismo, indefectiblemente, con lágrimas en los ojos. Llorar, implorar perdón, arrodillarse ante ellos (unos "ellos" que nada se parecían a "éstos"), quienes, por supuesto, se apresuraban a levantarlo y confortarlo, sin dejarle que les besara las manos, —escenas hermosas y patéticas... Pero ¡Señor!, ahora, en lugar de eso, se veía aquí, señorito bien portado, delante de un viejo estúpido y de una mujer abatida y desconfiada, que miraba con rencor; y se disponía a ofrecerles una limosna en pago de haberles matado a aquel muchachote cuyo retrato, cuyos papeles exhibía aún en su mano como credencial de amistad y gaje de piadosa camaradería.

Sin embargo, algo habría que decir; no era posible seguir callando; la mujerona había alzado ya la cabeza y le obligaba a mirar para otro lado, hacia los pies del anciano, enormes, dentro de unos zapatos rotos, al sol.

Ella, por su parte, escrutaba a Santolalla con expectativa: ¿a dónde iría a parar el sujeto éste? ¿Qué significaban sus frases pulidas: rogar que lo considerasen como un amigo?

—Quiero decir —apuntó él— que para mí sería una satisfacción muy grande poderles ayudar en algo.

Se quedó rígido, esperando una respuesta; pero la respuesta no venía. Dijérase que no lo habían entendido. Tras la penosa pausa, preguntó, directa ya y embarazadamente, con una desdichada sonrisa:

—¿Qué es lo que más necesitan? Díganme: ¿en qué puedo ayudarles?

Las pupilas azules se iluminaron de alegría, de concupiscencia, en la cara labrada del viejo; sus manos se revolvieron como un amasijo sobre el cayado de su bastón; pero antes de que llegara a expresar su excitación en palabras, había respondido, tajante, la voz de su hija:

—Nada necesitamos, señor. Se agradece.

Sobre Santolalla estas palabras cayeron como una lluvia de tristeza; se sintió perdido, desahuciado. Después de oírlas, ya no deseaba más que irse de allí, y ni siquiera por irse tenía prisa. Despacio, giró la vista por la pequeña sala, casi desmantelada, llena tan sólo del viejo que, desde su sillón, le contemplaba ahora con indiferencia, y de la mujerona que lo encaraba de frente, en pie ante él, cruzados los brazos; y, alargándole a ésta el carnet sindical de su hijo: —Guárdelo —le ofreció—; es usted quien tiene derecho a guardarlo.

Pero ella no tendió la mano; seguía con los brazos cruzados. Se había cerrado su semblante; le relampaguearon los ojos y hasta pareció tener que dominarse mucho para, con serenidad y algún tono de ironía, responderle:

—¿Y qué quiere usted que haga yo con eso? ¿Que lo guarde? ¿Para qué, señor? ¡Tener escondido en casa un carnet socialista, verdad? ¡No! ¡muchas gracias!

Santolalla enrojeció hasta las orejas. Ya no había más que hablar. Se metió el carnet en el bolsillo, musitó un "¡Buenos días!" y salió andando calle abajo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EUROPA 1949

(Impresiones de Viaje)

Cuando se vuelve a Europa después de diez años de ausencia, la primera impresión que se recibe en los países recorridos —Francia, Inglaterra, Italia— es que todo sigue más o menos igual que antes. Sin embargo, pasado el primer efecto, comienzan a percibirse bastantes cambios, la mayor parte de ellos consecuencias naturales de la guerra. Las líneas que siguen se refieren sobre todo a la vida cotidiana, que aunque parezca trivial, tiene gran importancia en la estructuración social de los pueblos. En otra ocasión me referiré a aspectos más profundos de la vida y la cultura europeas.

Ya en el puerto de desembarco se observan, no obstante las reconstrucciones realizadas, los efectos destructores de los bombardeos: grandes espacios vacíos en torno a los muelles antes cubiertos por edificios y galpones, y los mismos muelles aparecen con grandes heridas en sus flancos. Después, cuando se toma el tren para el lugar de residencia, se ven a lo largo del trayecto estaciones y puentes destruídos, junto a los cuales se han construído o se están construyendo otros nuevos. Sin embargo, los trenes circulan ya a sus velocidades normales de 60 u 80 kilómetros por hora y llegan puntualmente a su destino. Lo peor son las aglomeraciones en los coches, que van a su máxima capacidad, y aun la desbordan, teniendo que ir mucha gente de pie en los pasillos.

Al llegar a la ciudad, las calles ofrecen la misma animación de siempre, y aun mayor si cabe, por la escasez de medios de transporte. Los tranvías han desaparecido de las calles céntricas de las grandes urbes, y todo el tráfico se concentra en los subterráneos y autobuses; los taxis son insuficientes y sus precios elevados. Pasear por las calles es ya un placer inexistente; sólo en las grandes arterias —Champs Elysées, Piccadilly, Vittorio Veneto— es posible deambular con cierta holgura.

El aspecto de las casas es por lo general desaliñado; no se han hecho reparaciones en ellas desde hace años, y las fachadas aparecen hirsutas, como sin afeitar. De vez en cuando se perciben, sobre todo en Londres, las horribles mellas producidas por los bombardeos; pero también se ven muchas casas nuevas, especialmente en los suburbios ingleses, donde se han construído millares en serie.

Los parques y jardines —geométricos en Francia, orgánicos en Inglaterra, pictóricos en Italia— aparecen en general bien cuidados. En la

primavera europea, que llega con tanta regularidad como los trenes, las flores y plantas irrumpen con un frenesí estupendo, y al mismo ritmo inundan los parques las parejas amorosas, para las cuales no han cambiado los tiempos.

Las gentes que se encuentra en las calles están por lo general peor vestidas que antes de la guerra, aunque también se ven las elegancias de siempre en los barrios lujosos (Etoile, Mayfair). Se observa asimismo la misma desigualdad de antes en los trajes de las distintas clases sociales, a diferencia de la homogeneidad de América. El obrero sigue allí vestido de obrero, y hasta parece presumir de ello. Por su parte, los estudiantes manifiestan también su actitud antiburguesa en el desaliño de sus trajes.

La vida continúa siendo cara, pero los alimentos son más abundantes, y cada día se suprimen más restricciones. Sólo en Inglaterra siguen las limitaciones por haberse sometido a un régimen gastronómico casi espartano, en virtud del cual todo el mundo come más o menos lo mismo, con unos menús sencillos, por no poder pasar su precio de un tope fijo (cinco chelines).

En los escaparates de las tiendas se acumulan las mercaderías; pero cuando se pregunta por los precios se ve que son casi prohibitivos para la generalidad de las gentes. Sin embargo, los artículos usuales están más bien en baja a medida que aumenta la producción y la inflación disminuye. Lo mismo ocurre en los restauranes corrientes, en los que se perciben bajas notables en los últimos tiempos, pudiéndose hoy comer bastante bien en París por unos 400 o 500 francos y en Italia por unas 700 u 800 liras más o menos.

Los espectáculos, sobre todo los teatros y los cines de primera, son por lo general caros. En París continúa predominando el teatro existencialista y, como contrapeso, el de Paul Claudel. En los cines se ven películas inglesas estupendas como el *Hamlet* de Lawrence Olivier o los *Red Shoes;* en cambio llegan con mucho retraso las norteamericanas. Los conciertos sinfónicos son en todas partes tan abundantes como económicos y buenos, predominando la música clásica, sobre todo la de Bach y Mozart, que están en alza.

En el trato de las gentes se observa, especialmente en Francia, mayor amabilidad que antes; sin duda las penalidades de la guerra y la ocupación han influído en ello grandemente. En Inglaterra siguen reinando las buenas maneras; pero las dificultades económicas hacen que se practiquen menos las virtudes de su clásica hospitalidad, aun-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que se siguen recibiendo frecuentes invitaciones. La falta casi absoluta de servicio doméstico hace también muy penoso el trabajo de las amas de casa, en el cual colaboran también los hombres.

No obstante la carestía de los libros y las dificultades económicas se percibe un gran afán de leer en todo el mundo; es raro ver a nadie en los trenes de los suburbios (en los subterráneos es imposible) sin un libro en las manos. Los periódicos, con su tamaño reducido, se leen rápidamente en los hogares, y su lugar lo ocupan las revistas semanales. Las bibliotecas populares se ven llenas de gente, sobre todo en el invierno, por las deficiencias de la calefacción doméstica.

Asimismo, se ven muy concurridas las exposiciones. Para ver, por ejemplo, la de la Pinacoteca de Munich había que hacer cola o mirar los cuadros por encima de tres filas de cabezas durante los meses que estuvo abierta en el Petit Palais de París. Las "colas" constituyen un fenómeno general, y se observan no sólo en los cines, sino también en los teatros y conciertos. La gente está tan acostumbrada a ellas por las privaciones de la guerra y la postguerra que las consideran como la cosa más natural del mundo.

La vida económica constituye la mayor preocupación de todos. Aunque los sueldos y los salarios han aumentado dos o tres veces, la vida ha subido más, y todo el mundo tiene en su presupuesto ordinario de ingresos un déficit que se ve obligado a saldar entregándose a trabajos subsidiarios. De aquí que sea difícil encontrar gente con tiempo libre para hablar con ella; los escritores y profesores deben dar clases y conferencias complementarias, hablar en la radio, escribir artículos en los diarios, trabajar en las editoriales, etc.

La dureza de la vida económica se aumenta en Europa con los impuestos. Hay países como Inglaterra donde el fisco se lleva la mitad y aún más de los ingresos individuales. Sin embargo, está compensada en algunos aspectos como los servicios sociales, por los cuales todo el mundo, incluso los extranjeros, recibe asistencia y tratamiento médico gratuitos. Esto, sin hablar de los socorros de paro, jubilaciones, vacaciones, comedores, etc.

Desde luego no hay desempleo, sino que se observa más bien la falta de manos en muchos oficios y profesiones. Por ejemplo, en todas partes faltan maestros, por ser atraídos a ocupaciones más remuneradoras. Así ocurre también con las labores del campo y las minas, que ocupan a millares de extranjeros. Éstos sin embargo encuentran serias dificultades en las profesiones liberales. Las ciudades siguen atrayendo a los del campo, y cada vez se ven más mujeres en todas las actividades profesionales. Por otra parte, aumenta también constantemente el número de estudiantes en las escuelas y universidades, hasta el punto de constituir un grave problema encontrar profesores y locales suficientes. Muchos de ellos trabajan fuera de las horas de clase, y el número de becas aumenta cada día. En Oxford y Cambridge, antes patrimonio de los privilegiados, los alumnos becarios pasan hoy del 60 por 100.

En lo político se percibe una disminución de la tensión. A medida que mejora la situación económica —en gran parte debida al Plan Marshall—, los partidos extremistas pierden terreno y lo ganan los partidos medios. Lo malo es que éstos no ofrecen nuevos programas y perspectivas para el porvenir, sino que se conforman con ir viviendo. Pero los jóvenes, sobre todo, no se satisfacen con esta situación, y reina gran inquietud entre ellos. En Inglaterra, no obstante los últimos reveses locales electorales y económicos, no se vé más solución que el laborismo. En Francia baja el papel de De Gaulle al mismo tiempo que desciende la temperatura comunista, y en Italia conserva un predominio el partido social cristiano que causa inquietud en los elementos liberales.

Aunque la tensión internacional haya también disminuído, la gente sigue preocupada por los posibles conflictos. Desde luego se ven en todas partes —incluso en Inglaterra— soldados y armamentos. Sin embargo, las posibilidades de la guerra parecen hoy más lejanas, y aumentan las manifestaciones de cooperación internacional en todos los terrenos, sobre todo con el movimiento federalista europeo.

En el orden intelectual se perciben pocos cambios. Las universidades y demás centros docentes sufren de la falta de recursos; pero se trabaja en ellos intensamente sobre todo en el campo científico y técnico. Los profesores están mal retribuídos, y los estudiantes trabajan en condiciones muy duras. En educación se hacen bastantes experimentos, aunque parciales, salvo en Inglaterra donde se está aplicando la reforma fundamental llevada a cabo por la ley de 1944, no obstante las presentes dificultades económicas.

En el campo literario, se observa una crisis editorial, después de la inflación de los años siguientes a la guerra. Se produce menos que antes, pero quizá con mayor selección. Predominan los ensayos y estudios sobre cuestiones sociales, económicas y políticas, aunque también se publican muchas obras de filosofía e historia. En la novela

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

francesa parece que hay cierta crisis, después de los triunfos de los existencialistas. En Inglaterra hay un gran renacimiento en la poesía, en la que predomina T. S. Eliot. De Italia interesa especialmente la novela, que se difunde mucho en Europa. Pero lo más importante es la existencia en todas partes de una crítica literaria que orienta y anima a leer a las gentes.

En el orden moral, se observa de un lado cierto relajamiento en las costumbres de las masas, pero por otro un mayor rigor en ciertas minorías. En general se percibe también un acrecentamiento de la espiritualidad y de la fe religiosa, al mismo tiempo que una gran indiferencia y hostilidad hacia ellas en otros sectores. Las diversas confesiones, salvo la católica, tratan de llegar a una unidad, y todas acentúan el aspecto social de sus credos. Los jóvenes están más bien desorientados en este respecto.

La impresión general que se obtiene en una rápida visita a Europa es que la vida sigue siendo allí difícil y dura; que la gente está cansada de tanta penalidad como ha sufrido desde 1939 y que desea vivir en paz, aunque sin dejar de luchar por su subsistencia y el progreso general. Desde luego, la atmósfera intelectual es muy estimulante. Hay una presión en el ambiente que provoca siempre nuevas sugestiones y puntos de vista. Por otra parte, el trato individual con las gentes del oficio de uno incita a reconsiderar las ideas adquiridas. El profesional, el intelectual, en vez de estar dando siempre algo propio, recibe mucho de los demás y aumenta su caudal ideológico o técnico. En suma, el viaje a Europa resulta beneficioso y compensa el esfuerzo económico, que supone. Pues Europa sigue siendo Europa: con todas sus dificultades, la cabeza y el corazón del mundo.

Buenos Aires, julio, 1949.

LORENZO LUZURIAGA

SOCRATES, LA NATURALIDAD Y LA MUERTE

PARA ver el sol —dicen que decía Sócrates— es mejor estudiarlo en el agua. Para conocer la verdad sería, pues, preferible observarla en su reflejo, en su trasunto, en su representación, seguir el juego de sus formas en el temblor del tiempo, buscarla ahí donde no está sino en su imagen... Éstas y otras palabras —informes, leves, rápidas—

cruzaban por nuestra mente mientras Ruggiero Ruggieri paseaba, noches atrás, los pliegues de su túnica blanca por una escénica cárcel de papel pintado. Con una naturalidad perfecta, insuperable, el gran actor lanzaba desde la amplia barba socrática, a Critón, a Simias, a Cebes, a Fedón, las límpidas oraciones del diálogo platónico. Qué sencillez admirable, nos decíamos, qué suprema naturalidad en el acento, en el gesto, en la persona toda. En vano, tras el telón rojo, una voz se ha levantado minutos antes para comunicar a un público quizá inocente que aquel hecho a cuya representación iba a asistir aconteció hace aproximadamente dos mil quinientos años; en vano, pues la llaneza con que el actor encarna el personaje augusto lo trae a nuestro ámbito, lo introduce en nuestra viva realidad. Toda distancia entre lo que se está representando y el público ha quedado suprimida. El paciente marido de Xantipa se pone de pie, se acerca a un discípulo, luego a otro, interroga, responde, deduce, afirma; la voz cálida modula, convincente: "Si hay algo, Cebes, de naturaleza inmortal e imperecedera..." Sí, la ilusión de la realidad es completa.

¿Por qué, entonces, a medida que transcurre el espectáculo, esa sensación de proximidad se va convirtiendo en descontento sutil y creciente? ¿Por qué, cuando se acerca el momento en que el anciano, condenado por las leyes de su Ciudad, va a iniciar, lúcidamente, el gran viaje hacia las sombras, por qué la simplicidad misma del ademán ataja la emoción que las palabras memorables debieron provocar? Y he aquí que una respuesta furtiva se ha ido insinuando, instalando, afirmando, en el ánimo de algún espectador: lo que se interpone entre el Sócrates platónico y nuestra emoción es, precisamente, esa naturalidad absoluta del gran actor.

El reo se dirige a lavar su cuerpo para facilitar el trabajo de las mujeres que luego lo amortajarán, y la idea continúa, debajo de nuestra atención, su insistente trabajo: la naturalidad es olvido, es despreocupación, es no tener conciencia de aquello que estamos siendo. Es ser un cuerpo libre de la propia memoria. Es resbalar sobre nosotros mismos, es dejar que funcione solo, suave, instintivamente justo, el ciego mecanismo vital. Mas cuando llegan nuestra pasión o nuestra fe o nuestro ensueño a su culminación dramática, el dolor nos convierte en pura memoria, en peso conciente del irremediable pasado. En las altas horas de la vida, nuestra mirada, nuestro gesto, nuestra voz, carecen de naturalidad, como si cada uno de los momentos de nuestro cuerpo se hubiera quedado interceptado, sin continuidad, aislado dentro de sí mismo. Al pasar el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

alma a primer plano queda interrumpida la honda corriente vital que animaba nuestros movimientos; todas las manifestaciones de nuestro cuerpo quedan entrecortadas, alteradas, rotas. La carne ha pasado, de golpe, a ser intérprete de algo que la sobrepasa infinitamente; el cuerpo se siente desbordado por aquello que no entiende y ante cuyo misterio sus propias leyes caducan. En el dolor, no le queda al cuerpo más remedio que *representar*, que repetir cosas y gestos que le son, en cierta medida, exteriores; por ello, en la soledad de un cuarto sin esperanza, hemos insinuado, más de una vez, torpes gestos de teatro, insinceros, falsos, postizos. ¿Qué sabe nuestro pobre cuerpo simple de eso que le está aconteciendo? ¿Qué sabe de ese horrendo habitante, el sufrimiento; qué, de ese tremendo huésped, el deber? (Además, ante nadie *representamos* más cuidadosamente que ante nosotros mismos. Uno es, para uno mismo, el más importante espectador.) Pero hay algo más. Hay gestos humanos que son intrínsecamente anti-naturales. Y ninguno lo es más que aquel por el cual moriremos. Ese gesto no es un gesto; es otra cosa: es un pensamiento.

Después de haber bebido la cicuta, Sócrates, por indicación de quien ha preparado el veneno, camina de arriba abajo por la celda, lentamente, ante los consternados discípulos. Y, debajo de nuestra atención, sigue razonando nuestro descontento: la vida de este hombre no fué una vida, fué un pensamiento; se desenvolvió, lógica, segura, luminosa, fría, según las leyes de la razón que había inventado. Sí... ¿Era, acaso, natural, la vida de aquel hombre que tenía los pies puestos en un continente desconocido y la cabeza llena de los nuevos caminos que en el mundo virgen iba descubriendo, trazando, concibiendo, construyendo? ¿Era natural la vida de aquel hombre a quien "los campos y los árboles no enseñaban nada"? No obstante la insistencia platónica en subrayar la serenidad con que el maestro vió aproximarse el fin, podemos suponer que quizá no haya habido nunca muerte más pensada como espectáculo, más prevista como estampa, como legado visible, como testamento entregado por unas manos —casi pérfidamente, inhumanamente—, concientes de lo que hacían, a esa interminable sucesión de hijos de su espíritu que el maestro, con su misma muerte, engendraba.

Si representar es tener una conciencia objetiva, si es *verse*, si es tener una visión desde fuera de los propios gestos y palabras, toda muerte lúcida representa y teatraliza la Muerte. Todo el que muere concientemente, está mirando su muerte, está haciendo algo con ella, está queriendo que quede, está convirtiéndola en imagen, en lección, en mensaje. Y nunca hubo, quizá, más histriónica muerte que la de Sócrates. (Antonio Tovar llega a decir, en su tan erudita como inteligente interpretación del problema socrático, que había en él "una conciencia histórica sobrehumana"). Fuera así o no lo fuera, el hecho es que el fundador del racionalismo murió como si hubiera sabido que su pensamiento informaría veinticinco siglos de historia, casi como si supiera que nosotros ibamos a estar hoy —no es demasiado absurdo el pensarlo— muriendo de su vida.

"Critón, a Esculapio debemos un gallo..." Las palabras misteriosas quedan temblando sobre la figura inmóvil, inmóvil y tan natural como si un ligero sueño hubiera caído sobre ella, en la pálida luz amarilla de las candilejas.

CARMEN GÁNDARA

EL MOVIMIENTO DE LA IZQUIERDA CRISTIANA EN ITALIA

CUANDO se consideran los medios intelectuales italianos, es fácil tener la impresión de que el interés hacia los problemas teóricos de la política y hacia las construcciones y discusiones ideológicas, en estos últimos tiempos, hubiera tenido un notable decrecimiento en comparación con el fervor que, para estos temas, se demostraba en el período que siguió inmediatamente a la caída del fascismo. Esta impresión se debe a múltiples factores, por ejemplo, a la desaparición de algunos partidos pequeños, pero extremadamente activos en el campo intelectual, como lo fué el "Partido d'Azione", y al proceso de polarización por el cual muchas tendencias autónomas se han incorporado y cristalizado en los grandes partidos de masa. Éstos y otros factores, aunque expliquen por qué se tiene la impresión indicada, no demuestran la verdad de la impresión misma, la cual, a mi juicio, se refiere a un hecho que es más aparente que real. En efecto, si bien se observa, hoy, en Italia, el interés por los problemas generales de la política, aunque se ha reducido en su extensión, no ha disminuído en calidad y profundidad, si es, quizás, menos intenso y ruidoso en las columnas de los diarios y en las charlas de los cafés, es, sin embargo, igualmente vivo y activo en la producción editorial y en las colaboraciones de los periódicos y de las revistas de mayor responsabilidad e importancia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Algunos artículos aparecidos recientemente en una de estas revistas, la *Rivista di Filosofia* [1], por ejemplo, demuestran que sigue siendo vivo y activo el interés por la búsqueda y la aclaración de los fundamentos teóricos del comunismo cristiano que, entre 1940 y 1945, dió lugar en Italia a un movimiento y a un pequeño partido, llamado también de la "izquierda cristiana", partido que ha desaparecido y del cual creo que poco o nada se sabe en Latino-América.

De estos artículos y de este movimiento y partido que en el momento actual, después del decreto de excomunión de los comunistas, vuelve a despertar bastante la atención, creo interesante dar algunos informes que iluminan un pequeño aspecto de las preocupaciones y aspiraciones de la vieja Europa, que, a pesar de sus destrucciones materiales y de su aplastamiento espiritual, constituye hoy todavía, para el mundo entero, una fuente inagotable de ideas y de doctrinas.

En el primero de los artículos aludidos, donde se critica toda identificación de la religión con la ideología religiosa, Balbo examina detenidamente la concepción marxista. A su modo de ver, el marxismo al extender la razón científica, es decir la dialéctica materialista, hasta abarcar toda la realidad práctica y sensible del hombre, no podría, por eso mismo, pronunciarse directamente sobre problemas ontológicos, pero, de hecho, en su interpretación oficial leninista, se ha pronunciado también en este campo, ha dado un valor ontológico a la razón científica transformándola en razón científica absoluta, y ha llegado a la negación de toda metafísica y a la afirmación de un ateísmo radical. Según el autor, el marxismo-leninismo comete con eso un error algo parecido al que comete el hegelianismo que, por un lado, niega la religión real y la realidad metafísica, pero, por el otro, da un valor metafísico, y hasta teológico, a la idea, a la razón transcendental. Para evitar este error y para eliminar todo residuo de racionalismo, es necesario pues que el marxismo-leninismo cumpla una transformación dialéctica, realice, como dice Balbo, "un salto cualitativo" por el cual la razón científica absoluta sea reducida a razón científica simple; un "salto cualitativo" que signifique: continuación y reafirmación del marxismo, pero ruptura con todas sus implicaciones ontológicas y metafísicas; disolución de las distintas formulaciones históricas de la religión, es decir de las distintas ideologías religiosas, pero no por eso negación de la religión

[1] Felipe Balbo, *Religione e ideologia religiosa*, en "Rivista di Filosofia", abril-junio 1948, Augusto del Noce, *Marxismo e salto qualitativo*, id., julio-septiembre 1948, F. Balbo, *La filosofia dopo Marx*, id., enero-marzo 1949.

metahistórica, de la innegable realidad religiosa del hombre; eliminación de "las formulaciones históricas del cristianismo sin disolverlo; al contrario, conservando su unidad, es decir su vida y ofreciéndole las condiciones históricas de un desarrollo en todas las direcciones".

En el segundo artículo, Del Noce observa, por un lado, que el "salto cualitativo" del cual habla Balbo es inconcebible porque no puede realizarse en el interior del marxismo sin producir fatalmente la disolución del mismo, pero reconoce, por el otro, la exigencia de utilizar todos los elementos críticos del marxismo afirmando que éstos abren la posibilidad de un trabajo religioso no mistificado y de una purificación radical y profunda del cristianismo.

En el último artículo citado, que es el primero de una serie de próxima publicación, Balbo insiste en afirmar que la purificación del cristianismo puede realizarse sin salir del marxismo, y sostiene que después del "salto cualitativo", después de la renuncia a sus implicaciones metafísicas y ontológicas, (que significa, no ya disolución del marxismo, como piensa Del Noce, sino su necesario desarrollo) la filosofía tendrá una sola posibilidad: la posibilidad de volver a "la filosofía especulativa en el sentido del desarrollo históricamente nuevo y metafísicamente homogéneo de la línea aristotélico-tomista". En efecto, según Balbo, esta filosofía es "la sola filosofía que no se rinde a la crítica ni siquiera teorética de la praxis marxista... en cuanto no quiere dar un significado teológico al devenir, sino que trata de conocer el ser".

Quien considere estos artículos en sí mismos, sin pensar en los antecedentes políticos que los han generado, puede fácilmente suponer que se trate de simples discusiones académicas o de interpretaciones filosóficas rebuscadas y desprendidas de la vida viviente, y esta suposición parece confirmada por la forma difícil y pesada de la exposición que en algunos puntos resulta bastante obscura. Quien, en cambio, coloque estos artículos en el marco del movimiento de la izquierda cristiana al cual implícitamente se vinculan y en el cual uno de los autores, Felice Balbo, ha desarrollado un importante papel, se da fácilmente cuenta de que se trata de todo lo contrario. Se trata de un esfuerzo por aclarar los fundamentos teóricos de este movimiento, y desde luego de un síntoma de que este movimiento, aunque haya desaparecido como partido, sigue trabajando por el triunfo de sus aspiraciones y la realización de sus ideales.

Se puede decir que el movimiento de la izquierda cristiana tuvo sus

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

comienzos al principio de la última guerra, cuando la gran mayoría del pueblo italiano tenía la sensación clara del desastre hacia el cual lo estaba llevando el fascismo. Se formó, ante todo, un movimiento subterráneo que llevó el nombre de Partido de los Comunistas Cristianos y cuyo principal animador fué un joven de poco más de 25 años: Franco Rodano. El propósito de este movimiento era esencialmente el de incorporar en sus filas a los obreros que tenían conciencia de las exigencias económicas y sociales de su clase, pero que sentían además exigencias religiosas católicas. Este movimiento distinguió fundamentalmente la política, que se ocupa de los medios, de la Religión, que indica los fines, y declaró aceptar íntegramente la política comunista, pero rechazar la religión comunista, de aceptar el marxismo como metodología de la acción política, como materialismo histórico, pero rechazar el marxismo como concepción del mundo, como materialismo dialéctico. Formuló un programa todavía no muy claro donde los ideales revolucionarios de unidad proletaria y de supresión del capitalismo aparecían atenuados por "el reconocimiento de la originalidad del derecho de propiedad" y por el sueño de un nuevo orden que asegurara a todos los ciudadanos el derecho al desarrollo de su propia personalidad.

Inmediatamente después de la caída de Mussolini, el 25 de julio de 1943, el movimiento salió libremente a la luz del día, se constituyó en verdadera formación organizada y tomó el nombre de Movimiento de los Católicos Comunistas. Poco después, el 8 de setiembre del mismo año, la ocupación alemana obligó a éste, como a los demás movimientos políticos italianos, a volver a la vida y lucha subterráneas. Su campo de actuación fué en especial Roma y sus adherentes se hicieron bastante numerosos. Los obreros de algunas fábricas llegaron a caer bajo el directo control del movimiento. El 1º de mayo de 1944 los obreros del importante diario romano *Il Messaggero,* afiliados al movimiento, organizaron una huelga que tuvo pleno éxito. Los católicos comunistas llegaron a tener un diario, *La Voce Operaia*, que sacaba más de 5.000 ejemplares, y hasta dispusieron de una pequeña organización militar. Su acción fué coordenada, pero independiente de la de los otros partidos que luchaban contra la ocupación nazi alemana. En los momentos más difíciles y peligrosos de la lucha, los comunistas cristianos ofrecieron a la causa común sus héroes y sus mártires en un número proporcionalmente no inferior al de los otros partidos. En mayo de 1944 el movimiento intentó extenderse fuera de la Capital y envió algunos

representantes al norte de Italia, los cuales constituyeron y organizaron secciones en Turín y Milán.

En el mismo año 1944 los ejércitos aliados liberaron Roma de la dominación alemana. En seguida el movimiento volvió a actuar pública y libremente, y se organizó como Partido de la Izquierda Cristiana.

La doctrina y la actuación de este partido que se calificaba de cristiano no podían evidentemente pasar desapercibidas para las autoridades eclesiásticas. El 2 de enero de 1945, el *Observatore Romano* publicó la nota vaticana siguiente "Para contestar a muchas preguntas que nos han llegado, estamos autorizados a declarar que los principios y las tendencias de la llamada izquierda cristiana, a pesar del adjetivo que lleva, no están conformes con las enseñanzas de la Iglesia. Los que lo defienden y sostienen no tienen derecho a hablar como representantes del pensamiento cristiano y menos todavía lo tienen a pretender que los católicos que quieren el verdadero bien del pueblo se adhieran a su movimiento." Pocos días después, la dirección del partido de la Izquierda Cristiana publicó en la *Voce Operaia* una declaración donde aclaraba varios puntos de su programa y agregó un comunicado donde manifestaba la esperanza de que esta declaración hiciese desaparecer las dudas y los juicios desfavorables, rogando al mismo tiempo "en la forma más filial, que las autoridades superiores que con tanta providencial sabiduría rigen las suertes del mundo católico, quieran siempre benignamente indicar todos los puntos específicos del programa en el cual se encuentran posibles errores"; daba además "la completa seguridad de que siempre la Iglesia podrá confiar en la fidelidad absoluta de los trabajadores cristianos afiliados al partido de la Izquierda Cristiana". Como se ve, entre el nuevo partido y las autoridades eclesiásticas, no se puede decir que, en aquel momento, ocurriera una ruptura verdadera y propia, sino solamente que hubo una advertencia por un lado, y un acto de sumisión y devoción, por el otro.

La liberación de Roma, de todos modos, favoreció el desarrollo y la propaganda del partido en la Capital. En el Norte de Italia, en cambio, donde la opresión nazi-fascista se hacía todavía más violenta y feroz, el trabajo subterráneo del movimiento, que tomó el nombre de Movimiento de los Trabajadores Cristianos, encontraba cada día peligros y dificultades mayores. Éstos, sin embargo, no lo detuvieron en su camino y su actuación llegó a tener una importancia tal que en algunos comités de Liberación Nacional los trabajadores cristianos fue-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ron llamados a enviar sus representantes al lado de los otros partidos. La permanencia de los alemanes en el norte de Italia, como es sabido, no duró mucho tiempo, e inmediatamente después de la liberación de todo el territorio nacional, los representantes de los trabajadores cristianos del norte y de la izquierda cristiana de la Capital se reunieron en un congreso que, en julio de 1945, sancionó la unificación de los dos movimientos bajo el nombre único de Partido de la Izquierda Cristiana. Este partido así formado, estaba destinado sin embargo a tener una vida breve. Su posición de autonomía e independencia frente al Partido Comunista, por un lado, y frente al ala izquierda de la democracia cristiana por el otro, se hizo sumamente difícil, engendrando equivocaciones y confusiones peligrosas. Los mismos dirigentes se dieron cuenta de este hecho y reconocieron que su partido corría el peligro de trasformarse en una "brújula desviada" de la política italiana. En diciembre de 1945, en el segundo y último congreso, después de haber escuchado la palabra acalorada y convincente del líder Franco Rodano, decidieron la disolución del partido mismo, aconsejando a los afiliados actuar en las filas de la Confederación General del Trabajo y en el Partido Comunista.

El órgano oficial del Partido Comunista Italiano *L'Unità* comentó el hecho el 14 de diciembre de 1945, en un interesante editorial. Según este editorial, la muerte del Partido de la Izquierda Cristiana, poco importante por el número de sus afiliados, pero notable por la riqueza y la fuerza de sus aspiraciones, tenía que ser considerada "con atención y juzgada con serena simpatía". Este partido había querido resolver un problema de extrema importancia: el de las masas trabajadoras católicas deseosas de salir fuera de los viejos partidos confesionales para acercarse a partidos de orientación social distinta y para organizarse en forma independiente y en manera capaz de desarrollar hasta el final sus exigencias democráticas de libertad y justicia. Su error ha sido el de creer que el catolicismo pudiera separar los intereses y los ideales entre los trabajadores católicos y los no católicos. Su disolución constituía la prueba de la imposibilidad de que el factor religioso pudiera provocar una separación entre las masas populares, "la prueba de que el problema religioso no podía convertirse en Italia en un problema de división política".

Después de la disolución del Partido de la Izquierda Cristiana, no todos, pero muchos dirigentes y afiliados se incorporaron al Partido Comunista o, por lo menos, apoyaron su acción. Esto fué posible especialmente porque en Italia el Partido Comunista incluyó en su estatuto el artículo siguiente: "Pueden inscribirse al Partido todos los trabajadores honestos de ambos sexos que tengan 18 años de edad, independientemente de la raza, de la fe religiosa y de las convicciones filosóficas. Todo miembro del Partido tiene que aceptar el programa político y el estatuto del Partido, y trabajar en una de sus organizaciones". (Art. 2).

A pesar de estar hoy en gran parte incorporados al Partido Comunista y ser, desde luego, fieles ejecutores de su programa y de sus directivas, me parece que se puede decir que muchos de los ex-afiliados de la Izquierda Cristiana conservan una fisonomía propia, un carácter particular destacado. Confirman, quizás, este hecho, no sólo los artículos de Balbo que hemos examinado y que expresan exigencias filosóficas y aspiraciones religiosas inconfundibles con las de la gran mayoría de los comunistas, sino también, un cierto espíritu indefinible, casi imperceptible, que hace suponer que en algunos de ellos sobreviva en forma acaso inconsciente, el recuerdo de los tiempos en que, como cristianos de izquierda, querían que la clase obrera saliera de su aislamiento para actuar en una democracia con base muy ampliada y afirmaban que, si para el marxismo "la libertad es el simple resultado de un desarrollo político-económico", para ellos, como para todos los cristianos, es también "un hecho de conciencia al cual se llega por caminos muy distintos de los marcados por la dialéctica materialista".

Cuando, el 13 de junio del corriente año, salió el decreto del Santo Oficio que aplica la excomunión a los comunistas, en Italia volvió a recordarse el movimiento de la Izquierda Cristiana. Algunos lamentaron su desaparición afirmando que, en las actuales circunstancias, este movimiento hubiera podido cumplir una importante tarea incorporando en sus filas a todos los comunistas que no querían dejar de ser fieles católicos. Otros observaron en cambio que nada podría hacer en el momento presente la izquierda cristiana porque, desde el punto de vista de la Iglesia, la negación de los sacramentos es más justificada para sus adherentes que para los comunistas mismos. En efecto, hasta ahora, generalmente, una condena tan grave ha sido reservada a los que abordan temas relacionados con el orden de la Iglesia, con materia de dogma y de liturgia, y, por lo menos en Italia, los comunistas han limitado su actuación al campo político, mientras que la Izquierda Cristiana

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

encaró evidentemente un tema del específico dominio eclesiástico afirmando la posibilidad de conciliar la doctrina comunista con la católica; afirmación que la Iglesia, fiel al patrimonio de su propia doctrina, tiene que rechazar con la máxima energía.

Parece que el decreto de excomunión no ha perturbado sensiblemente a los ex-afiliados de la Izquierda Cristiana incorporados en el Partido Comunista. Rodano había tenido anteriormente una condena de carácter personal. Todos, creo, han quedado firmes en sus posiciones: siguen sosteniendo la posibilidad de distinguir la política de la religión y, apoyándose en el artículo 2 del estatuto del Partido, siguen proclamando su doble calidad de católicos y de comunistas. Y esta actitud es explicable cuando se considera que el decreto del Santo Oficio, determinado por razones de oportunidad política, trata de definir y aclarar posiciones contingentes, pero no resuelve en forma satisfactoria el problema fundamental que la izquierda cristiana se ha planteado, no elimina el hecho incontestable que ha generado el movimiento: el hecho de que la exigencia de transformar radicalmente la estructura económica y social de la sociedad presente es sentida también por almas profunda y sinceramente cristianas; el hecho de que el anhelo de realizar la revolución proletaria no contrasta, en muchos casos, con la fe y la práctica religiosa.

En el esfuerzo por explicar este hecho, en la preocupación por resolver este problema, está el mérito incontestable de la izquierda cristiana, pero su error consiste, a mi juicio, en el hecho de haber identificado las exigencias religiosas y políticas indicadas con dos doctrinas filosóficas determinadas, y de haber vinculado además estas doctrinas con dos organizaciones que actúan en la historia: la Iglesia católica y los partidos Comunistas. La conciliación del tomismo con la doctrina marx-leninista puede indudablemente intentarse, pero, como aparece también en los artículos de Balbo, resulta siempre algo artificioso y rebuscado. El apaciguamiento, y hasta la conciliación, de la Iglesia Católica con los Partidos Comunistas podría desde luego realizarse, pero tendría siempre, a mi juicio, un carácter transitorio y contingente.

Dijimos que los comunistas católicos han quedado firmes frente a la condena de la Iglesia porque saben que esta condena es debida a razones transitorias de oportunidad política, es decir, a los graves acontecimientos ocurridos en la Europa oriental y a la necesidad presente de fortalecer las defensas contra la penetración del comunismo en occidente. Ellos no deben sin embargo olvidar que son igualmente razones

de táctica política las que han conducido al Partido Comunista italiano a no tomar actitudes anticatólicas y hasta hacerse, en los años pasados, en cierto modo, el responsable del carácter confesional que ha asumido la República Italiana puesto que apoyó con su voto, en forma decisiva, la inclusión de los Pactos Luteranos en la nueva Constitución.

Hoy, en Italia, la Iglesia católica ha acercado su programa y su acción a las tendencias liberales y democráticas, pero no hay que olvidar que hace años actuó enérgicamente contra los liberales, los democráticos y los monárquicos. Hoy, en Italia, la Iglesia defiende la libertad y condena los regímenes autoritarios, pero pocos kilómetros fuera del territorio del país, en tierra de España, no tiene indudablemente esta actitud como no la ha tenido en los siglos pasados cuando defendió los privilegios en contra de los movimientos revolucionarios. No podemos indudablemente negar la posibilidad de que en un porvenir quizás lejano la Iglesia Católica se apacigüe y hasta coordine su acción con los partidos comunistas, pero, este hecho que tendría indudablemente, como los anteriores, un carácter de oportunidad y transitoriedad, ¿podría satisfacer a los hombres de la izquierda cristiana?

De la contestación a esta pregunta podríamos deducir el valor transitorio o permanente del movimiento que hemos examinado.

RENATO TREVES

Turín, agosto 1949.

FANTASIAS, SUEÑOS Y MUERTE

QUÉ ideal o qué desdén sostiene a quienes reaniman para el público moderno una obra clásica y les permite vencer el vacío en el cual, estéril, cae su empresa? Risas y desaprobación, admiración desconfiada y desconcertada, apoyo agresivo; el cómodo mote de "enfant-terrible" o el genérico de "Es una película Orson Welles", rodearon el estreno de *La tragedia de Macbeth*. Hermoso halago para una vocación. Pero el director, habituado al ostracismo, filma en Italia una historia de las catacumbas.

Welles no es original por su técnica sino por su propósito de dar al cine un contenido trascendente, filosófico —¿por qué no?—, crítico,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

artístico (intenta crear un arte, en el que toda la película, y no una o dos escenas, tenga el valor permanente de un buen cuadro). Y también, por su audacia y su vigor, que lleva al espectador al límite de su resistencia.

Técnicamente, sus techos bajos, la escenografía equiparada a la interpretación, sus encuadres limitando con el absurdo, lo filian al cine expresionista alemán: Murnau, Dreyer, Lang. Toma de ellos y de cuantos conoce, lo que considera estable. En *Macbeth*, el prólogo está inspirado en *Crimen sin Pasión*, la plástica no ha desdeñado la enseñanza de Eisenstein, y la fotografía usada como medio de comunicar estados de alma, pudo originarse en *Justicia Divina* o *El hombre que reclamó su cabeza*. Nada de esto le importa si sirve a sus fines. Welles es un teorizador que se manifiesta en imágenes movibles y bajo tal aspecto, y no como cineasta, debe juzgársele.

En *La tragedia de Macbeth* nos muestra qué es lo que él ha visto en el drama, las conclusiones que ha extraído; y toca al crítico opinar hasta qué punto ha seguido el pensamiento de Shakespeare o le ha sido infiel.

Los que discuten el derecho de trasladar a un lenguaje expresivo distinto las grandes creaciones literarias, han censurado a Welles su adaptación. Tan infiel puede ser una película que siga paso a paso el texto teatral como una traducción literal de un poema que niega a su esencia poética la resonancia del nuevo idioma. Olivier, en *Enrique V*, logró una estupenda creación, una confusa línea argumental y una variación escenográfica —que iba desde los manuscritos iluminados a los Gobelins— más amplia que la que permitía el escenario, pero una producción en la cual el cine contaba como elemento secundario, como posibilidad fotográfica de trasladar el *Old Vic* a cualquier parte del mundo.

Welles cree que la cinematografía, al ampliar los recursos, puede mostrar el alma de la obra y desarrollarla hasta su última intensidad. Desnaturalizando, por ejemplo, la carnalidad de las actrices que hacen las brujas, o descomponiendo en planos y partes la figura del rey, reducido a una sola referencia visual en el escenario. Con este concepto ha hecho una adaptación del drama en el que la secuencia cinematográfica sustituye la arquitectura teatral, permitiéndose introducir escenas que sólo están enunciadas, desdoblar o inventar otras y transformar algún monólogo en diálogo. ("Thou hast it now: King, Cawdor, Glamis, all").

La muerte del barón de Cawdor lleva el propósito de presentar el castigo del hombre que ha cometido el mismo crimen que Macbeth va

a cometer y la escena —única importante introducida por Welles— de la renuncia a las pompas del mundo, en la que Lady Macbeth representa la tentación, permite ahondar en el conflicto del pecador y el pecado, del crimen y la infelicidad, del poder y el castigo.

La intromisión de la figura del sacerdote, o mejor, la transformación de Ross en un sacerdote (aunque en la película figuren ambos) obedece a la investigación histórica, de la que deberán cuidarse los que achaquen excesiva licencia al director, que busca así concretar elementos comprimidos en la atmósfera del drama. Macbeth reinó en 1050 y Shakespeare vivía la conmoción de un cisma por voluntad real. Al tratar un tema escocés en época isabelina no podía tocar un asunto tan candente sino por alusión, que debía ser clara para el pueblo.

El espíritu religioso, que Welles traduce en fotografía, como los simbólicos emblemas de los soldados y los cascos de Malcolm y Macduff que opone en la escena final a la corona bárbara del rey, está implícito en la tragedia, cuyo espíritu es violento, pero de ningún modo anglicano. Conviene recordar a Schlegel cuando señala el genio de Shakespeare para captar el espíritu de los pueblos que describía. Welles, al suprimir la carga isabelina de la armazón teatral, desbroza la intención y deja puro el carácter escocés medioeval representado. Croce afirma claramente el fondo ético-religioso de *Macbeth*: "Pero a la par de tales o cuales vicisitudes, y por encima de ellas, la conquista o la pérdida de la propia alma, la lucha que en el seno de las cosas llevan a cabo el bien y el mal." "Los personajes son más que individuos, posiciones perennes del espíritu humano".

En general las supresiones están encaminadas a clarificar la unidad en el tema central. Las pruebas de Malcolm en la escena del acto IV, que probablemente se debiera a cuestiones temporarias, como observa Mackail, no inciden sobre la tragedia, ni tampoco el recitado de la batalla al rey Duncan, necesario en la escena pero que surge claro de la presentación del film, en el que la lealtad de Macbeth se destaca por los honores que recibe. En cambio, aunque quitada con igual fin, me parece errónea la supresión del pasaje en que Duncan nombra a Malcolm su heredero, porque en Shakespeare este episodio decide en mucho la acción de Macbeth. Estas escenas suprimidas o agregadas, que no afectan el fondo del drama, lo vigorizan cinematográficamente.

Tampoco lo alteran las modificaciones. Por ejemplo, el que Macduff deje a su familia en poder del rey y no en su castillo de Fife, no cambia el hecho esencial. Welles busca con ello una simbólica indife-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

renciación de lugar y rehusa dar una explicación a esa presencia (hubiera sido fácil: por la llegada de Duncan o el regreso de los combatientes). La aparente contradicción que existe, luego de la escena del banquete, cuando Macbeth se sorprende de que Macduff no haya asistido al convite, puede interpretarse como que en ese momento, aún en la alucinación, el rey decide su muerte. Resulta difícil aceptar la posibilidad de un descuido, sin una segunda intención, en esta escena o en otras como la que presenta la sombra de los soldados contra el cielo o aquella en que se quiebra el lechoncillo de utilería.

Todo esto es discutible pero no anti-shakespeariano. Veamos la interpretación:

Hazlitt se quejaba de que en su tiempo no hubiera un actor capaz de parecer "like a man that had encountered the weird sisters". Welles presenta no sólo un hechizado sino un endemoniado.

Como director de la película extiende su interpretación personal a todos los roles. Los actores prestan su rostro a su inspiración. ¿Desfigura Welles los rasgos esenciales de los personajes?

Sí, en lo que a Banquo se refiere (por el gesto y por el tono en que dice), pues despoja al personaje de su nobleza, para convertirlo en un testigo cínico de su propio devenir y de la tragedia que crece.

Intenta aclarar el carácter recto de Macduff presentándolo como el arquetipo del señor feudal, justo, fiero, para quien la esposa es un accidente —así lo insinúa con la escena del primer encuentro en Inverness— frente a los problemas más graves de su lealtad. Shakespeare no da ninguna explicación del abandono de la familia, a pesar de la pregunta de Malcolm a Macduff, sino que se limita a mostrar que para éste, el haber permanecido junto a Macbeth hubiera sido una traición.

Lady Macbeth y su esposo reflejan fielmente los estados pasionales de la obra. El obsesivo primer plano de Macbeth no es narcisismo ni deseo de desplazar a segundo término la figura de la reina. Por el contrario, es en este detalle donde Welles ha sido más fiel a Shakespeare. La tragedia está conducida por Lady Macbeth que la desencadena— por esto su voz semeja la de las brujas—, pero el campo experimental del poeta es el rey y en su cara deben transmitirse los estados que azuza la reina (en la escena de la coronación el escudo que sirve de espejo, refleja el alma).

Welles muestra cómo la acción cometida sobrepasa las fuerzas de Lady Macbeth, que las había sobrevalorado. No hay en ella signos

de arrepentimiento, que serían anti-shakespearianos, sino el horror de no poder librarse de las sombras que la obseden. Al convertirla en testigo presencial, se limita a desarrollar las frases que en el acto V indican los motivos de su delirio. La escena del beso, único momento de ternura del film, subraya el amor de ambos, rasgo verdaderamente noble que Shakespeare les permite.

El conflicto de Macbeth, que vacila y lucha entre su ambición, su lealtad innegable al comenzar el drama, y el temor supersticioso, cambia de esencia cuando invoca a las brujas para que le aclaren su destino. Welles convierte esta invocación en un pacto con el demonio, pues en ella Macbeth acepta los poderes maléficos. A partir de esta escena los terrores del rey son provocados por ese pacto, imposible de romper, y sus vacilaciones por el ultrajado espíritu leal de otrora, ya que —considerándose invencible— no pueden provenir del temor de muerte a manos de hombre no nacido de mujer. El encadenamiento y la superación de sus crímenes le indican que va recorriendo un descenso al abismo que le abre su ceguera —para destacar este aspecto demoníaco se lo presenta asesinando a los hijos de Macduff— y por esto la muerte es para él una liberación que le ha envidiado a Duncan y que acepta sin arrepentimiento, pues ni aún en esos momentos puede determinar si hizo mal "y él no se dá ni se quita la razón".

El monólogo "to morrow, and to morrow...", dicho con el acento escocés que se emplea en toda la película y que termina por producir una exasperación muy del gusto del actor-director, se dice sobre un fondo de nubes (otra vez el símbolo) para preparar la culminación final, en la que no hay batalla, pues Welles enfrenta la justicia con el mal, a la par que el choque de dos religiones. La muerte del Ross-sacerdote (el golpe de maza es de extraordinario efecto) previa a la muerte de Macbeth deja en pie el problema de la lucha del bien y del mal, resuelta transitoriamente por el espíritu de la justicia —Macduff— que es la venganza contra la injusticia (y por esto no puede ser definitivamente justo).

Welles solamente se separa de Shakespeare en la presentación del film, del que suprime los cánones isabelinos que aparecn en la conformación teatral del drama (el personaje de Hécate —de tradición senequista—, largos monólogos, exigencias religiosas, escenarios sugeridos) al ponerlo en una época idealmente posible o mejor, en una atmósfera correspondiente.

El desconcierto para el espectador está basado casi enteramente en la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

escenografía y el vestuario. Éste fijado, con influencias asiáticas probables, en la primitiva época sajona.

La escenografía, de conformación teatral wagneriana, es difícil de filiar porque está estilizada con una intención simbólica. Hay momentos en la terraza del castillo en que aparece una insinuación del "Stonehenge". La fotografía de plástica romántica y la iluminación, que prescinde del día y la noche para acompañar el ánimo de los personajes (por esto, aunque Duncan observe un aire primaveral, éste no aparece en un clima cargado de crimen), concurren en mucho al desconcierto.

La escenografía imprecisa y el vestuario bárbaro pero preciso, se chocan sin que el espectador advierta de dónde le llega esa primera sensación de incomodidad, previa a la que le produce la violencia de la acción. ¿Qué se propone Welles con este vestuario desmesurado y esta escenografía simbólica? Rodear a los personajes, extraídos del castillo isabelino, de un escenario tan monstruoso como el crimen que se va a cometer, para dejarlos suspendidos, sin ninguna ayuda o asidero familiar que los distraiga de sus sentimientos primarios, en una atmósfera hostil, en la que la mano del hombre no ha intervenido ni hecho mella.

Y también, para crear, adoptando una arquitectura simbólica, la indiferenciación de lugar, convirtiendo a los tres castillos, Inverness, Forres y Dunsinane, en uno sólo; en una trampa donde las brujas han encerrado a los personajes.

La música de Jacques Ibert, digna de su autor. El preludio y el avance del bosque son afortunados. El compositor no ha desechado la enseñanza de Prokoffieff en Alejandro Nevsky, sin que naturalmente, las partituras se asemejen.

En resumen. Welles no ha faltado a Shakespeare sino a la configuración teatral isabelina. Ha extraído del conflicto ético una conclusión religiosa y nos ha brindado un nuevo estudio, el mejor de los que anualmente se publican sobre el poeta.

Los críticos —especialmente los ingleses, en quienes hay un cierto instinto de propiedad invadida— han reaccionado contra esta concepción. Si la obra de arte permitiera sólo una interpretación, sería un valor de época y no de eternidad. Barrault triunfó al hacer un Hamlet burlón, irónico, mental, huxleyano, marcado en la traducción por el estilo de Gide (que abominó de este film). La conclusión de una trascendencia religiosa en la obra es posible porque esencialmente no incide, sino que ahonda, el problema ético que la mueve.

El film merece la opinión de Hazlitt sobre *Macbeth*: "The whole play is an unruly chaos of strange and forbidden things, where the ground rocks under our feet". A lo que Orson Welles podría responder: "Bien, ¿y por qué no?". "A genuine criticism should, as I take it, repeat colours, the light and shade, the soul and body of a work." [1]

HELLEN FERRO

CORREO LITERARIO DE PARIS

UNA antología poética, sobre todo si alcanza a un largo período de tiempo y comprende numerosos autores, es poco probable que dé satisfacción a las exigencias de todos y que no suscite la disconformidad o la censura de bastantes. En primer lugar, es difícil hallar la unanimidad sobre el método que debe seguirse; pero principalmente en la selección, primero de los autores y su orden, después de las composiciones más representativas de cada uno, es donde los criterios resultan siempre más dispares. El recopilador no puede prescindir por completo, sería contra natura, de su propia sensibilidad para acertar con un juicio enteramente objetivo, suponiendo que en la apreciación de los sentimientos poéticos pueda haber una medida aceptada por todos. Por éso el juicio crítico sobre una antología poética tiende a considerarla más o menos buena o más o menos mala, pero nunca perfecta.

No puede decirse que el tomo de 800 páginas que acaba de publicar André Gide con el título de *Anthologie de la poésie française* (La Pléiade, Gallimard) haya encontrado tampoco el asentimiento general. Es más, críticos que no puede decirse que tengan por principio una prevención antigidiana han sido severos para esta antología que, sin embargo, conociendo a Gide y los años que ha dedicado al trabajo, puede decirse que ha sido llevada a cabo con todo desinterés y escrupulosidad Son pocas las muestras de la poesía simbolista; se concede demasiada importancia a poetas que no lo merecen según algunos; hay desmereci-

[1] "El drama entero es un indomeñado caos de cosas extrañas y prohibidas, donde la tierra vacila bajo nuestro pies". "Una crítica genuina debería, a mi parecer, repetir los colores, la luz y la sombra, el alma y cuerpo de una obra". William Hazlitt: *Characters of Shakespeare's Plays*; Oxford University Press.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

miento de otros de mayor valor, que es lo más grave que puede decirse de una antología poética.

El propio Gide ha creído necesario explicarse en una carta dirigida a André Billy: "En la *Antología* que he preparado durante veinte años concedía a Banville una parte más importante y citaba de él, con gran placer, ciertas piezas desconocidas de los jóvenes de hoy y que estimaba susceptibles de asombrarles y seducirles. El editor, no contento con pedir por cada cita derechos excesivos, creyó poder limitar y guiar mi selección. La misma aventura en cuanto a Leconte de Lisle, Heredia, Mme. Ackermann, en fin para todos los autores de su casa. Me indicó los únicos poemas que yo estaba autorizado a citar: de Heredia tres sonetos sólo (yo quería citar siete), de Leconte de Lisle sólo dos poemas con el número de versos contados... He luchado en vano. He tenido que adaptarme y reducirme, falseando el sentido de las proporciones que yo quería mantener a toda costa."

Estas manifestaciones de Gide, demostrando la verdad de que hay editores abusivos, aclaran algo, pero no son una justificación completa. Una explicación en el prólogo hubiera salvado por anticipado estas objeciones. De todas maneras, con los reparos a hacer y los criterios de interpretación, André Gide nos ofrece una antología de la poesía francesa que habrá que consultar siempre.

La pasión política se ha integrado frecuentemente en el genio de la canción de la poesía de todos los tiempos. El "engagement" del poeta ha vibrado en sus poemas y la fuerza del ritmo ha expresado el sentimiento de una posición ante la sociedad o sus inquietudes. El vate se definía ante grandes concepciones y su rebelión adquiría un impulso que era más idealista por ser menos concreta su aspiración. Frente a la composición en tributo personal del dominador del Momento, Victor Hugo se identificada con los grandes ideales humanos y su vena fulminaba contra la tiranía. Actualmente nos hallamos con una poesía definidamente de propaganda política, a cargo de algunos de los mejores poetas de lengua francesa. La influencia de la sensibilidad poética queda limitada por los fines del proselitismo.

En el número del mes de junio de la revista *Esprit*, cuyo equipo en medio de la tormenta partidista se esfuerza por mantener la ecuanimidad, polemizan Georges Mounin y Albert Béguin a propósito de las últimas producciones poéticas de Louis Aragon y Paul Éluard. El punto de

partida ha sido un juicio de Gaetán Picon en el propio *Esprit*, según el cual los *Poèmes politiques* (1948) de Paul Éluard no tienen el valor de su *Capitale de la douleur* (1926). La distinción del crítico no ha sido del gusto del grupo literario que se cree aludido, y Mounin se ha encargado, más o menos voluntariamente, de defender a los jefes de su escuela y, por tanto, el propósito que les anima. "El miedo a la política es a veces el comienzo de la ceguera crítica... Porque hay obras maestras eluardianas en *Poèmes politiques*. Obras maestras que hablan justamente la misma lengua y que las prolongan". Para Mounin, la actual incomprensión de la crítica ante la literatura de Louis Aragon, Éluard y su grupo es la demostración de que "no es la primera vez que la *crítica* está ausente en la inauguración de las grandes obras de arte". Y llega a decir: "Pienso en todos aquéllos que dieron cuenta, en sus publicaciones, del *Rendez-vous allemand* de Éluard y de *Poésie ininterrompue* porque los ministros comunistas estaban todavía en el gobierno..."

Con argumentos semejantes, el diálogo polémico de buena fe no es necesario, pero Albert Béguin responde bien y correctamente: "Lo que me desagrada no es que Claudel salude a un mariscal o un general, que Aragon exalte su partido. Es que se me pida considerar como poesía, lo que, siendo discurso, sólo puede reclamar la convicción y el acuerdo *moral*."

Por nuestra parte nos bastará agregar, para que el lector juzgue, que el poema de Éluard, "Dans mon beau quartier.., que Mounin tanto encomia, comienza así:

"Habito el barrio de la Chapelle
Y el periódico de mi célula se titula:
Los Amigos de la Calle os hablan...
No se vende, se distribuye.

La aparición de *Olivia* (Stock), por Olivia, traducida por Roger Martin du Gard y con un prólogo de Rosamond Lehmann, era suficiente para que la curiosidad de los medios literarios se despertara en busca de quién podía ser Olivia, la autora. Tanto más cuanto que la obra es de una inspiración exquisita, de una sensibilidad amorosa serena y al propio tiempo apasionada, escabrosa y púdica a la vez. Es la historia de un amor de muchacha, de un amor de adolescencia; el amor puro. "Olivia", joven de dieciséis años, nacida de una antigua familia inglesa, viene a París a hacer sus estudios y se aloja en una pensión de señoritas. Descubre

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

primero el amor a través de su pasión por una de las directoras, Julia, la cual está ligada por una amistad, probablemente pura, pero apasionada, con Cara, la segunda directora. Una noche Cara es hallada muerta en su cama. Las causas de su muerte no se conocerán. Julia se separa de Olivia, que, finalmente, comprende la verdad: "El único amor de su vida era esa forma inmóvil que yace arriba, en el lecho mortuorio."

Pero, identifiquemos a Olivia, la escritora. Bajo este amoroso nombre se oculta la señora Dorothy Simon Bussy, que tiene en la actualidad ochenta años de edad. Durante cincuenta años ha sido la confidente y la traductora al inglés de los más eminentes escritores franceses: André Gide, Martin du Gard, Jean Schlumberger. Casada con el pintor francés Bussy, ha vivido desde entonces casi siempre en Francia, aunque ha hecho con frecuencia viajes a su casa de Inglaterra. De su gran amistad con los escritores franceses es una prueba el que Gide la cita numerosas veces en su *Journal*. Por ejemplo: "Durante la guerra, mientras los Bussy están refugiados en Niza y André Gide termina en Túnez su traducción de *Hamlet*, es ella quien le aconseja, y a pesar de la agitación de los mares se prosigue la correspondencia más precisa y más difícil sobre el sentido de una palabra o de un verso shakesperiano." Educada en el lujo y la rigidez victoriana, casada con un artista puro, compartió la existencia de todos los escritores de vanguardia y fué una embajadora de las Letras francesas en Inglaterra y de las británicas en Francia. *Olivia* fué escrita hace veinticinco años, y se dice que Gide aconsejó a la autora que no la publicase. Recientemente, Martin du Gard descubrió el original y se encargó de la traducción.

Le Figaro Littéraire ha dado por terminada su encuesta sobre la moral en la literatura, empresa sugerida por François Mauriac como reacción contra el auge de la literatura sartriana. Las opiniones han sido muy dispares y la encuesta ha estado limitada a los jóvenes escritores de menos de treinta años. Justo es decir que la mayoría de ellos no se ha mostrado tan escandalizada como el académico Mauriac por la actual orientación de la literatura francesa. Resumir los juicios emitidos sería imposible, y por ello nos limitaremos a concretar los que han expresado diferentes matices, y tal y como *Le Figaro* les ha hecho aparecer a manera de lema, aunque prescindimos de los nombres y los designamos por su condición:

Un surrealista: "Sólo una cosa tiene importancia: la libertad humana... Es necesario rehabilitar las fuerzas instintivas." Un testigo de los desesperados: "Sino estuviéramos tan solos ante los dédalos del porvenir..." Un individualista: "Es en el fondo de la abyección donde la pureza aguarda su hora." Un cristiano: "Es necesario un psicoanálisis cristiano." Un pagano: "El artista debe emanciparse de toda moral." Un sacerdote: "El cultivo de lo anormal sería la condenación de la nación, porque una nación no puede vivir sin normas morales." Un comunista: "Queremos una literatura sana que cante la grandeza del hombre." Un licenciado en Letras: "No es la literatura lo que debe cambiar, sino el mundo."

De los jóvenes escritores franceses, Hervé Bazin es seguramente el que está destinado a más brillante porvenir. Se reveló hace un año y alcanzó gran notoriedad con su *Vipère au poing*. Ahora Grasset ha publicado su nueva obra: *La Tête contre les murs*. La primera novela es amarga y sombría. Hay una cierta brutalidad en la historia de la familia que describe, y no es difícil averiguar que la pura ficción va unida a la autobiografía. Transpiran todas sus páginas como una especie de sentimiento personal, pero descubren también un gran escritor.

La Tête contre les murs se desarrolla en un manicomio, lo que quiere decir que Bazin sigue dando preferencia a los temas violentos, puesto que el mismo título no es utilizado simbólicamente, sino al pie de la letra, como la locución proverbial relativa a la desesperación de un hombre encerrado. Arthur, el protagonista, antes de cumplir los veinte años se evade de casa de su padre, juez de instrucción. Durante cuatro años vive de la explotación de viejas damas entusiastas de su belleza, hasta que un día decide saquear la casa de su progenitor; pero el auto en que huye después del robo tropieza en un árbol, y su padre le encuentra medio muerto. Para evitar el deshonor familiar, el juez de instrucción, su padre, le interna en un manicomio. A partir de este accidente, Bazin nos hace asistir a la vida de Arthur durante veinte años.

Una de las mayores preocupaciones de los medios literarios y editoriales franceses después de 1945, es la pérdida de influencia de la cultura francesa en el extranjero, sobre todo en los países de América Latina. Esta disminución del radio de expansión cultural francés se manifiesta sobre todo por la menor venta de los libros franceses y por un aumento considerable de la expansión de la literatura en lengua inglesa. Para tratar de encontrar medidas susceptibles de mejorar la situación, en 1947 fué nombrada una "Comisión del libro francés en el extran-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

jero", presidida por Eduardo Herriot, y de la que forman parte: Georges Duhamel, Maurice Bedel, Julien Cain, Jean Cassou, Jules Romains, Vercors, Maurice de Bloglie y otras personalidades políticas, además de algunos editores.

Los trabajos de esta Comisión han sido muy laboriosos, como lo indica el hecho de que hasta el mes de julio de 1949 no se han dado a conocer los resultados de su trabajo. Independientemente de las tareas de la Dirección de Relaciones Culturales para divulgar el libro francés en el extranjero, los principales acuerdos de la Comisión se refieren a dar facilidades a los editores para la exportación. Todos los representantes han coincidido unánimemente en el principio fundamental de que el Estado no tiene que intervenir lo más mínimo en lo referente a la producción, a la creación. Se concederán anticipos a los editores sólo con la previa presentación de las facturas visadas por el Sindicato. De esta manera los editores percibirán inmediatamente del 70 al 80 % de sus ventas al extranjero, en lugar de esperar un año como ocurría muy frecuentemente ahora como consecuencia de las dificultades para las transferencias de moneda. Se harán también anticipos a los editores que lancen colecciones de valor literario o científico. La Administración de Correos admitirá un mayor peso en los paquetes de impresos. La Oficina de Cambios dará en lo sucesivo más facilidades que hasta ahora.

Indudablemente estas medidas facilitarán bastante más que en el pasado la exportación del libro francés, y responden a los deseos de todos los franceses de que se considere al libro como un mensajero de cultura y se le deje paso franco. Pero no hubiera estado de más que este criterio ultraísta en cuanto se refiere a la difusión del libro francés por el extranjero, se aplicara también a la difusión del libro extranjero en Francia, que también es un vehículo de cultura. En este dominio, los importadores de libros argentinos en Francia podían facilitar elocuentes informaciones sobre las trabas que encuentran.

Cada día que pasa un nuevo autor francés, antiguo o moderno, es puesto en el índice por los rusos. Últimamente le ha tocado el turno nada menos que a Mallarmé. Sus *Poemas* habían sido editados en alemán en Leipzig, pero un bombardeo destruyó todo lo que quedaba de la edición. Acaba de reeditarse. La prensa berlinesa bajo control soviético ha comentado la nueva edición diciendo que está destinada a "pálidos estetas y a los aficionados a la poesía incomprensible". Según dicha prensa, "el editor no ha sabido interpretar los deseos del cielo que ha destruído

la primera edición con la ayuda de bombas americanas". Indudablemente, a los lectores rusos y de las "democracias populares", no se les ofrece más lectura de poesía francesa que las composiciones de Aragon y de Éluard.

De un semanario literario traduzco textualmente el siguiente *eco*: "Salvador Dalí ha recibido a sus amigos parisinos en Neuilly, en los jardines del hotel particular de Arturo López. El cocktail fué regio. Doce criados vestidos de gris daban el champán. Ante el patio del hotel había cien millones de francos de Cadillac. Estábamos muy lejos de los tiempos del café con leche de Montparnasse. Todo el mundo vió los bigotes en punta del pintor surrealista, pero nadie se dió cuenta de la cama de Luis XIV que el señor López —el hombre más fastuoso de París— ha instalado en su dominio. Se decía con este motivo que Arturo López ha comprado el maravilloso hotel luiscatorcesco con el solo objeto de alojar dignamente su cama real."

A medida que el cine se desarrolla más, es lógico que dé lugar también a una mayor bibliografía, sea de los "scenarios" de las películas célebres o de crítica e historia. Últimamente la colección titulada "Les Classiques du Cinema Français" ha publicado los "scenarios" de *Les Amants de Vérone*, de Prévert y Cayatte y *Le Corbeau* de Chavance y Clouzot; los diálogos de *La Grande Illusion* de Spaak y Renoir y de la *Symphonie pastorale* de Aurenche y Bost. Como "películas relatadas" se ha editado *Printemps de la liberté*, de Grémillon; *Le Docteur Laennec*, de Jean-Bernard Luc; *Le Sorcier du ciel*, de Jean-Charles Reynaud y *L'Homme aux mains d'argile*, ed Marcel Rivet. Las obras *Ana Karenina* y *Fabiola* han sido reeditadas con fotografías tomadas de las películas.

En el campo del ensayo, de la historia, de las memorias, han aparecido recientemente: *Cinema par ceux qui le font*, por Denis Marion (Fayard); *Hollywood d'hier et d'aujourd'hui*, por Robert Florey (Prisma Editions); *Cinema de France* por Roger Régent (Editions Bellefaye); *Le Cinema scientifique français*, por el Dr. Thévenard y G. Tassel (Editions de al Jeune Parque); *Les Cent Visages du Cinema*, por Marcel Lapièrre (Grasset); *Le Cinema, son art, son technique, son économie*, por Georges Sadoul (Bibliothèque Française); *Index de la Cinématographie française 1948-1949* y *Annuaire du Cinema*.

JUAN ANDRADE

París, agosto, 1949.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

NOTAS DE LIBROS

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: *El Señor Presidente*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1948.

La crítica de esta novela de Asturias debe situarla en el momento literario de su elaboración, 1922 a 1932. El Modernismo —signo americano del siglo XX— quiebra el tono de la novela, hasta entonces —romántica, realista, naturalista, o en límites del costumbrismo— vuelta en cada nación hacia los problemas más típicos, tanto, que, a veces, se adelantó al análisis de los ensayistas contemporáneos, disponiendo el material que éstos interpretaron. Con el Modernismo sólo quedan dos posibilidades narrativas: la confesión autobiográfica o la reconstrucción histórica o exótica (que muchas veces incluye violentamente a la primera). Esta reacción literaria, singular desquite contra el medio, impuso un cuidado especial de la expresión; de este hecho surgirá una motivación importante: el ennoblecimiento literario de rasgos idiomáticos regionales, como lo practica, por ejemplo, el Lugones de *La guerra gaucha*.

En esta dualidad, concertada por el talento narrativo de Asturias, se elaboró *El Señor Presidente*, síntesis de formas anteriores e intensificación de algunas modalidades nuevas genialmente adoptadas.

El asunto se inicia en despliegue de ambientes y cosas abundante de matices pintorescos (culminación refinada del costumbrismo que subyace en casi toda novela de América), para adentrarse pronto en la mostración de los personajes, seguidos con pulcritud de crónica colonial: el hombre y el vestido, la palabra y el gesto, la conducta y su posible explicación. La complejidad aumenta con el distono creciente de las voces populares —coro crédulo de la vida americana— que comentan las distancias entre lo que se cree o defiende y la mentira que se sostiene en la realidad de sus dirigentes. Por eso los personajes no son cínicos, ni ingenuos: no lo es el Señor Presidente, explicado retrospectiva y menudamente (pág. 208); no lo es el protagonista, Miguel Cara de Ángel, "bello y malo como Satán"; tampoco el irredimible Farfán, ni los personajes populares que proliferan en animación bullanguera, colorida y olorosa: cada uno de ellos aparece como en la ordenación de una farsa clásica, a la que se agrega la conciencia de un mundo comprometido en donde cuesta descubrirse a sí mismo, como descubrir a los demás Las figuras de la farsa —"en que bailaban todos" según el favorito Mi-

guel— luchan por completarse en íntegra realidad de carne y alma. Humanización de héroes y villanos que ocurre a la vista del lector, no del coro engañable y engañoso que reproduce primaria, por tanto efectivamente, los rasgos de tanto fraude americano.

La técnica se ciñe con seguridad al problema narrativo: desde el primer capítulo, con la lustral suciedad de los mendigos en el Portal del Señor, se adelanta el asunto en el comentario sobre el Señor Presidente, ya múltiple e inevitable —"cuyo domicilio se ignoraba porque habitaba muchas casas a la vez, cómo dormía porque se contaba que al lado de un teléfono con un látigo en la mano, y a qué hora porque sus amigos aseguraban que no dormía nunca (pág. 14)—, dueño de un "pueblo que se creía condenado a la esclavitud y al vicio" (pág. 54); va avanzando desde la noche que se desvanece en la ciudad con la fuga del *Pelele*, hasta la aparición del protagonista, Miguel Cara de Ángel, que une el mundo popular con el orden forzado del Palacio Presidencial, en donde está el Señor Presidente —"vestía, como siempre, de luto riguroso: negros los zapatos, negro el traje, negra la corbata, negro el sombrero que nunca se quitaba; en los bigotes canos, peinados sobre las comisuras de los labios, disimulaba las encías sin dientes, tenía los carrillos pellejudos, y los párpados como pellizcados" (pág. 37). Hombre que, según el inmediato comentario del favorito, "debería gobernar un pueblo como Francia, o la libre Suiza o la industriosa Bélgica, o la maravillosa Dinamarca... Pero Francia... Francia sobre todo... ¡Usted sería el hombre ideal para guiar los destinos del gran pueblo de Gambetta y Víctor Hugo!" (pág. 38). Después de esta interesada mostración, puede actuar el personaje, seguro en el mundo de la novela, estructurada según el rigor de categorías que sostienen el dramático andante del asunto.

La misma decidida intencionalidad, que incluye ambientes, personajes y trama, en este orden decreciente de interés, se conserva en el desarrollo total de la novela. La trama, elemento de menor importancia, asegura los choques sucesivos —causales más que casuales— del protagonista con todos los órdenes sociales: Señor Presidente, esbirros presidenciales, clérigos, militares, gente del pueblo. De esta manera se descubre la individualidad del protagonista al mismo tiempo que se completa la crítica social. Porque el acierto mayor de Asturias está en que el difícil equilibrio de formas estéticas no ahoga su indignación de ciudadano de América. Este sentimiento se manifiesta ya en la aparente objetividad con que se anotan los hechos, pero irrumpe en la voz de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciertos personajes: ya la esperanza carnal de la mujer de pueblo —"No era posible que lo fusilaran [a su marido] hombres así, gente con el mismo color de piel, con el mismo acento de voz, con la misma manera de ver, de oír, de acostarse, de amar, de lavarse la cara, de comer, de reír, de andar, con las mismas creencias y las mismas dudas" (pág. 205); ya la confianza perdurable del que va a morir, comentando la frase programa del estudiante: "¡No debemos rezar, tratemos de romper esa puerta y de ir a la revolución!"; ya el planteo político del desterrado General Canales (pág. 180). Desesperada confrontación con los medios de halago al Señor Presidente: "cometer un delito", o "ultrajar públicamente a las personas indefensas", o "hacer sentir la superioridad de la fuerza sobre la opinión del país", o "enriquecerse a costillas de la Nación" (pág. 164). Se definen así los dos mundos que forman la oposición agónica de la novela.

Falta señalar el elogio del lenguaje, hecho ya por la justa Gabriela Mistral: "novela única, escrita con la facilidad del aliento y del andar de la sangre por el cuerpo". Cabría añadir que esta difícil concordancia corresponde al aliento y la sangre de los personajes de Asturias, no a hombres reales de ningún lugar de América. Asturias ha logrado así esa lengua hispanoamericana con importantes fundamentos narrativos en *Tirano Banderas*, 1926. En Valle Inclán se nota más el esfuerzo, el cuidado minucioso que se recarga de arcaísmos o impone pintoresquísimas formas nuevas; este nivel es en *El Señor Presidente* más americano, tanto español como indígena, y actual, sobre todo en el aprovechamiento de formas orales de las distintas regiones de América.

Dentro del alto nivel del idioma, abundan los hallazgos —sintácticos como lexicales— en cada capítulo: rumor de campanas (pág. 11); delirios del *Pelele* (pág. 13, 22 y ss.), de *La Chabelona* (pág. 82 y ss.), o de Niña Fedina (pág. 108 y ss.); sueño de Camila (pág. 165 y ss.); discurso de *La Lengua de Vaca* (pág. 90 y ss.); diálogo en la cárcel (pág. 185 y ss.); obsesión del tiempo soledoso (pág. 246 y ss.). Y, en general, todo momento de fuerte tensión espiritual. La misma dimensión trágica se acumula en las comparaciones y metáforas, ya en mostración de lugares, ya de personas.

Novela recargada de material humano y literario, idiomáticamente desbordante y jactanciosa, ejemplo dolorido de una América barroca, distinta a España.

JUAN CARLOS GHIANO

LEOPOLD VON RANKE: *Pueblos y Estados en la Historia Moderna*, Fondo de Cultura Económica, México, 1948.

VINO a ser, por encima de toda comparación, el más grande escritor histórico de los tiempos modernos, no sólo porque fundó el estudio científico de los materiales y porque poseyó en un grado no superado el temperamento crítico, sino porque su capacidad de trabajo y su longevidad le permitieron producir un mayor número de obras de primera calidad que a cualquier otro escritor. Él afirmó en Europa la supremacía de la erudición alemana; y nadie se ha acercado nunca tanto al historiador ideal", nos dice de Ranke el historiador de la historia G. P. Gooch.

Este criterio, compartido seguramente por la conocida editorial mexicana, ha movido a la publicación de este volumen que debe interpretarse como un homenaje al historiador alemán. En efecto, el libro puede definirse como una antología rankeana, motivada por la justificada admiración que su genio suscita, todavía hoy, a cincuenta y dos años de su muerte.

Como todas las antologías, es arbitraria y discutible. La obra de Ranke —como apunta Gooch— fué muy extensa y, aunque orientada especialmente en el terreno de la historia europea de los siglos XVI y XVII, también se relaciona con la *Historia Universal* (especialmente en su obra monumental iniciada en 1880 y que su muerte interrumpió seis años más tarde con la teoría y la técnica de la historia, siendo el que echó las bases de esas reflexiones que cultivaron tantos autores después del Romanticismo. Estas características, dificultan cualquier labor de selección, y en especial ésta se traba por el envejecimiento de las tesis de interpretación histórica, pues Ranke, contemporáneo del movimiento socialista y liberal, no aprovechó sus aportes —hoy indiscutible— a las ciencias históricas.

El volumen comprende por su orden: 1) Prólogo e introducción de "Geschichten der romanischen und germanischen Völker"; 2) las conferencias 1, 2 y 19 de las pronunciadas ante Maximiliano II de Baviera; 3) un artículo publicado en la *Revista histórica y política* intitulado "Las grandes potencias"; 4) "Los papas", selección publicada originariamente en la obra "Príncipes y pueblos del sur de Europa"; 5) una larga selección —140 páginas— tomada de *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation;* 6) la segunda parte de "Die und die spanische Monarchie im 16. und 17. jahrhundert'; 7) unas 100 páginas sobre Fran-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cia de la obra publicada entre 1852-1861; 8) Inglaterra está representada por fragmentos del libro correspondiente a la serie sobre Europa en la Edad Moderna, y textos extraídos de conferencias citadas anteriormente; 9) 30 páginas sobre Cruzadas, del tomo VII de la Historia Universal de Ranke (en la "Justificación bibliográfica" dice XII seguramente por error); 10) páginas sobre "Historia y política" (conferencia académica), "Historia y filosofía" (manuscrito póstumo incluído en las obras completas) y páginas autobiográficas (dos cartas y apuntes dictados en 1885). El título finalmente, aunque inexistente en la bibliografía de Ranke, recuerda a casi todos los suyos.

El material es parcialmente conocido en español. Como prólogo se reproduce el cap. VI del libro de G. P. Gooch *Historia e historiadores en el siglo XIX*, que la misma editorial publicó en 1942; el trabajo sobre los Papas, está en *Historia de los Papas* que con tanto éxito se diera al público español en 1943 y la parte dedicada a España ya fué publicado hace dos años también en México.

La selección no tiene un propósito simplemente biográfico, para mostrar la ruta recorrida por el historiador, ni tampoco sus concepciones generales sobre la historia, o en una escala menor sobre los siglos XVI y XVII en Europa. Dentro de los numerosos problemas que desarrolló Ranke se eligieron como temas centrales: el equilibrio y la unidad de las naciones de Occidente y el problema de la edificación del orden y el poder del Estado, de actualidad y futuro discutibles para la historiografía. Naturalmente que la selección es no sólo fiel al criterio elegido, sino que además salva con facilidad todos los obstáculos que se levantan frente a esta clase de trabajos.

Dentro de esa limitada mirilla —impuesta por los textos recogidos, su criterio, etc.— Ranke emerge con caracteres que reafirman para el lector versado el juicio de su exégeta Gooch. Hubiera sido interesante dar a conocer los trabajos de Meinecke sobre el genial historiador; dentro de la selección realizada, las preguntas del lector sobre sus motivaciones, no siempre encuentran respuesta, y se sospecha un propósito subyacente de dar un panorama de Europa en la Epoca Moderna.

La traducción del avezado Wenceslao Roces, así como el aparato bibliográfico, irreprochables. Lo mismo la presentación tipográfica del volumen, en que la editorial supera el tipo corriente de sus ediciones.

CARLOS M. RAMA

ROBERT CAMPBELL: *Jean-Paul Sartre o una literatura filosófica.* Traducción de F. Ruiz Llanos. Ed. Argos, Buenos Aires, 1949, 269 pp.

INTELIGENTE y equilibrado libro el de Campbell, que en pocos trazos y sin robar profundidad a la exposición, fija los puntos esenciales del pensamiento de Jean-Paul Sartre. Matiza acertadamente su labor con una serie de fragmentos de novelas de Sartre, con lo que lleva al conocimiento del gran público uno de los aportes literarios más valiosos del autor de *Les Mouches*. Bajo el título de "Querellas existenciales" trascribe el pensamiento de varios adversarios de Sartre, entre otros el de Gabriel Marcel y el de Alquié, concluyendo el libro con la afirmación de que Sartre preconiza una nueva forma de individualismo radical.

Se trata —expresa Campbell— de alcanzar la vida auténtica a través de la libertad. Eso no excluye que en otra parte agregue que en Sartre "todo pasa 'como si', cautivo y confeso de la libertad, fuese también el prisionero aunque clandestino de la inteligencia". Campbell lo corrobora en otra parte más, cuando a propósito de la oposición de los cartesianos acepta que Sartre pertenece sin embargo a la "tradición francesa de Descartes". La inocencia de esta afirmación hace sospechar que el irracionalismo de Sartre es en definitiva un 'no-intelectualismo' que agota toda su actitud crítica en el problema particular de la inteligencia.

No obstante la ferviente adhesión de Campbell, creemos que el sistema de Sartre no vale por ser sartriano. Sabemos de dónde procede la maquinaria interior de su filosofía. Por otra parte lo que queda como propiamente original de Sartre escapa a toda premisa filosófica. Mucho habría que hablar si se hiciera un examen de su filosofía a la luz de la sociología y se escrutara los móviles posibles de sus principios. Sus pensamientos originales —diseminados casi siempre por sus novelas— proceden de una postura demasiado cotidiana: se trata en el fondo de que no nos vuelvan a sorprender en nuestra buena fe y para ello el mejor remedio es la libertad. Actitud sabia, pero no filosófica, por más que Sartre pretenda abarcar la filosofía científica. Le pide a la filosofía un fundamento metafísico para la libertad pero no rebasa los límites del escritor de novelas psicológicas. Alcanza su objetivo, aunque en otro terreno —y con esto nos topamos con uno de los caracteres más notables de Sartre, en el que precisamente se funda su popularidad—, con el análisis de la banalidad que lleva implícito el fin social inmediato de la libertad de las determinaciones y la elección siempre subjetiva de una norma

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de conducta. Para ello se sumerge en la banalidad de tipo baudeleriano que completa en dimensión filosófica con el análisis existencial.

Eso hace que Sartre no tenga mucho que ver con la metafísica. Ella es en su obra un axioma no escrito de su sistema o en todo caso un axioma adquirido. Donde mejor se desenvuelve Sartre es en la comidilla de la gran ciudad en donde tomando por base el existencialismo retoma un antiguo camino. Su popularidad no radica así en su análisis de la existencia, sino en que continúa la tradición de Villon, Rimbaud y Baudelaire, en quienes el conocimiento de los entretelones de la gran ciudad se mezcla con actitudes negativas e insociables, en las que el hombre por ser víctima de su libertad lo es también de la ciudad y en las que la brillantez parisién sondea siempre en el subconsciente social alguna conclusión sobre la existencia. Conclusión heroica como en Rimbaud y en Villon, o pasiva y demoledora como en Baudelaire o en Sartre.

No obstante queda en pie su individualismo —quizá demasiado primitivo—, la teoría de las emociones y algunos que otros conceptos que la inteligencia prodigiosa de Sartre esparce por sus obras. De lo demás quedará la capacidad de análisis, la actitud inteligente y una perpetua necesidad de renovar los mitos envejecidos.

R. Kusch

LA CARAVANA INMOVIL

"Orfeo" y la fauna indomesticable

Bajo este título de clara reminiscencia mitológica pudiera alegorizarse la réplica dada por John Lehmann, encabezando el segundo número de su hermosa revista *Orpheus* (Londres, 1949), a cierto oponente de *Soviet Literature*. *Orpheus*, sin embargo, no tiene nada políticamente provocador. Al contrario, del mismo modo que las demás revistas fundadas por el gran "animateur" de las letras británicas John Lehmann —*New Writing, New Writing and Daylight, The Penguin New Writing*— se mantiene en una pura línea intelectual y logra desmentir hasta cierto punto el insularismo inglés, abriendo sus ventanas a paisajes superfronterizos. En el caso particular de *Orpheus* cabe destacar su belleza artística, su cualidad de revista-libro, garantizando mediante su encuadernación y su atuendo cierta perennidad a los textos que recoge. Pero quizá también estas circunstancias ennoblecedoras hayan contribuído a irritar el ánimo del camarada Zenkevich, insensible a las modulaciones del Orfeo londinense, quien reanudando los dicterios de Elistratova contra *Horizon*, acusa a *Orpheus* de artificial, reaccionario, decadente y otras lindezas. "Separados del pueblo, de los problemas urgentes del día —agrega Zenkevich— estos poetas y artistas decadentes producen obras artificiosas, fantasmales, reaccionarias". "Por contacto con el pueblo —replica Lehmann— deberá entenderse ciega aceptación de las doctrinas moscovitas del realismo socialista, y por los problemas urgentes del día la descripción de la lucha de clases deformada por Moscú para servir a sus propios intereses de poderío mundial".

Mas dejando a un lado historias inacabables, más nos interesa alabar la armoniosa coordinación de escritos que presenta *Orpheus*. El propio John Lehmann nos da un excelente ensayo sobre Henry James, Rex Warner escribe *El espíritu europeo en la literatura* y Donat O'Donnel sobre *El Fausto de Georges Bernanos*. Cuatro poetas, Edith Sitwell, Norman Nicholson, Louis MacNeice y Georges Barker se aplican a estudiar las imágenes poéticas y Michael Midleton traza un panorama de la pintura italiana contemporánea, ilustrado con reproducciones.

"Cultura" del Brasil

Cultura es una publicación oficial que no lo parece. Con esta simple distinción queda hecho el mejor elogio de la nueva revista *Cultura*, publicada por el Servicio de Documentación del Ministerio de Educación y Salud del Brasil en Río de Janeiro. El primer número de esta excelente revista cuatrimestral (septiembre-diciembre 1948) en vez de estadísticas contiene ideas; en vez de apologías interesadas, meditados ensayos sobre arte, ciencia, historia y litertaura. Renato Almeida traza un cuadro muy completo y objetivo de "América y el nacionalismo musical", W. H. Harnisch escribe sobre "Goethe y el Brasil" y Otto María Carpeaux sobre "Shakespeare y la condición humana". *Cultura*, en una palabra, es una revista oficial bien orientada, pero no "dirigida".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Mitos y complejos agresivos en la Alemania moderna

Tal es el título atractivo y nada decepcionante del estudio que publica un especialista en cosas germánicas, Robert Minder, en *Psyché* (núms. 21-22 de 1948, París). Se trata de un estudio de psicología colectiva con ciertas aplicaciones psicoanalíticas, donde su autor "valoriza el mito de los germanos que corresponde a una extraordinaria activación de un complejo sádico-agresivo en los alemanes contemporáneos".

Toma como punto de referencia los *Nibelungos*, epopeya escrita en el siglo XII, que desde 1880 se transformó en la epopeya nacional de Alemania. *El anillo de los Nibelungos* de Wagner marcó su consagración. Pero mientras hasta 1918 el héroe fué Sigfrido, después se operó una transferencia a favor de Hagen, ya que a los alemanes no les bastaba la imagen simple y relativamente idílica del primero; necesitaban lo apocalíptico. "Hagen —escribe Minder— es un asesino universal. Mata a Sigfrido porque éste ha traicionado un secreto del rey; más tarde matará también al rey, temiendo que éste traicione otro secreto, el secreto del tesoro de los Nibelungos oculto en el Rhin. Mata a muchas otras personas o hace que sean asesinadas; pero conserva siempre la particularidad de sentirse a la vez *culpable y puro*. No se siente inocente —se ríe de la inocencia—; se sabe culpable, pero culpable sólo metafísicamente, puesto que en sus peores actos de destrucción se dejó guiar siempre por un principio superior; la vieja y terrible ley de la tribu, la ley de la raza. Con una disciplina feroz obedece a los mandatos del clan. En él descubrimos, como en los alemanes de su especie, una ambivalencia fundamental. Un sadismo, sí, más aún, un sadomasoquismo gigantesco que con la misma ferocidad sabe desencadenarse y sabe obedecer. Esto explica, en último término, una especie de nihilismo trágico, o aquello que los filósofos alemanes, partiendo de Hagen, han llamado "la aceptación germánica del destino". Pero ya se trate de Hagen o de Sigfrido, el fenómeno es el mismo: dichos héroes literarios salieron hace tiempo de la zona de la literatura pura, mezclándose íntimamente con la vida cotidiana y adquiriendo jerarquía de imágenes conductoras en el sueño despierto del yo colectivo".

Ahora bien —concluye Minder— este mito extravertido y agresivo coexiste con el mito de la inferioridad alemana, muy cierto y ramificado también. Pero "el error capital de los alemanes era —y es— creer que lograron refundir verdaderamente ambos mitos, creando así un tipo de hombre universal, activo y especulativo a la vez, y por ello destinado a regenerar el mundo. Y el error de ciertos ocupantes consiste en creer que pueden separarse artificialmente los dos mitos, volviendo sencillamente al mito intravertido y políticamente masoquista de la Alemania de los pensadores y los poetas".

Conformismo y rebelión en la juventud alemana

Complementario del estudio reseñado, con miras y ejemplos actuales, es otro de Gilbert Gadoffre en el mismo número de *Psyché*. "No se comprenderá —escribe dicho autor, también con vocabulario psicoanalítico— la fuerza de hechizamiento del nacionalsocialismo si no se ve en él una especie de sueño despierto, bastante parecido a ciertas manifestaciones del autismo; un acceso de esquizofrenia colectiva

que da a sus víctimas la seguridad y el equilibrio infalible de los sonámbulos. Pero supondría una falsa tranquilidad creer que los alemanes jóvenes de hoy son seres inofensivos porque sueñan. Si la idea del Paraíso S. S. se hundió bajo los escombros del régimen, otra le ha sucedido: la de una apocalipsis occidental, consecutiva a la guerra entre los Dos. La mayoría de los prisioneros jóvenes interrogados durante la campaña de Alemania creían en la inminencia de las hostilidades entre Rusia y América; algunos llegaron a decir, que ya habían comenzado, pero que se les ocultaban. No puede afirmarse que deseen una conflagración que haga de Alemania el principal campo de batalla, ni siquiera los nómadas que no tienen nada que perder en la aventura; y no se avanzará mucho en el análisis del caso agregando el gran número de angustias y de deseos inconscientes que se mezclan en tal suposición. En estos casos es cuando puede medirse la insuficiencia total de las nociones de temor o de deseo para explicar ciertos fenómenos; trátase ante todo de una imagen, de una especie de arquetipo muy antiguo que no hubiera tenido necesidad de Wagner o de Spengler para hacerse familiar a las imaginaciones alemanas; el arquetipo del Apocalipsis de un mundo exterior malo —pues con la perspectiva del autismo el mundo exterior es necesariamente malo— que sepulta todo bajo él y deja sólo sobrevivir a un pequeño número de predestinados, los cuales podrán encontrarse al fin solos".

Por su parte, Robert d'Harcout en un estudio sobre el mismo tema —que en las revistas francesas pulula hoy día, naturalmente—, inserto en la *Revue de Paris* (febrero 1949), transcribe numerosos testimonios de jóvenes alemanes que por una vía más realista llegan a no muy distinta conclusión. He aquí las palabras de uno de ellos: "La democracia, de la cual todo el mundo habla y nadie define, no es un remedio contra el deslizamiento de la humanidad en la barbarie. En Alemania el cristianismo fué el único frente de resistencia contra el nazismo. Pero ¿dónde están hoy en el mundo los verdaderos cristianos? Reconocemos nuestras faltas, pero esperamos la misma confesión por parte de nuestros vencedores. Nadie está curado hoy. El absceso se halla en todas partes; sólo ha estallado en Alemania, en Rusia y en Italia. El verdadero nombre del mal, llámesele bolchevismo o nazismo, es materialismo". Cierto, pero al cabo ello supone una evasión por la tangente, que viene a confirmar las características del autismo alemán, señalado por los psicoanalistas de *Psyché*.

Nuevas cartas inéditas de Unamuno

La imagen de Unamuno sólo quedará verdaderamente acabada cuando se logren reunir y publicar algunos volúmenes conteniendo el mayor número posible de las cartas que D. Miguel, generoso, incoercible epistológrafo, prodigó a amigos y a espontáneos durante toda su vida. Después del conjunto de las diez cartas dirigidas a Juan Arzadun que *Sur* publicó en sus números 119 y 120, el conjunto más importante dado a la luz es el que viene insertando la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (núms. 7 y 8 de 1948), reunidas y prologadas por Hernán Benítez. Aun más, este conjunto supera en interés a los anteriores porque su colector ha creído también oportuno insertar las réplicas del corresponsal unamuniano: en este caso, un coterráneo, D. Pedro Jiménez Illundáin, hombre de negocios, pero también de espíritu.

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Véanse si no algunos de sus párrafos: "Hay en *Paz en la guerra* —escribíale a fines del pasado siglo; las cartas se extienden de 1897 a 1922— una atmósfera de misticismo que denota en usted un alma profundamente religiosa en su irreligiosidad. Es, o demuestra serlo, un ateo-místico, un escéptico-creyente, una cosa rara, en fin, que me explico, pero que no comprendo bien. Créame usted a mí: debe usted ponerse en cura. Tal vez unas cuantas duchas frías por dentro, en lo hondo del alma, le librarán de esa debilidad religiosa que padece usted de nacimiento".

Y Unamuno, por su parte, barajando proyectos y confidencias: "Preparo unas *Meditaciones evangélicas*, y entre ellas hay una, *El mal del siglo*, en que desarrollo el hecho de que hoy entristece a las almas el nihilismo, la perspectiva abrumadora de la nada ultramundana. Si todos estamos condenados a volver a la nada, si la humanidad es una procesión de espectros que de la nada salen para volver a ella, el aliviar miserias y mejorar la condición temporal no es otra cosa que hacerles la vida más fácil y cómoda, y con ello más sombría la perspectiva de perderla; es la infelicidad de la felicidad. Nos hemos obsesionado de razón, como si la bondad íntima no fuese un órgano de relacionarnos con la verdad, más poderoso acaso que la razón, que de las meras relaciones no pasa".

Y en otro párrafo: "Lo que ante todo y sobre todo deseo es libertad, libertad, verdadera libertad. Libertad, que es ser dueño y no esclavo de sí mismo. Libertad, que consiste en ser como sea y no como los demás quieren hacerme. Porque la perdición de todo el que se muestra al público es que en torno a su sujeto íntimo, el que se desarrolla desde dentro a fuera a partir del eterno núcleo, nos forma el mundo otro sujeto, depositándonos capas de acarreo, un sujeto constituído de fuera a dentro, un caparazón que acaba por conquistar el íntimo. ¡Qué admirablemente describió San Pablo la lucha de estos dos sujetos, de estos dos hombres que llevamos todos!".

Pero quizá lo más interesante de este epistolario sea el diálogo entre dos personajes muy unamunianos, el rigurosamente incrédulo y el libremente creyente, representados por Jiménez Illundain y Unamuno. El primero, por ejemplo, le interpela: "Sigue usted creyendo que el mundo actual se preocupa ante todo del problema religioso, y no es exacto. Del problema religioso, en lo que tiene de relación con un credo, nadie se preocupa seriamente. Todo pensador sabe a qué atenerse en este particular. Las religiones actuales son una supercheria..." Y Unamuno replica, mezclando el tema con otros: "Más que hacer dramas para el público, quiero hacer público para los dramas... La popularidad no me atrae. Creo que exageran ustedes al suponer que a nadie o casi a nadie preocupe el problema religioso. Y hay que verterlo en la forma de una religión concreta, en cada país y tiempo, la de allí y la de entonces. Lo demás es fría filosofía, y eso sí que no me atrae".

INDICE

	Pág.
Las generaciones y sus constantes existenciales, por S. *Serrano Poncela*	1
La unidad de las letras europeas, por *Wladimir Weidlé*	29
El destino histórico como forma genealógica, por *Miguel de Ferdinandy*	45
El Tajo, por *Francisco Ayala*	59
Europa 1949, por *Lorenzo Luzuriaga*	88
Sócrates, la naturalidad y la muerte, por *Carmen Gándara*	92
El movimiento de la izquierda cristiana en Italia, por *Renato Treves*	95
Fantasías, sueños y muerte, por *Hellen Ferro*	103
Correo literario de París, por *Juan Andrade*	109

NOTAS DE LIBROS

Miguel Ángel Asturias: "El Señor Presidente", por *Juan Carlos Ghiano*	116
Leopold von Ranke: "Pueblos y Estados en la Historia Moderna", por *Carlos M. Rama*	119
Robert Campbell: "Jean-Paul Sartre o una literatura filosófica", por *R. Kusch*	121
La caravana inmóvil	123

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ESTE DÉCIMOSEXTO NÚMERO DE

REALIDAD
Revista de Ideas

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 31 DE AGOSTO DE 1949

EN LA
IMPRENTA LÓPEZ
CALLE PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REPÚBLICA ARGENTINA

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

MARCA REGISTRADA Nº 238.293
REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 237.122

EDITADA POR
REALIDAD, SOCIEDAD DE RESPONSABILIDAD LIMITADA
Capital: $ 50.000 m/n.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar